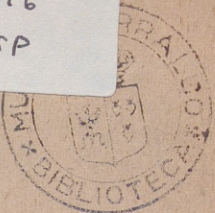


calibrite

colorchecker classic



946
ESP



EL ESPÍRITU
DEL CARLISMO

POR

Don O. L. H. P.

Doctor en ambos Derechos



BARCELONA

IMP. Roberto Bas Montesión, 19. Entl.º 1.º

1903

R. 8.208



O. L. H. P.

D. P. R.

EL ESPÍRITU DEL CARLISMO

FOLLETO
- DE -
ACTUALIDAD



BARCELONA
IMPRENTA DE ROBERTO BAS, *Montesión 19*

1903

6
P

Precio: UNA peseta



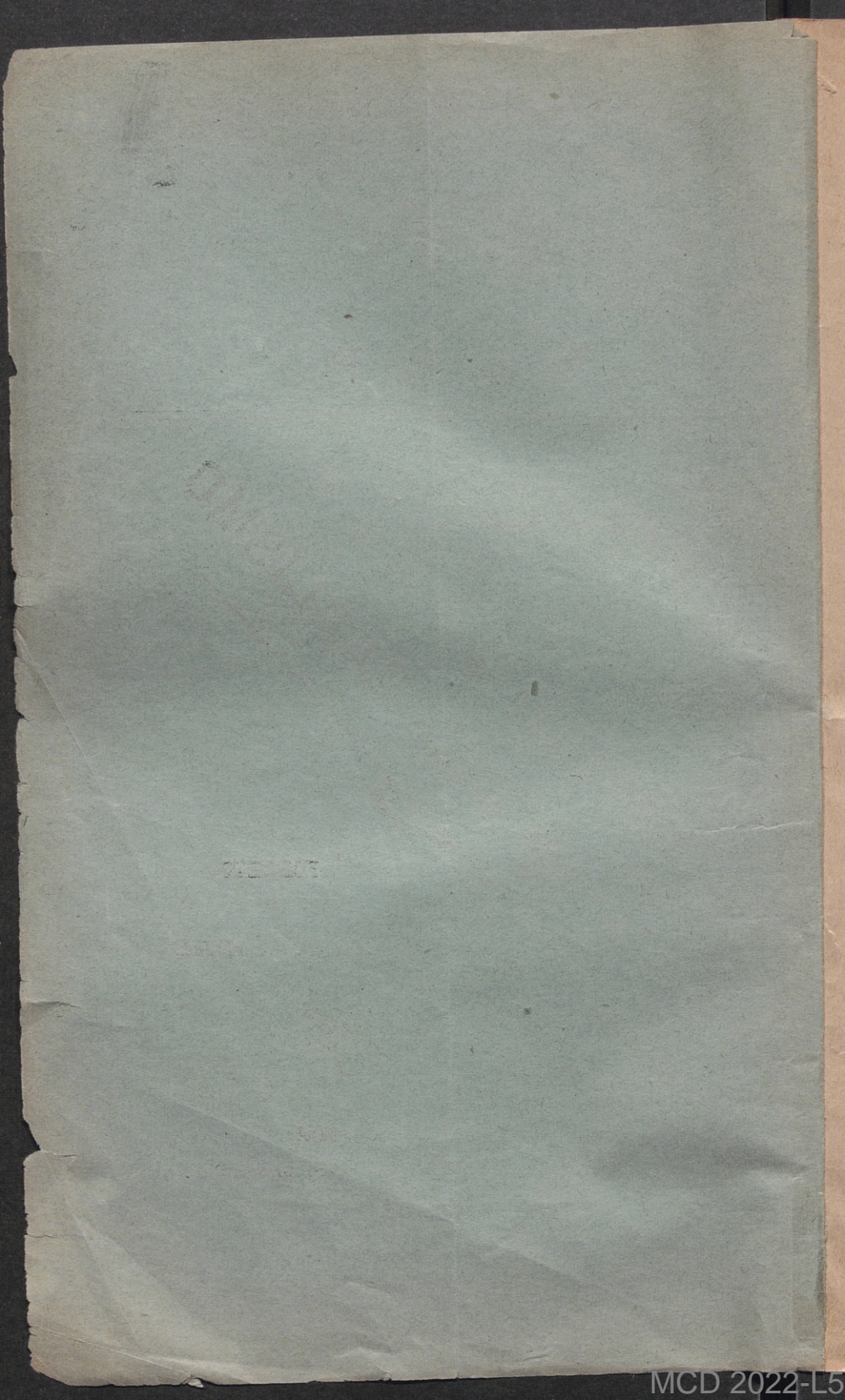
DIRÍJANSE LOS PEDIDOS A

DON R. DAM

Calle de Ausias March, número 51, entresuelo 2.^a—Barcelona

Se admiten los pagos en sellos de correo de 15 céntimos, cuando no puedan hacerse mediante letras de fácil cobro.

9
E



EL ESPÍRITU

DEL CARLISMO

POR

Don O. L. H. P.

Doctor en ambos Derechos



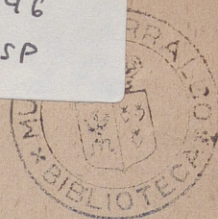
BARCELONA

IMP. Roberto Bas Montesión, 19. Entl.º 1.º

1903

R. 8.208

946
ESP



88-1-5



El Espíritu del Carlismo

CAPÍTULO I

No hay que fiarse de Píos más que de Leones

Con motivo de la exaltación del Cardenal Sarto al solio pontificio, los bravos defensores de la Bandera inmaculada de Dios, Patria y Rey hemos creído ver un iris de paz para la Causa del invicto Caudillo que la representa y mantiene incontaminada. Es decir, han creído verlo muchos, que yo no, y otros me consta que tampoco, porque sabemos lo que podemos esperar de la curia romana, nosotros los únicos defensores desinteresados de la Iglesia.

Por haber creído en otro tiempo, benditos de nosotros, que el denominado alto clero preferiría siempre apoyar á los carlistas, que son la vanguardia de Dios y el ejército de la Iglesia, antes que irse de rondón con los que les dan puestos y pesetas, nos vimos en casos muy apurados de desengaño, y estuvimos á punto de desaparecer como partido, merced á la política alfonsina del Vaticano y á las pastorales y convencionalismos de los Obispos.

Pues ya que entonces nos pusimos en la boca del lobo para que nos devorara, no nos pongamos ahora otra vez, no demos armas al enemigo fiándonos de él y poniendo en sus manos, con nuestras alabanzas y excesivas sumisiones, la lanza con que nos atravesará si no somos cautos. Aprendamos de lo pasado para lo futuro.

El hoy Pío X; cuando era Cardenal Sarto, como que vivía en Venecia, no tenía más remedio que estar en amistosas relaciones con nuestro indiscutible R... Don Carlos, que en la perla del Adriático es tan considerado y el más ilustre de todos: mas ahora que es Papa—no lo dudéis, correligionarios—tratará á Don Carlos de otra manera, tirando á perder su Causa por favorecer la de los poderes constituidos, que es de donde se puede sacar el momio.

Ya hemos visto todos algunos chispazos del nuevo Papa en ese sentido: y como en este folleto me prapongo no hablar yo, sino los que saben más, nada más digo de lo que ha dicho ya Pío X. El tiempo acabará de descubrir á las voladas lo que es este Papa para nosotros; ni más ni menos que León XIII, Rampolla y demás.

Por lo pronto, hoy 10 Agosto, leo en un diario católico de gran información esto que, poco más ó menos, he leído en muchos otros.

«Los periódicos carlistas, especialmente, se han bañado en agua de rosas y han procurado poner de relieve esa pretendida íntima amistad del soberano de la Iglesia con el eterno aspirante á soberano de un pueblo que no le quiere ni pintado, tratando de suponer sin duda que tal amistad puede influir favorablemente para realizar una ambiciosa ilusión siempre siniestramente perseguida y jamás alcanzada.

Creemos, sin embargo, que los amigos y los adversarios, los indiferentes y los interesados que se han ocupado ahora de las relaciones particulares del patriarca de Venecia y del inquilino de Loredán, han concedido al asunto una importancia á todas luces exoesiva.

«Sarto, en su diócesis, pudo muy bien conceder su estimable amistad á D. Carlos, como la concedía igualmente á otros muchos diocesanos de viso; que no fué nunca el anillo episcopal signo de mala crianza, ni fué el báculo una razón para rehuir el trato de las gentes de alta alcurnia que llegan hasta las sandalias de un pastor eclesiástico.

«Pero de esto á creer que la amistad, más ó menos trivial ó más ó menos estrecha de un obispo en funciones, impulse á un Papa á adobtar en el Vaticano gravísimas y demoleadoras resoluciones, es no sólo una falta de consideración y de respeto al Papado, sino una supina ignorancia, sin virtud alguna para poder empequeñecer los futuros é ignorados designios de Pío X.

«Además de las razones de alta discreción y elevada conveniencia, que hacen suponer con fundamento que el interés particular de los contertulios del palacio episcopal de Venecia no se llevará á la cancillería del Vaticano, existen otras de extraordinario peso que están basadas en el carácter severo, en la integridad, en la manera de ser del nuevo Papa, que siempre se mostró refractario á ciertas protecciones, aun aquellas que pudieran ser perfectamente justificadas.»

El Universo á 7 del presente Agosto, lo decía también, más bonito, pero no menos grave: y sin duda para que todos lo notáramos bien, el mismo día lo copió *El Correo Español*.

«El Cardenal Sarto, dice *El Universo*, ni era carlista, ni tenía para que serlo, ni veía en Don Carlos otra cosa que á un augusto proscrito, digno en su destierro del respeto de todas las personas bien nacidas. Y Pío X, como sus venerables predecesores, y como lo serán sus no menos venerables sucesores, no ha de atender en sus relaciones con los poderes civiles á otra consideración que al bien de la Iglesia y el de las naciones católicas. Desde la cumbre del Pontificado, ni se es carlista ni de ningún otro partido político; se es únicamente Vicario de Jesucristo y Padre de la cristiandad entera.»

Por lo tanto, correligionarios queridísimos, vuelvo á aconsejaros que no os fiéis, que no déis armas al enemigo, sino que penséis lo que fuimos un día, comparado con lo que somos ahora por obra y gracia de la curia romana y de los Obispos, que procuran acabar con nuestro partido, sin advertir que el acabar con él será acabar con la Iglesia, por lo menos en España. Ir con ellos es ir á la

muerte de nuestra gloriosa Comunión, é ir con D. Carlos es ir á la vida.

Por lo que he dicho se comprende cuán grave será lo que voy á decir en este folleto; por mi parte lo conceptúo tan grave, que si lo dijera por mi cuenta, gran parte de los carlistas no me creerían, figurándose que soy algún herejote; pero aunque sea lo más grave que se quiera, es menester decirlo á grito pelado, para que nuestras grandes masas salgan ya de su error y sepan qué podemos esperar de nuestros enemigos, esos que se apoyan en báculo ó cruz.

Sí, es menester publicarlo á los cuatro vientos. *O con ellos, ó con D. Carlos; no hay medio.* Esto es lo que voy á probar demostrando que EL ESPÍRITU CARLISTA *es católico sin peros como lo fué siempre, es el de los nobles y caballeros; y el espíritu del Clero, empezando desde Roma, es católico de conveniencia, es espíritu liberal, lo mismo que el de todos esos grrrrraaandes católicos que lamen el trono de Don Alfonso Pascual Bailón.*

Aunque soy de pueblo y no de capital, tengo carrera, títulos y posición para desarrollar convenientemente por mí mismo la materia propuesta: pero como es tan grave, opto porque la desarrollen otros, esto es, los más eminentes escritores de nuestra comunión inmaculada, y en especial el incomparable *Eneas*, ó sea D. Benigno Bolaños, alma de *El Correo Español* y escritor verdaderamente destinado por la Providencia para confundir en el terreno de la pluma á todos nuestros enemigos.

Quiero decir que todo mi mérito y trabajo consistirá en reunir los textos ó autoridades de ellos en el asunto propuesto, con las citas correspondientes, para que no crean los malévolos ó los tontos que invento yo *lo que está en el alma y en el corazón de todos los buenos carlistas*, siendo parte de nuestro programa, ó mejor dicho, siendo la quinta esencia del mismo. Es decir, que no hablo en carlismo privado, sino en carlismo oficial.

No me será difícil reunir tantos recortes, porque he sido amigo de leer varios de nuestros periódicos y guardarlos. Lamento, como ahora he notado, que se me han extraviado algunos paquetes que me vendrían muy bien; pero con lo que tengo me basta. Lo advierto al lector amigo para que no se extrañe de ver aquí algunos periódicos poco citados.

No me pararé en los nuestros, pues he sido amigo de leer también al adversario, y algún testimonio de enemigos conservo, en particular de una revista que si no está endemoniada le falta poco, «órgano de un extraviado señor» que ni nombrar quiero.

Ahora bien; con el testimonio de nuestros escritores mas ilustres, yo voy á poner á la luz del día cuál es el genuino espíritu de nuestra gloriosa comunión y cuál el del clericalismo de todo grado.

«Es muy conveniente—digo con el gran *Eneas*,—que todos nos veamos las caras y sepamos quiénes somos, para ir proyectando luz sobre estas cuestiones candentes y estos problemas que agitan al mundo.»

Y es de advertir con el mismo, que si no hemos echo siempre lo propio, es porque no queremos ó no nos da la gana.

«Conste una vez más para siempre, dice, que no podemos, ni queremos ir á esos terrenos donde otros viven y bracean. Y demasiado saben nuestros amigos que si dejamos de contestar no es por falta de razones ni de medios para sostener una y cien polémicas que quieran, de eso y de todo.»

Duras las hemos sostenido (las polémicas de eso y de todo) en otras ocasiones, y el éxito y el tiempo las han confirmado con su irrefragable sanción. Y los enemigos las han coronado con su conducta, con sus variaciones, con sus cambios de criterio, con sus movimientos de lugar, mientras nosotros ni cambiábamos ni variábamos, ni nos movíamos.»

Y sigo diciendo con el mismo, que las enseñanzas de mi folleto, «para todos son, para los amigos y para los enemigos, para los religiosos y para los seculares, para el claustro y para el siglo. Y no habla en ellas un maestro sino un discípulo humilde.»

Ó como decía otro compañero:

«Ya no somos los antiguos estudiantes, pero venimos animados de los mejores deseos. Queremos que nos lean todos los compañeros, y sus amigos, y las novias de unos y otros, y sus patronas, y las generaciones de todos hasta la millonésima ascendente. ¡Amén!»

Si, señor, hasta para los estudiantes y sus novias escribimos, hasta para los baturros y terruños, pues deseamos que todos sepan quiénes somos nosotros y quiénes son... *los otros*.

CAPÍTULO II

Justicia de nuestro absolutismo

En esta época de liberalismo, democracia y populaje, es menester que los nuestros mantengan muy fuertes los principios absolutos de nuestra Bandera, para oponerlos como dique insuperable á todas esas demagogias adornadas con tan bellos nombres.

Nosotros no somos déspotas: pero sí absolutistas porque la autoridad, ó es absoluta, ó no es autoridad, como dijo D.^a Teresa de Braganza. «La monarquía absoluta es la paz», dijo en el Congreso hace poco el eximio Sr. Gil y Robles; mientras que la no absoluta es la guerra y la ruina, como en España lo vemos hace casi un siglo.

En 12 de Enero último publicó *El Correo Español* un concienzudo fondo, en el que se demostraban las ventajas inmensas de tener un rey absoluto, y entre otras cosas decía:

«Un rey, por absolutista que sea, no puede mirar las cosas sino á través de la conveniencia de su reino. Se engañará como todo mortal, pero el engaño no puede inspirársele la ambición, ni el deseo de hacer prosélitos, ni el afán de conquistarse adhesiones; hará un mal creyendo que realiza un bien, pero no realizará un mal á sabiendas, porque el mal no puede reportar al rey ningún linaje de beneficios.»

El carlista, pues, debe trabajar para que España vuelva á los tiempos de la omnipotencia real, á los siglos de los Reyes-Estados, ó «á la época aquella en que los Reyes eran naciones», como dijo con feliz expresión *El Correo de Guipúzcoa* (Agosto de 1901): porque sóo así se salvará la patria, como demostraremos luego.

Al efecto, se ha de tener en cuenta, como decía *Eneas* á un bellaco con sotana, que

«no hay más que un carlismo, y todo el que no esté con Don Carlos *en cuerpo y alma á el sometido y con él identificado*, está contra Don Carlos ó fuera del carlismo, así fuera título de Castilla ó dominico exclaustrado.»

Por más que los necios nos acusen de personalistas, cesaristas y muchos *ístas*, lo cierto es que la persona del R... es nuestro Jefe, y como ellos siguen al suyo, nosotros seguimos al nuestro, dando á su Augusta persona todo lo que merece; de modo que con tan leales súbditos D. Carlos tiene frecuentes ocasiones de poderlos decir, como al Sr. Muñiz Blanco por los álbums:

«Profundamente agradecido he quedado por el nuevo y espléndido testimonio de lealtad á mi causa y á mi persona.» (Correo Español 12 Octubre 1902)

La firme adhesión y lealtad á su causa y á su persona es nuestro deber, el cual no se cumple metiéndose á discutir lo que el R... ó sus lugartenientes ordenan; porque como dijo el mismo Don Carlos al ilustre escritor D. Manuel Polo y Peyrolón, en su carta de 2 de Mayo de 1900,

«no podemos cumplir este deber más que mandando libremente y en conciencia quien tiene misión para ello, y sabiendo obedecer los de abajo con sumisión de voluntad y de juicio.»

Una voluntad que no se conforme sumisa con la de D. Carlos ó sus delegados, un juicio que no se someta sin peros á lo que ellos manden «libremente y en conciencia», sea lo que sea, no son la voluntad ni el juicio de los buenos carlistas; mayormente no habiendo en los asuntos de nuestra comunión ninguna conciencia superior á la de Don Carlos, como él mismo lo dijo bravamente en su protesta al Emperador de Austria: «*Mi conciencia es juez único*».

«Para que haya— dice también el R...—unidad en nuestros trabajos, se necesita un Juez que esté por fuera y por encima de toda discusión: el Rey, depositario del principio de autoridad.»

Así, los carlistas estamos obligados á reconocer en Don Carlos nuestra norma de conducta, hasta en puntos de catolicismo si él lo ordena. Noblemente lo expresó *La Lealtad Riojana* diciendo:

«No se puede ser carlista sin ser católico, dijo nuestro augusto Jefe, y estas sus palabras han de ser y son indudablemente la norma de conducta de nuestros actos, y por tanto, si en un todo acatamos y respetamos lo que nuestro Jefe nos ordena, ciertamente que los carlistas todos hemos de ser necesariamente católicos, pues si no lo fuésemos, desde ese mismo momento dejaríamos de pertenecer á nuestra gran comunión.»

Por consiguiente todos esos que hablan y más hablan sobre si Don Carlos hace bien ó mal en no llamarnos á las armas, en no prohibir nuestras campañas contra *ciertas gentes*, en hacernos ir á las urnas, etc. ó son ignorantes ó malos carlistas: los buenos sabemos esto que dijo nuestro R. y Señor á un redactor de *Le Français*;

«Haré lo que me dicte la conciencia de Rey... cuando llegue el momento oportuno, haré lo que conviene á mi deber ante Dios y ante los hombres.»

Eso ha dicho siempre D. Carlos, porque «la verdad y la justicia no cambian», ó por decirlo con otras palabras suyas.

«Soy el mismo de siempre. Mi actitud, mis ideas, mis propósitos y convicciones no varían. Dispuesto estoy, como siempre lo he estado, á todos los sacrificios para cumplir mis deberes.» (Manifiesto de 3 Mayo de 1902).

Al cubano Francisco Hermida dijo también en Septiembre de 1902:

«Mientras yo respire, mientras yo aliente, mientras mis ojos no se cierren para siempre, yo seré lo que debo ser.

En todo lo cual, repitámoslo, «*su conciencia es juez único.*»

En este punto debe notarse que D. Carlos no sólo representa *su Casa*, como dijo un traidor despechado, sino su *Causa*, esto es el derecho, el programa de las tradiciones, los principios de nuestra ciencia política y social. Lo dice él mismo escribiendo á Cevallos:

«Tan grande como honrosa es mi responsabilidad al *representar los principios tradicionales* (11 Mayo de 1890).»

Y á Vildósola dijo:

«Viniste impulsado por tu amor al gran principio que represento.» (11 Diciembre de 1891).

Lo cual en otras partes repite nuestro Augusto Jefe; de modo que no hay derecho alguno á censurarlo, como algunos traidores, cuando dice, como en 11 de Diciembre de 1901 á *La Atalaya*:

«.. Periódico que noblemente defiende en Tarragona los salvadores *principios de mi Bandera.*»

¡ Sobre lo cual deben propagar los buenos carlistas—para que los liberales caigan de su burró,—que nuestros principios no son las rancias y arcaísmos que ellos dicen, pues las tradiciones no se han de quedar en los tiempos de Felipe II; las tradiciones tienen *nuevo ropaje* en los documentos de D. Carlos, y por eso decía éste al Sr. Polo y Peyrolón que los coleccionó:

«Quién exento de pasiones, recorra esos documentos, me vanaglorio de que algo encontrará en ellos útil para la Patria. *Ideas y principios que á través de 32 azarosísimos años, de los más agitados de nuestra historia, han sido sostenidos siempre con la misma fé, con igual entereza, con idéntico entusiasmo, sin abdicaciones indignas, sin necesidad jamás de rectificaciones, sino antes bien de ampliaciones exigidas por los hechos.*»

Representando D. Carlos nuestros principios, también representan tradicionalmente la verdad y la justicia, él en primer lugar, y en segundo sus leales, y de ahí nuestra inamovilidad imperecedera en la buena doctrina.

«Representamos—dice el R... al General Moore—*La verdad histórica y la justicia tradicional.* La verdad y la justicia no cambian.» (8 Noviembre de 1899).

Y como la verdad, la justicia, los principios, no dependen de las costumbres de quien los representa, aquí nos sienta una verdad como una loma un tránsito de nuestro partido que antes de abandonarlo enteramente escribió en el periódico de un «extraviado señor»:

«Dijérase de Don Carlos que es el hombre más vicioso del mundo, y no me alteraría ante tan grosera calumnia; la vida privada del Rey nada importa á su legitimidad.»

Lo cual aquel periodicucho combatió, porque esos ignorantuelos no saben lo que se escriben. Es decir, que de las costumbres de D. Carlos, como particular y como R... desterrado y señor de una grande y poderosa comunión, nadie puede decir nada; pero aunque fuera verdad todo lo que dicen y mucho más, los carlistas no somos como esos miserables que de las malas costumbres concluyen contra las buenas doctrinas, y por ende seguiríamos firmes en la defensa de D. Carlos, á despecho de todo el mundo, «unidos á los principios de su Bandera y al Caudillo que los *representa* como Jefe de todos», según el propio Jefe dijo en su carta al Sr. Muñiz Blanco (*El Correo Español* 22 Noviembre 1902).

Unidos con él, si señor, hasta en lo más grande que hace el cristiano que es orar. Por eso escribiendo á *El Legitimista Español* de Buenos Aires (3 Enero de 1902) decía:

“Al escribir para mis leales de Sud-América, creo conveniente recordarles que en 1895 instituí una fiesta nacional en sufragio de *nuestros héroes* y en honor de *nuestros mártires*, y que les pido que en ese día *se unan en espíritu á mí* y conmigo imploren de Dios misericordia para nuestra desventurada España”.

A porfía le complacen en eso y en todo lo demás sus verdaderos *súbditos*; empleo esta palabra contra los estúpidos dislates del “extraviado señor,” porque los carlistas leales no sólo somos vasallos de D. Carlos, sino súbditos como el propio R... nos llama: y lo somos por patriotismo y conciencia, y por eso le seguimos en cuanto Jefe y en cuanto Representante de nuestros principios y de nuestra verdad y justicia históricas y tradicionales, acudiendo siempre á *Venecia por todo*.

Esta grave obligación de todo buen carlista la demostró el Señor Polo y Peyrolón en *El Correo Catalán* á 21 de Agosto de 1902, contra los falsos carlistas que van sembrando discordias, en un magnífico artículo del que saco estas palabras:

“Nunca daremos suficientes voces de alerta contra aquellos (los enemigos interiores). Se fingen *ovejas* que anhelan pastos mejores para todo el rebaño, y en vez de exponer digna y lealmente sus aspiraciones al *Supremo Pastor*, se entienden con nuestros enemigos de siempre, pegan pasquines en periódicos fundados para combatirnos.... El buen carlista tiene el *deber ineludible* de acudir A VENECIA POR TODO.”

Si el lector no comprende todo el alcance de estas palabras, poco á poco se lo iremos explicando; y por de pronto, confirmemos lo dicho con estas palabras del Sr. Muñiz Blanco:

“Afortunadamente, á los carlistas verdaderos no nos arrastran las miserias humanas, tenemos los ojos fijos en quien debemos tenerlos; *asi como los astros tienen por rey al sol que más calienta, nosotros tenemos á Don Carlos, á quien seguimos y seguiremos*, y como hombres leales, y disciplinados y sin ambiciones, viviremos despreciando la mentira, y siempre al lado del R..., defensor nato de la Religión y de la Patria; esta debe ser nuestra divisa; fé, lealtad, disciplina y esperanza, cualidades y virtudes que debe tener todo buen carlista para trabajar por la obra de Dios, de la Patria y del Rey” (*El Correo Español* 12 Octubre 1902).

Y no le peguen vueltas nuestros enemigos caseros ó exteriores.

«Nosotros los carlistas,—dice Eneas—sabemos perfectamente nuestros deberes y nuestros derechos y nuestra dignidad de católicos y de ciudadanos» (*El Correo Español* Agosto de 1901)

CAPÍTULO III

Nuestro excelso catolicismo hace al Carlismo igual á la Iglesia.

Colítese de todos estos antecedentes que como dijo *El Correo de Guipúzcoa* (Agosto de 1901), los carlistas, esto es,

«los que nos identificamos con el glorioso pasado de lo que fué España; nosotros los que pretendemos estar en poder de la *única fórmula* enlace entre ese pasado y lo que debiera ser nuestro presente»,

somos *los únicos* que entendemos las obligaciones del católico en su verdadero concepto. O digámoslo en términos precisos con *La Lealtad Riojana*:

«Si atendemos rigurosamente á los términos de la que podemos llamar proposición SOLO LOS CARLISTAS SON LOS DEFENSORES DEL CATOLICISMO EN ESPAÑA, encontramos algo de egoísmo, puesto que nos atribuimos la exclusiva...; pero si consideramos las circunstancias en que se encuentra la religión en España y el estado de los católicos, no en particular, sino constituidos en grupos ó partidos, la proposición ni tiene falsedad ni exageración, ni carece de lógica» (19 Agosto 1901)

Somos, pues, un partido providencial para la Iglesia y la Patria; de ahí que *Eneas* dijera en carta publicada por uno de nuestros mayores enemigos:

«El Gran Monarca es y *no puede ser otro* que Carlos VII. ¿Se precia V. de providencialista? Pues reconozca el sello providencial en la existencia del partido carlista».

«*El Correo Español*—copio de otra carta de un sacerdote publicada por un papel enemigo—es *el único* periódico católico que ha defendido y sigue defendiendo en toda su pureza la verdad é intereses católicos, queriendo más bien perder lectores antes que, por su silencio, la Religión fuera pisoteada y defraudada en sus derechos».

Siendo el admirable *Correo Español* órgano oficial de nuestra católica comunión, no puede menos de ser así; porque nuestro partido, — como decía *Eneas* al mismo traidor aludido —

«es el más sano, dócil y disciplinado sin disputa, porque los que se han apartado de la Comunión carlista, que es *el único, posible, legítimo y verdadero tradicionalismo español*, no podrán demostrar jamás que lo que hicieron por mantenerse puros é incontaminados, sino *por excesiva soberbia y amor propio ó por pescar algo en el río revuelto del catolicismo liberal*».

Por esto se vé cuánto pecan esos que se llaman católicos y nos combaten.

«Porque entendemos—dice *Eneas*—que se causa un gravísimo mal á la Iglesia Católica en España, siguiendo la conducta que siguen en su ceguedad nuestros enemigos que se llaman católicos... se trata de la defensa de los intereses Católicos en España» (*El Correo Español* 20 Junio de 1901).

«La Comunión carlista—añadió en otra ocasión—tiene á grandísima honra considerar como el principal de sus deberes la defensa de la Religión: lo hizo,

lo ha hecho y lo hará siempre, en todas partes y en todos los terrenos» (*Del mismo*, 31 Julio de 1901).

La diferencia que hay de nuestro catolicismo al de los liberales es que el nuestro es absoluto y el de ellos relativo, somos católicos sin tacha y ellos nó, porque si ellos no están precisamente dentro de las censuras de la Iglesia, ó no están condenados como se dice, están separados de la doctrina católica y nosotros no. El Sr. Bolaños lo expresó con estas palabras:

«En cuestión de tal trascendencia todos los católicos estamos conformes y no son los partidarios del Sr. Nocedal los únicos que creen que los liberales no están dentro de la doctrina católica *si no precisamente dentro de las censuras de la Iglesia*. Eso han creído siempre los tradicionalistas». (*El Correo Español*, 13 de Noviembre).

Para entender rectamente lo que intentamos decir, conviene advertir con *Ausetania* que nosotros tenemos por católicos á todos los que

«admitan sin restricci6n alguna *El Sillabus* de Pío IX, *mientras algun Romano Pontífice no haga alguna enmienda en aquel documento*». (30 Mayo de 1903).

Eneas dió mayor amplitud á esta doctrina diciendo á 14 de Noviembre de 1901:

«Si el liberalismo se opone solamente á los Mandamientos, los liberales, es decir, los incurso en él podrán ser católicos aunque malos, lo mismo que los pecadores son católicos aunque no buenos, pero si el liberalismo, además de oponerse á los Mandamientos se opone al Credo, al dogma, si niega para una ó varias cosas doctrinales la autoridad y el magisterio de la Iglesia, entonces los liberales no pueden ser católicos, ni buenos, ni malos, ni medianos, porque de serlo ellos, lo serían hasta los anglicanos, los calvinistas y los rusos.»

«Que los que practiquen esas doctrinas, sabiendo que están condenadas, podrán seguir en el gremio de la Iglesia, lo mismo que los que roban, sabiendo que está condenado el robo, y serán católicos, aunque malos, pero á condición de que no nieguen á la Iglesia el derecho de condenarlas, ni presuman que al condenarlas se equivocó, porque las tales doctrinas son buenas y justas.»

«Mas si se nos dice que estamos equivocados, si se nos enseña ahora que *erravimus*, como nuestra equivocaci6n y nuestro error serían de buena fe, rectificaríamos al momento, á la primera seña que diese la Iglesia nuestra Madre de que se habían abierto las puertas de su doctrina para los liberales, del mismo modo que están abiertas para los pecadores las puertas de su misericordia.»

En el caso de que la Iglesia variase, no variaríamos los carlistas, como diremos en otro capítulo con más extensión; porque esta variaci6n no es el pecado original que contraemos todos. Si antes de Adán hubiera habido hombres, al cometer Adán el pecado original no lo hubieran contraído ellos, sino sólo los descendientes de Adán, como dijo muy á cuento el Sr. Yrigaray en el Congreso de los Diputados. Cometan, pues, el pecado de variaci6n el Adán Clero modernista y sus descendientes ó seguidores, que nosotros descendemos de mas católica prosapia.

Los católicos neos no saben pensar sino por medio de ese Clero que es el órgano con que piensan; pero «*el hombre piensa sin valerse de órganos*,» como dijo un sabio sacerdote en *La Lucha* á 7 de Di-

ciembre de 1901, y por eso nosotros no necesitamos esos ni otros órganos para pensar. Pongamos un ejemplo con la cuestión romana.

A fuer de buenos católicos, reconocemos con *Eneas* que la cuestión del poder temporal del Papa es superior á las de todos los demás príncipes; porque los derechos del Papa no son sólo de una persona ó familia, sino de toda la Iglesia Universal, y esta no puede renunciarlos sin irreparable perjuicio de todos.. Sin embargo, hay una necesaria excepción en esta actitud de los buenos carlistas para con dichos derechos papales, y es en todo aquello que pueden servir para defender ó impugnar los de nuestro R... D. Carlos de Borbón. Pongamos textos de los dos casos.

Primer caso. Nos lo ofrece Bolaños en el órgano del partido, á 3 de Marzo de 1902, con motivo del Jubileo del anticarlista Leon XIII, diciendo:

«Y al ofrecer en nombre de los carlistas este grato homenaje del corazón al Papa, recuerdan los carlistas con júbilo de sus almas que esta comunión católico-monárquica española, cortesana del derecho, y que nunca ha doblado ni doblará la rodilla ante la injusticia y la usurpación triunfantes, profesa, no solamente la veneración filial de los hijos al padre, no solamente el respeto y la devoción firmísimas á la Sagrada Cátedra del Vicario de Jesucristo, sino además el culto fervoroso á la legitimidad Pontificia, al más augusto de los Derechos temporales conculcados en la usurpación de la corona del Rey que la revolución y la masonería arrancaron de las sienes del Pontífice para baldón y afrenta de la sociedad presente.»

«Sea, pues, nuestra felicitación de soldados católicos y legitimistas un testimonio de amor filial y una protesta enérgica con todas las energías del alma contra esa iniquidad de hecho que mantiene desposeído y prisionero al Rey legítimo de los Estados Pontificios, al Padre de todos los católicos, al Representante de Jesús en la tierra. Así le felicitamos, y así le amamos, y así le confesamos los carlistas sin que respetos humanos nos detengan, ni consideraciones sociales ó políticas amengüen el vigor de nuestra confesión, ni el fervor de nuestra fé, para la cual tenemos la vida y la hacienda, el brazo y el corazón constantemente dispuestos al sacrificio..... Y con estos sentimientos repetimos en este día memorable la exclamación que nace del alma tradicional española: ¡Viva el Papa-Rey!»

Aclárase esto con lo que sin duda el mismo *Eneas* dijo en *El Fusil*, — 20 Julio de 1903 — con estas palabras:

«El Papa, lo mismo para los católicos que para los no católicos, es un jefe, un poder muy alto, y que *no resulta decoroso* que ese Jefe, que ese poder, que esa autoridad esté bajo la dependencia de nadie. Que no sea súbdito ni del rey de Italia, ni del de ninguna parte del mundo. El Pontificado no es italiano, sino católico, es decir, universal.»

Más claro lo dijo en *El Correo Español* á 20 de Febrero de 1903;

«Su patrimonio es el patrimonio de todos los católicos, usurpado por la mas horrenda de las iniquidades.»

Lo mismo poco mas ó menos dijo *Eneas* en otras ocasiones, repitiéndolo ahora con motivo de la elección del Cardenal Sarto. Todos los buenos carlistas convenimos en eso; pero vamos al

Segundo caso. Ante todo, pongamos estas sublimes palabras de Don Carlos:

«*El derecho me pertenece. Por él y por los sagrados intereses que simboliza he luchado con gloria, aunque sin fortuna, en los campos de batalla.*» (Manifiesto de 3 Mayo de 1902).

No triunfó D. Carlos, y á eso se acogen muchos toñtos para decir que ha prescrito su derecho. Pues bien, digámoslo con *El Correo Español*, 28 Mayo de 1902.

«Si el hecho de no haber triunfado aún destruye el Derecho en España, el mismo hecho de no haber triunfado tampoco en Roma S. S. el Papa, causará los mismos efectos de anular la legitimidad más augusta.»

O por decirlo más claro con aquella célebre frase de Mella que pocos carlistas desconocen:

«*Cuando el Papa reconozca á Humberto de Saboya (ó á Victor Manuel) reconocemos nosotros el poder constituido en España.*»

De donde se sigue que al comparar la cuestión romana con la carlista, no reconocemos aquella por superior á esta. Tal ha sido siempre la mente de los carlistas, porque es también la de D. Carlos; lo cual nuestros órganos han expresado en mil ocasiones y de mil maneras, de suerte que todo buen carlista piensa lo mismo.

Y es que el carlismo no es un partido cualquiera, sino que tiene la fuerza incontrastable de la Iglesia misma.

«El carlismo nació al pié de la Cruz, y su programa está escrito por el dedo de Dios.» (*El Correo Español*, 9 Enero 1903.)

O como dijo *La Atalaya* unos días antes:

«*La Comunión Carlista tiene puesta la mente de sus nobles ideales en las manos de Dios justiciero.*»

De ahí que podamos odiar lícitamente á nuestros enemigos, pedir á Dios que los mate á todos, desear que los fusilen por la espalda y hasta anunciarles de parte de Dios que van á reventar pronto, como un notable carlista nos dirá más abajo; porque como dice Bollaños:

«*Dios está enterado, pero ¡muy enterado de nuestras cosas!*»

De ahí que una de las notas del divino origen del carlismo sea, como para la Iglesia, *El testimonio de los enemigos*. Estas palabras puso *Eneas* por título de un fondo que publicó en nuestro primer órgano á 16 de Marzo de 1901, demostrando que esa nota nos conviene como á la Iglesia. El insigne escritor ha repetido esta idea tantas veces como merece su importancia, con palabras, v. gr. como las siguientes:

«Ocúrrele al carlismo en la política española lo que á la religión cristiana. Una de las pruebas de credibilidad, uno de los fundamentos del *rationabile obsequium fidei*, es el testimonio de los enemigos. Pues ahí están los enemigos del carlismo pidiéndole prestados sus ideales. Allí están sin saberlo ni quererlo, dándonos la razón, condenando lo suyo y ensalzando lo nuestro, quemando lo que adoraban y adorando lo que quemaban.....» (*El Correo Español*, 24 Febrero 1902).

Por lo tanto, muy bien dijo *Eneas* en el primero de dichos artículos, que no son las sectas las que hacen daño á la Iglesia, sino los impugnadores del carlismo. He aquí sus palabras:

«Una prueba así (la del testimonio de los enemigos) vamos á intentar hoy respecto de los *carlistas* en España, á demostrar su razón de ser y su necesidad, y su importancia, y su catolicismo, y el bien que traen á la Iglesia española, y el mal que hacen y lo que cooperan al liberalismo los que les atacan, y el crimen que cometen los que abandonan esta bandera hermosa de la tradición.»

Poco después, á 17 de Abril, expresaba lo mismo con estas severas palabras:

«No hacen daño á la Iglesia Española los rencores de las sectas.... los que las perjudican, los que colaboran en la obra masónica, son esos católicos rebeldes, ó esos católicos tontos, que han pretendido deshonrar esta comunión honradísima que aparta sus ojos del premio terrenal y mundano.»

Y en el mismo mes del año siguiente añadía:

«Con lo cual comprenderán los liberales cuánto estorbo representan para la revolución los carlistas, y cuán dignamente colaboran y ayudan á la revolución aquellos católicos españoles que se pasan la vida combatiendo á los carlistas y allanando los caminos al anticlericalismo, á la masonería y á las sectas.»

En lo que más nos han combatido recientemente estos católicos es en que hemos vuelto á la lucha electoral impuesta por D. Carlos; pero deben saber que hasta en eso somos como la Iglesia, sobre lo cual dijo *El Correo Español*:

«Prisioneros de la revolución somos nosotros, como lo es también la Patria. En beneficio de nuestros ideales necesitamos vivir y trabajar con constancia y sin intermitencias. El trabajo en nosotros es lucha, y la lucha es vida, y la vida es esperanza, pues mientras se disponen medios mejores y luchas más adecuadas y llega la inspirada hora de los supremos sacrificios, fuerza es aceptar el mendrugo que las leyes revolucionarias arrojan á sus víctimas.»

«Y esto mismo que aconseja el sentido común, ordénalo también la Iglesia, y esta es la conducta que siguen las fuerzas sociales que por distintos caminos aspiran al triunfo.»

En vano se nos combate por las urnas ó por las armas, por la doctrina ó por los hechos; porque el carlismo *nacido al pié de la cruz y escrito por el dedo de Dios*, no puede morir. Hermosamente lo dijo el Sr. Polo y Peyrolón con estas palabras:

«El carlismo no muere, porque tiene sus raíces en las entrañas mismas de la Patria, y se alimenta de las tradiciones consubstanciales á la nacionalidad española.»

«Las ideas no mueren; y cuanto más se las persigue, más se arraigan en la conciencia de los convencidos y perseguidos.» (*Correo Español*, 2 de Septiembre de 1902).

CAPÍTULO IV

El alma del carlismo.

Una prueba imperecedera y elocuentísima de la inmortal vitalidad del carlismo dimos con motivo de la última enfermedad de D. Jaime, al propio tiempo que de nuestra piedad acrisolada, esa piedad que obscurece á cualquier otra; tanto que D. Carlos no tuvo en cuenta para nada, é hizo muy bien, las oraciones que hicieron por el

Príncipe muchos que no son carlistas. Siempre que nombró las oraciones por el Príncipe, hízolo con palabras como estas:

«Estamos agradecidísimos á los nuestros, por las pruebas que en esta ocasión como siempre, nos han dado. — Las oraciones elevadas por los fieles defensores de mi Causa. — Dios ha escuchado las oraciones de tantos miles de carlistas, etc.»

Y es que D. Carlos sabe muy bien que, como dice *Eneas*, en medio del general descreimiento y de la universal apostasía, hasta los que se tienen por buenos *apenas si hacen particularmente oraciones*; de donde, si las hacen, necesariamente han de ser flojas é indignas de ser tenidas en cuenta.

Siguiese, como *Eneas* mismo nos dirá en otra parte, que al morir el carlista, su carlismo le sirve de recomendación para que el divino Juez le dé el premio eterno; pero no nos desviemos ahora del tema, y al efecto he aquí el artículo que el Sr. Bolaños publicó con motivo de haber recobrado la salud D. Jaime por las oraciones de los carlistas.

«*El alma carlista.* — Después de la ansiedad por que han pasado estos días nuestros corazones con el peligro que ha corrido la vida de nuestro Príncipe heredero, justo es dedicar algunas líneas á la espléndida y conmovedora manifestación que acaban de hacer y están haciendo los carlistas...

«En los momentos de angustia es donde se revelan las almas como son, donde salen al exterior, con ingenua espontaneidad, los sentimientos más escondidos que forman el carácter y brotan de la misma naturaleza.

«Por eso en esas circunstancias ha podido conocerse bien el alma carlista, el alma de esta Comunión que *no ha claudicado jamás*, y que fiel á sus ideales, á sus tradiciones, á su honor, se mantiene en su puesto con la noble firmeza de los justos que aferran su voluntad al deber y á la justicia.

«Los acontecimientos, los vaivenes de la historia, los cambios del error, los disfraces de la apostasía no la conmueven. Así se figura el filósofo la parte sustancial de los seres, la que no varía en medio de los accidentes que se suceden como las oleadas del mar sobre la superficie; así pinta el historiador el alma de las naciones, el substratum original que perdura y coexiste á los hechos y á las mudanzas; así es la tradición, el alma española, creyente y piadosa como en otras épocas y en otras generaciones... *Así son los carlistas.*

«Si así no fueran, haría años, muchos años que habrían desaparecido, porque nadie mas que ellos con su fé, con su corazón, con su honor, con su lealtad y con su constancia habría podido resistir los cien años del siglo XIX, que han pasado sobre nosotros como un laminador, destrozando y aplastando cuantas instituciones amaban, cuantos ideales recibían su culto.

«Son por eso ejemplo admirable en la historia... Los hombres sensatos que los contemplan, reunidos en un ejército de cruzados, bajo los estandartes de la Religión, la Patria y la Legitimidad; los que los vean pelear como leones, con el Corazón de Jesús en el pecho, invocando á su Religión y su Dios como el pueblo boer los invocó, yendo gozosos á la muerte y al sacrificio al pie de su querida bandera los que miran cómo reciben sus tribulaciones y sus duelos, y con qué fé ofrecen un día sufragios por su Reina muerta, y todos los años se congregan solemnemente y públicamente ante los altares para rezar por sus hermanos, por los mártires que les precedieron en el sacrificio y en la gloria; los que al llegar estos días de ansiedad y amargura los vean elevando al Cielo sus almas y sus oraciones por el querido Príncipe enfermo, convendrán muy luego, y sin más averiguaciones, en que los carlistas están de non en el mundo, y en que es un título de

nobleza formar en las filas de este pueblo creyente, de este ejército nobilísimo que combate y ora...

«Y en que es un honor, á nada comparable, el de reinar sobre estos corazones y merecer el rendimiento y el amor de este pueblo cristiano. Otras coronas hay impuestas por el azar ó por la apostasía á muchedumbres descreídas y revolucionarias, á gentes que soportan y no aman, que amenazan y rugen y no creen... Esas no son coronas, ni esos son reinados. Serán sueldos, serán posiciones, palacios, hechos afortunados, pompas mundanas; quizá satisfacciones del orgullo, pero nunca satisfacciones del corazón. *Los lazos de la obediencia y las raíces del Poder están en otra parte en esas masas leales á su historia, á su derecho y á su bandera; en esta gran familia católico-monárquica, reflejo y encarnación de aquella grandiosa familia antigua que formaba con sus Reyes la Patria, tomando parte en sus alegrías y en sus tristezas, uniéndose á ella con el respeto y el cariño, y en ella cifrando como los hijos en un padre, como los soldados en un caudillo, todo su orgullo y todo su honor.. El alma de las viejas Monarquías era el alma de las viejas naciones... ¡Y hay gentes toda vía que han soñado con destruir ó transformar este pueblo, este ejército, esta comunión espiritual que guarda en el pecho como en un reliquiario los tesoros y las glorias de la España cristiana! Destruirían la esperanza, destrozarian el recuerdo, matarian el porvenir, enterrarían el honor...*

«Y faltando los carlistas, no podrían comprender nunca los españoles de mañana, nuestros hijos, la generación que ha de arrojarnos al sepulcro, como á principios del siglo pasado una mujer del pueblo, conmovida ante el llanto de uno de sus Príncipes, despertó con un grito de angustia los entusiasmos patrióticos de España dando principio á la majestuosa epopeya de la independencia, y como al empezar el siglo XX, el peligro de otro Príncipe y la súplica de un Padre atribulado por la enfermedad de su hijo y heredero, promovieron la hermosa manifestación de piedad que á los propios consuela y enternece y á los extraños admira...

«—¿Qué gentes son estas — preguntan — que en esta época de positivismo y deslealtades, cuando las Monarquías se ven abandonadas hasta de los que reciben sus favores, cuando falta la fé y no hay más lazados de obediencia ni más vínculos de disciplina que la fuerza brutal, y á lo sumo el egoísmo disfrutado con la gratitud del estómago harto de con el odio del estómago hambriento, aman á sus Príncipes, ruegan por ellos y con ellos sufren, esperan y rezan con ansiedad de hijos asociados á las tribulaciones de sus padres?»

«— Qué hombres son éstos que en medio del general descreimiento y de la universal apostasía, cuando hasta los que se tienen por buenos apenas hacen particularmente oraciones, pero cuidando de no mezclar su piedad doméstica con la política mundana, y ellos, sin embargo, públicamente, en colectividad, como políticos, como españoles, ofrecen en tantas ocasiones públicos testimonios de su religiosidad y de su fé, acudiendo espontáneamente, por propio estímulo, por interior impulso á postrarse ante su Dios, como si quisieran ratificarle una y mil veces de la más solemne manera que reciben lo que son, el espíritu que les informa y la esperanza que les mantiene, de su excelsa Providencia?»

«Las oraciones carlistas han vuelto á conseguir del Cielo que nos conserve la vida de nuestro augusto Príncipe, del primer soldado de la legitimidad que Carlos VII simboliza. Y al ordenar el Sr. Duque de Madrid que se den gracias á los carlistas, á sus leales por tantas plegarias como han elevado á Dios en estos días, y por tan dulces consuelos como han derramado en su alma de cristiano y Padre amorosísimo, de ninguna manera podía *El Correo Español* cumplir este deber tan grato mejor que trazando estas líneas acerca del alma carlista y rindiendo este modestísimo homenaje al valor, á la nobleza y á la piedad de la Comunión legitimista española. Lo que ella acaba de hacer es seguramente un

motivo más que la identifica con el gran Caballero que un día la acaudilló en los campos de batalla, y siente el orgullo de estar á ella unido hasta el sacrificio y hasta la muerte. Porque sabe Carlos VII que con un pueblo así se pueden alcanzar las más altas empresas.

«Y saben todos los españoles de buena voluntad que es una locura pensar en la regeneración de esta España amadísima sin ese sólido y hermoso punto de apoyo, sin la tradición, sin el alma carlista. ¡Ah! Los que sueñan en resurrecciones y reivindicaciones después de nuestra caída, que busquen á ver si encuentran otra base mejor que el alma carlista... ENEAS.» *El Correo Español* 24 Enero de 1902).

Este inimitable artículo de nuestro gran escritor me trae á la memoria también *El alma carlista*, publicado por *La Atalaya* en su número extraordinario de 6 Enero de 1903. Dice así:

«La revolución, avasalladora del mundo, dominadora de las sociedades modernas, soberana de los Gobiernos é inspiradora de las familias, ha encontrado en su devastadora marcha triunfal y sangrienta un obstáculo insuperable que no ha cedido, un dique poderoso al que no ha podido vencer, y que, antes al contrario, ha resistido, resiste y resistirá sus furiosas acometidas, con el vigor y el denuedo de los héroes hasta aniquilarla y no dejar rastro de su obra nefanda.

«Esta fuerza invencible, esta porfiada resistencia, este vigor heroico, es la Comunión carlista que *vive, alienta y nutre su espíritu de las tradiciones de la Patria y tiene puesta la suerte de sus nobles ideales en las manos del Dios justiciero.*

«Han caído los Tronos al soplo destructor del liberalismo, han sido envenenadas las almas con las más perniciosas doctrinas, ha perdido la familia sus ideales cristianos, se ha encendido la hoguera de las pasiones, llevando el escepticismo á las inteligencias, y el frío, cuando no la maldad, á los corazones. La violencia y el cinismo son la norma de los Gobiernos; del principio de autoridad sólo queda el nombre, pues se ha tirado al arroyo; la lucha de clases amenazadora y terrible, los espíritus corrompidos por el vicio y la inmoralidad; la Religión hollada y esarnecida; la Patria vilipendiada; se ha, en fin declarado la guerra á Dios.

«En medio de este cúmulo de desdichas, ante cuadro tan sombrío y realidad tan desconsoladora, *vive lozana, robusta é incorruptible el alma carlista, segura de su triunfo*, que espera con entusiasmo y anhelo, confiada en su *misión providencial.*

«Ante la constancia del partido carlista han fracasado todos los esfuerzos de la revolución. A las atrevidas y absurdas negaciones divinas y religiosas de esta, opone el carlismo sus firmísimas creencias; á sus escepticismos, la fé más pura é inquebrantable; á sus doctrinas perversas y demoleadoras, sus ideales nobles y honrados.

«Esta es el alma carlista, que no ha desmayado jamás en sus dolorosas vicisitudes y contratiempos; esta es el alma carlista, que tiene puestos todos sus amores en la gloriosa bandera tradicional, á cuya defensa tiene consagrada su existencia entera; esta es el alma carlista que *aguarda impaciente la hora suprema de salvar á la Religión y la Patria* bajo los pliegues benditos de la enseña que tremola en sus manos el Augusto Caudillo, hacia quien convergen, especialmente en la hermosa fiesta del día hoy, *todos nuestros sentimientos, todas nuestras esperanzas, todas nuestras ambiciones y todos nuestros deseos.*»

CAPÍTULO V

Que la Iglesia puede variar, pero el Carlismo no

Así fuimos, así somos y así seremos, aunque el mundo entero prevarique y el Clero todo se haga liberal, que ya le falta poco. Hemos declarado una y cien veces en nuestra prensa, siguiendo las doctrinas del admirable *Eneas* en *El Correo Español*, que la Iglesia puede aprobar hoy doctrinas que condenó ayer, y por lo tanto puede absolver á los liberales y declarar católico el liberalismo.

Está eso en la mente de nuestro programa, y en este punto el buen carlista debe emplear la misma diplomacia que en la cuestión romana. Cuando de obedecer á la Iglesia no se sigue perjuicio á nuestra *comunión espiritual*, obedezcámosla con corazón rendido; pero si se sigue perjuicio, permanezcamos en nuestro puesto. Con motivo del último discurso del Arzobispo Sr. Espínola en el Senado, apareció muy claro lo sentado. Para el *primer caso* dijo *Eneas*:

«Tenemos que recoger la alusión porque á todos nos importa mucho, para deshacer el error en que estábamos, si realmente estábamos equivocados, ó para confundir y tapar la boca á los periódicos liberales si los equivocados son ellos.

«Y entendemos todos que, si el liberalismo es pecado, es precisamente un pecado contra la fé, es decir, un pecado de los que excluyen de la Iglesia un error doctrinal por la Iglesia condenada y proscrito.

«A pesar de todo esto, *El Correo Español* no es maestro de doctrina, ni tiene en este particular más norma que las enseñanzas del Papa y de los Prelados en comunión con la Santa Sede, y como ha declarado repetidas veces que no irá ni más adelante ni más atrás que donde va la Iglesia, á lo que ella diga y defina se atiene en todo y por todo.» (*Correo Español*, 13 Noviembre 1901).

«Mas si se nos dice que estamos equivocados, si se nos enseña ahora que *erravimus*, como nuestra equivocación y nuestro error serían de buena fé, rectificariamos al momento, á la primera señal que diere la Iglesia nuestra Madre de que se habían abierto las puertas de su doctrina para los liberales del mismo modo que están abiertas para los pecadores las puertas de su misericordia.» (*Correo Español*, 19 Noviembre 1901).

Después declaró *Eneas*, sin salir aún del primer caso, que la Iglesia no puede variar de ese modo; pero posteriormente, hablando en carlista y en el segundo caso, supuso más de una vez la variación como la suponemos todos los carlistas fieles á Don Carlos. Puestos en el *segundo caso*, si la Iglesia acogiese á los liberales en perjuicio nuestro, ¿qué haríamos?

Responde *Eneas* en primer lugar:

«En ese caso ya no combatiríamos á los liberales desde el punto de vista religioso, pero les seguiríamos combatiendo con alma y vida desde el terreno de la Patria. Porque aun cuando se definiera que son católicos, lo que no será fácil definir jamás es que son españoles, ó por lo menos que no son el oprobio y la vergüenza de España. Y aun cuando no pudiéramos, atacarlos por herejes, podríamos siempre maldecirlos por ladrones de la hacienda nacional, por parricidas

de su Madre patria, por usurpadores de su Gobierno, por falsificadores de la verdadera soberanía por sayones de las libertades regionales y los fueros, por mentirosos en sus promesas, por tiranos en su conducta, y por que además de haber perdido las colonias y la vergüenza, han abierto en el corazón de todo buen español la herida dolorosa que mana sangre sin cesar...

«Les combatiríamos *por eso* y además porque tienen muchas cuentas que ajustar con nuestros padres y con nuestra Patria, muertos á sus manos, y con nuestro honor nacional en sus manos deshecho y perdido. Y sobre todo les seguiríamos combatiendo *porque no nos gustan y porque nos dá la gana*».

«Eso haríamos *aunque se nos dijese que eran católicos* y que no pecaban contra la fé. Y *aun en este punto*, al ver nosotros los males morales que han causado en las conciencias, lo que han pervertido las almas, lo que han desecristianizado al pueblo, quizá lanzaríamos esta doliente exclamación:

«¡Son católicos! Pero ¿qué cosas peores hubieran hecho, Virgen del Carmen si fueran cismáticos ó herejes?» (*Correo Español* 19 Noviembre 1901).

«No sé si el lector habrá comprendido en lo anterior, que el verdadero carlismo no tanto es enemigo de todo liberalismo por religión, como por política. Si lo fuéramos por religión, la Iglesia podría declarar católico á dicho liberalismo y entonces no podríamos combatirle y nos retiraríamos; pero siéndolo por política, nunca se nos atan las manos para hacerle guerra. Así lo expresó categóricamente el sábio catedrático Sr. Gil y Robles en *El Correo de Zamora*, á 15 de Noviembre de 1901, y al día siguiente añadía el mismo periódico:

«Hace próximamente un siglo que los carlistas, católicos sin distingos, luchan contra el liberalismo creyendo que *es pecado*, que *es la raíz y la madre de todos los errores modernos*, que *es peste perniciosísima*, que los liberales son *imitadores de Lucifer, monstruos peores que los de la Commune*.

«¡Qué desencanto después de un siglo de luchar continuo! *¿Ergo erravimus?*... ¿Luego nos han engañado los Papas, que han fulminado severísimas censuras sobre el liberalismo en general y contra el liberalismo católico en particular? ¡Oh! No; no saldrá de nuestros labios semejante blasfemia.»

«La felicitación que ayer dirigieron los carlistas zamoranos al Sr. Gil Robles, no es el mero cumplimiento al amigo y al correligionario, es la expresión sincera del convencimiento, es el grito del alma herida en sus más íntimas afecciones, en sus más queridas creencias por palabras imprudentes (las del Sr. Spínola) que puede cohonestar la política, pero que rechazan de consuno la pureza de la doctrina y un siglo de luchas incesantes y de cruentos sacrificios contra ese odioso enjambre de errores que ahora se pretende hacer pasar envolviéndole en las nievas vestiduras de la verdad.» (*El Correo de Zamora* 16 Noviembre de 1901.)

En esta parte nadie ha osado hablar tan claro como el benemérito Sr. Gascó, que en su enérgica *España Cristiana* dijo hace algunos años:

«Fuera de la Cabeza visible de Cristo y de los labios del mismo Representante CUANDO HABLE EX CHATEDRA, todo lo demás, parece dominado por Lucifer... y está sucio, podrido y asqueroso».

El Obispo de Córdoba le condenó aquel artículo en documento público; pero al valiente Gascó no se le arruga el ombligo por tan poco, antes bien se las mantuvo tiesas, y aún mucho después, ó hace poco, — en Junio del presente año — publicó el siguiente articulejo que vale por muchos articulazos:

«¡Que no, que no y que no! — Con motivo de la carta del Papa León XIII al cardenal arzobispo de Toledo sobre la unión de los católicos, vuelven otra vez

los alfonsinos á menearse más de lo que debieran y de lo que dice la prudencia. «Lo que no debe ser, ni ha sido, ni será, por más que se interesasen y empeñaran los ángeles del cielo en el asunto. Y no hay que hacerse ilusiones: fundar en España un partido católico sobre la base liberal del alfonsismo, esto ni se ha conseguido, apesar de muchos esfuerzos, ni se consigue ni se conseguirá nunca.

«Y si tanto nos importunaran en este sentido, nosotros romperíamos la pluma en tal caso, antes de acceder á esta componenda; y nos retiraríamos á un desierto, para no saber nada, ni contaminarnos con esta sociedad corrompida por sus cuatro costados.

«Sirva esto de contestación terminante á los que nos preguntan si adoptaremos lo orientación que aconsejan las circunstancias, sin duda porque no nos conocen bastante. Decía San Jerónimo que permanecería él fiel á la verdad, aunque todo el mundo se volviese arriano; y nosotros, á su imitación, repetimos que *aunque todos los fieles del mundo, y todo el clero, y todos los religiosos y todas las jerarquías eclesiásticas claudicasen y se hiciesen liberales, nosotros moriríamos en un rincón maldiciendo al liberalismo. ¿Hacer traición á nuestra bandera? ¡Que no, que no y que no!*»

Bravo, bravísimo, y que rabien todos los «extraviados señores,» todos los nomencláticos y todos los alfonsinos y neutros; porque los carlistas somos católicos, pero no ultramontanos como esos señores; y si alguno lo es, que se lo guarde para su casa sin aparecer tal en público, como indicó hace poco el Sr. Gil y Robles en el Congreso, porque así lo pide imperiosamente nuestra política.

Lo diré de otro modo para que se entienda bien. Obedecemos al Papa y á los Obispos en lo que el intangible programa de D. Carlos nos permite obedecer; y en lo que no, no. Si algún carlista no lo hace así, no se llame carlista, porque no lo es. Villoslada quería que obedeciésemos más; pero aquellos tiempos pasaron y los de hoy exigen otras cosas. Creo que *El Correo Catalán* expresó bien el pensamiento carlista, diciendo á 19 de Julio de 1902.

«3.º Creo obligación estricta de todo súbdito obedecer á la Iglesia en lo que le corresponde, y en lo político al Rey. Y así como el que no se somete á la Iglesia es un cismático, así el que no se somete al Rey, antes quiere imponerle su criterio en lo político, es un rebelde. Tal es el credo carlista.»

Ahora, para que sepan nuestros correligionarios, qué corresponde á la Iglesia y qué al Rey, he aquí lo que dice D. Benigno Bolaños: *Eneas*, en aquel su famosísimo artículo titulado *El Anverso del Clericalismo*.

«En cuestiones de formas de Gobierno, de dinastías ó de Repúblicas, de régimen parlamentario ó régimen representativo ó absoluto, los hombres de Iglesia no tienen derecho á intervenir como tales, sino meramente como ciudadanos del Estado, de suerte que cuando intervengan lo harán en nombre propio y nunca en el de la religión que profesan. Hay muchas cosas en la vida que están fuera de la Religión, porque están entregadas á las disputas de los hombres, y ni la Religión ni la Iglesia dicen nada respecto al binomio de Newton, ni respecto así ha de haber Monarquía ó ha de haber República en España, ó si la Monarquía ha de ser parlamentaria, como la de Don Alfonso, ó tradicional y representativa, como la de D. Carlos.

«No dicen nada; pero si dijeran, si el clericalismo se metiera en eso de otro modo y con otra representación que la civil de los demás miembros del Estado, en

tonces los perjudicados tendrían derecho á la queja, podrían reclamar contra el *clericalismo*, apostrofándole y diciéndole:

«—La Iglesia no condena las formas de Gobierno, y tú te arrogas el nombre de ella y las condenas; la Iglesia permite las honestas opiniones políticas, y tú te vales del inmenso poder espiritual de ella para prohibirlas y perseguirlas, la Iglesia no niega su amor y su paternidad á los hombres que profesen íntegramente su dogma y acateñ su espiritual autoridad, y tú, en nombre de ella, quieres cerrar las puertas del templo á los fieles que no piensen como tú en la forma de Gobierno, que no sigan tu política, que no se postren ante los Tronos que tú te postras.

«Nadie negará la justicia de esta reclamación así como nadie tendría por razonable la queja contra el que dijera:

«—La Iglesia condena esas doctrinas que tú profesas, pues yo también las condeno, porque es mi deber, y si yo no las condenara no sería de la Iglesia...

«Páreceme que la cuestión prévia está expuesta *con claridad* y sin dejar lugar á confusiones ó nebulosidades».

CAPÍTULO VI

Ni fueristas ni sacristanes

Diréis quizá que eso no es lo tradicional pues Navarro Villoslada nos dijo oficialmente:

«A la Iglesia pertenecen el magisterio y la jurisdicción, siquiera sea indirecta, *en todo el orden político*; á que pudiera añadirse el *derecho de la Iglesia á injurar y exigir de la potestad civil los actos conducentes al bien de la Iglesia misma y á la salud de las almas.*»

Pero «*distingue tempora et concordabis jura*,» ello es que las tradiciones, si no tienen que morir, han de progresar y acomodarse con los tiempos, como D. Carlos enseña en varios de sus documentos, por lo cual también dice que «no es lícito discutir con los Obispos, *cuando hablan de doctrina ó de moral.*» Por lo demás, atengámonos á lo dicho.

¿Cuándo se convencerán todos nuestros amados correligionarios, de que «un periódico no es un púlpito, ni el siglo XX es el siglo XVI, ni somos carlistas con bonete, sino con boina.» frases de D. Carlos que son ya axiomas en nuestra Comunión? Pasaron los tiempos de Felipe II para no volver. Aquel gran rey, con todo su catolicismo de sacristía, no dejó de merecer acusaciones acerbas como esta que le dedicó *La Lucha*, á 2 Febrero de 1902, con el título de *El Justicia y el Rey*:

«Soy rey de las Españas y del mundo
y nadie bajo el cielo me amilana,
ni mi real autoridad profana!
gritó de los Felipes el segundo;
y el gran Lanuza contestó iracundo:
¡mi dignidad es de la vuestra hermana!
y en una oscura y funeral mañana,
entre un gentío inmenso y vagamundo
sobre un tablado en que el verdugo oficia,
y al ruido de tambores extranjeros,

la muerte sonriéndose acaricia
 La cerviz de D. Juan con sus aceros,
 ¡quedando ajusticiada la justicia...
 y roto el evangelio de los fueros!»

Toda vez que Felipe II rompió «el Evangelio de los Fueros,» no es mucho que nos atengamos hoy á lo que entonces se hizo, ya que los Fueros no es posible restaurarlos con los tiempos que corren. Tenemos que prometer mucho, para que callen unas docenas de atávicos que juzgan en estas cosas por la calavera de sus tatarabuuelos; pero si los carlistas paran la consideraci6n en la conducta de nuestro R... con los exigentes regionalistas catalanes, hallarán cosas que yo tengo por bastante indicadas en estas palabras de Don Carlos á Bonafoux:

«Tratar de *asimilar* las regiones del reino en su régimen interior y en la medida de lo posible, dadas las condiciones de cada región.»

Con el regionalismo tal como los catalanes y basco-navarros lo quieren, si se estableciese en todas las regiones, el Rey no sólo no sería absoluto como hoy se necesita para acabar con tantos pillos, sino que ni siquiera llegaría á lo que puede un mísero rey parlamentario.

El Catalanismo es una utopía; por eso Don Carlos lo ha poco menos que despreciado. Queremos regionalismo *administrativo*, sí; pero antes queremos centralismo *gubernativo* en toda su extensión: es de programa.

Y dejémonos de ranciedades y atavismos, queridos correligionarios, que con eso no vamos á ninguna parte. Bueno que nos presentemos como el decoro carlista exige; pero seamos tan nuevos y modernos como el tradicionalismo lo pueda consentir, sin oler á sacristía en ninguna cosa. He aquí una de las muchas pruebas con que podríamos confirmar lo que sentamos.

Un redactor de *El Correo Español* publicó en *El Heraldo* un soberbio artículo sobre D. Jaime, con motivo de la última enfermedad de éste, y aunque el artículo era largo, no se nombró en él la Iglesia, ni Dios, ni siquiera la patria, ni aun la educación cristiana del Príncipe, y en cambio se decía con notable diplomacia que «Don Jaime fué educado *completamente á la moderna.*»

Hizo furor el artículo entre los liberales, que se entusiasmaron, probando así cómo nos los hemos de atraer. *El Correo Español* lo copió íntegro en 20 Enero de 1902, y al día siguiente manifestó de nuevo su gran complacencia por los efectos de dicho artículo. Tampoco nombraba lo que en este no nombró; pero no le impidió eso decir con mucha razón que los carlistas «tienen la firmeza de no abdicar ni ceder de sus principios *sacrosantos.*»

Sin abdicar de ellos, — eso no, nunca, — podemos y debemos modernizarnos cada día más, limpiando nuestros ánimos de preocupaciones y atavismos que pegan bien en la China, no en España, *El Correo de Guipúzcoa* no faltó á ninguno de nuestros *sacrosantos principios*, cuando á 9 de Noviembre de 1901 elogió aquel manifiesto

to en que los socialistas guipuzcoanos pedían la protección para las *madres solteras* y la *abolición de las subvenciones de carácter religioso*.

«El partido socialista de San Sebastián,— decía *El Correo de Guipúzcoa* — ha publicado un suplemento en el que expone el programa que sus candidatos han de desarrollar en el Municipio, caso de que sean elegidos.

«A fuer de imparciales, hemos de confesar que el manifiesto de los socialistas, si hemos de atenernos á lo que se dice, *está muy bien hecho*.

«Nada de altiveces ni amenazas; nada de floreos, y ateniéndose á lo práctico.»

Y en otra parte:

«Ayer se publicó una hoja extraordinaria subscripta por la comisión del partido socialista. Se consigna en dicha hoja el programa municipal, al que deberán ajustarse en el Ayuntamiento los candidatos electos.

«Las bases del programa no pueden resultar *más seductoras*, y serían sin duda alguna el *desideratum* de los pueblos; pero la realización de este programa no ofrece más que una dificultad y es que lo creemos impracticable.»

Así debieran ser de francos y poco espantadizos todos los carlistas, y hasta tener al Rosario, como el mismo periódico, por cosa inútil y que el odio de nuestros enemigos utiliza contra nosotros.

Tampoco *La Lucha* anduvo en miramientos para acoger y anunciar el certamen de *Gente Vieja*, que á pesar del título era muy nueva y novadora, ni usan de mayores pamplinas *El Correo Español* y otros periódicos nuestros para anunciar funciones teatrales que los escrupulosos beatos condenan.

Pues qué, ¿hemos de triunfar como Pelayo, esperando que un milagro haga volver las balas del enemigo contra el mismo? Modernicémonos, que sólo así nos haremos simpáticos al enemigo, para que al fin ceda y nos abra el camino.

Pero por lo mismo, mantengámonos firmes en nuestro puesto, de modo que vengan ellos á nosotros y no que vayamos nosotros á ellos. Eso es lo que se ha intentado por todo lo alto y por todo lo bajo; que nos pasáramos al enemigo con armas y bagajes, por medio de esos proyectos de unión y de partido católico de que en el capítulo anterior nos ha hablado Gascó. Extendámonos un poquillo más, pues vale la pena.

CAPÍTULO VII

De unión y elecciones

Por de pronto, dijera lo que quisiese Leon XIII, en su Breve al Sr. Casañas y en la *Cum multa*, contra los católicos que repugnan juntarse con los de diferente partido hasta en cosas de religión, nosotros debemos tener el valor de declarar con el mismo Sr. Gascó en su *España Cristiana*, que

«somos antiliberales de nacimiento y nos repugna juntarnos con esa gente *hasta en la casa de Dios*.»

Además, Leon XIII que tanto nos predicó la unión de todos nunca nos dijo claro en qué puntos había de consistir la unión y qué debíamos hacer con ella; de modo que *Eneas* pudo decir á 10 de Agosto de 1902 en *El Correo Español*.

«puntos son estos muy necesitados de esclarecimiento, y es fuerza esclarecerlos».

Bien lo esclareció este campeón de la pluma y de la ortodoxia carlista probando en mil ocasiones que la unión es imposible si no se vienen todos con nosotros que estamos donde estuvimos siempre.

Leon XIII nos decía en la *Cum multa* que nos uniésemos prescindiendo, siquiera por *un momento* «de las opiniones diferentes en punto á política, » y nosotros respondíamos con toda la lógica de *Eneas*:

«Si los demás partidos necesitan prescindir de sus ideales para defender las causas justas, la Comunión carlista no; ella al contrario, porque *con todas las causas justas está identificada*», (*El Correo Español*, 11 Febrero 1902).

No necesitamos aducir más textos suyos, porque todos los conocen: pongamos unos cuantos de otros, para que se vea la unanimidad de corazón y pensamiento que sobre esto reina en el partido carlista, donde todos decimos con el Sr. Polo y Peyrolón en el *El Correo Español* (Julio de 1901), que la unión no es posible si no se vienen todos á nosotros, para defender lo mismo que defendemos, hasta en cuestión de personas.

«Caso de que—decía también *El Correo de Guipúzcoa* en Septiembre de 1901—se tratara de refundir á los católicos españoles en una determinada fracción política, todo el mundo está convencido de que lo más justo racional y práctico sería que la tal fusión se hiciera dentro de la comunión carlista.»

Gran número de carlistas no lo entendieron así; fué necesario que el Sr. Gil y Robles dijese en *La Verdad* de Granada, felicitando á 4 de noviembre de 1901 á D. Carlos:

Una sujestión y alucinación extrañas han contagiado á nuestro partido de la idea y deseo de inteligencias y misiones políticas permanentes con otros elementos católicos no carlistas, sin considerar los que tales conciertos anhelan que son incompatibles con el programa y conducta del Carlismo y representan la negación terminante de su legitimidad.

«Día es hoy, como ofrenda de fidelidad en la fiesta onomástica del Señor, de reiterar la gran tesis patriótica realista: *Aquí no hay, ni habrá, ni queremos más unión católica y española que la que he hecho la historia conducida por la Providencia. Todas las otras fracasarán, a pesar de cuanto, en vano, se intente para formarlas, porque LAS RECHAZA DIOS que todavía ama á España y aun no ha cerrado el libro de sus gloriosos destiuos.*»

Después, hasta *Ausetania* dijo con mucha intención lo siguiente á 30 de Mayo de 1903:

«Acerca de si conviene alguna vez aliarse, siquiera por conveniencias circunstanciales, con los heterodoxos, del modo que lo hicieron algunos reyes españoles con los moros en la Edad Media, y los hebreos con los romanes, según lo recuerda, por vía de argumento *El Universo*, se ha de tener en cuenta que *non sunt fasienda mala ut veniant bona* y de fijo vendrían muchos males, si la alianza se hiciese con los liberales contra los católicos; y además de esto, los judíos

que escaparon de las fauces de los asirios que los herían brutalmente, al fin murieron despedazados entre las garras de las águilas romanas.

Mejor que todos lo expresó *Eneas*, apesar de que entonces no trataba de unión, con estas palabras que tomo de *El Correo Español*, 26 Marzo de 1902:

«Si la revolución tiene un programa y una bandera, en torno de la cual llama á sus hijos, la España católica, la España antigua, la enemiga de la revolución tiene otra bandera y otro programa, y si los hijos de la revolución van á favorecer y á apoyará los suyos, ¿por qué los hijos de la fé no vienen á proteger y resguardar con sus pechos y á defender con sus vidas y con sus haciendas la bandera donde están escritos todos sus derechos y todas sus santas y legítimas reivindicaciones?

«¿Es que los hijos de la revolución comprenden sus intereses, y los hijos de la fé no los comprenden? ¿Es que aquellos tienen arrojo y valor para reforzar el peligro radical, y éstos no tienen corazón para robustecer la defensa, la verdadera defensa, lo que se llama el peligro carlista?

«Pero ¿para quién es ese peligro? ¿No están viendo todos los que tienen ojos que el carlismo es un peligro para la revolución y para sus hijos? Pues siendo para la revolución peligro, ¿no está claro como la luz del día que por el contrario ha de ser y es una defensa y una esperanza para la España católica?

«¡Ah! en asuntos como estos no valen palabras, ni hacen falta largos argumentos y reflexiones. Los que tienen corazón no los necesitan. ¿Para qué? *La luz no se discute ni se prueba*. Hijos de la fé, oid cómo los enemigos llaman á los suyos á la pelea. Y si vosotros os hacéis los sordos y los ciegos, *si dejáis que lleven al justo por la calle de Amargura hasta el Calvario*, habrá que repetir aquellas palabras del Divino Mártir á las mujeres que lloraban:

«Hijos de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos.

«Hijos de la España cristiana, si veis que el carlismo deja de ser un peligro y una amenaza, no lloréis por él; llorad por vosotros y por vuestros hijos...»

No quiero terminar este punto sin poner dos palabras del célebre folleto *El Cardenal Sancha y otros excesos*. Su autor era muy carlista (no poca violencia he de hacerme para respetar su nombre); hoy es *corbatonista* fanático. En sus buenos días carlistas publicó aquel folleto, que expresaba á las mil maravillas la mente del alma carlista. *El Correo Español*, después de agotadas dos ediciones, tuvo que reprobarlo por bien parecer; pero me consta de la manera más cierta que en su redacción, desde donde se pidieron varios paquetes, fué muy aplaudido, lo mismo que por los carlistas de toda España, cuyas ideas y tendencias expresaba fielmente. Basté decir que en pocas semanas se agotaron doce mil ejemplares, de dos ediciones, y el traidor Corbató se dice que tuvo la culpa de que no se hicieran más. Así pues, aquel folleto era carlista, y por lo tanto tomaré de él unos pasajes ahora y después. Dice sobre la unión:

«Monescillo, Casañas y otros Obispos españoles, al interpretar al Papa, opinan que la Unión de los Católicos debe ser *sólo en la fé*.» (pág. 6) — «El que desea una cosa debe sacrificarse por ella. *Nosotros no queremos unión*. ¿Vosotros sí? Pues sacrificad vuestras opiniones y á nuestro campo. He aquí una unión política: *todos carlistas*. ¿Decís que no? Pues al avío.» (pág. 19) — «¿Estaréis sumisos á las instituciones? Mientras nos convenga, sí. De lo contrario, no. Ni nos prohíbe insurreccionarnos el Papa, ni los Obispos, ni tan sólo los sacristanes, y de

prohibirnoslo *nos importaría un bledo*. Cuando sea la hora, barreremos esa podredumbre alfonsina, así ande cubierta de entorchados, como de *mitras*, como de fajas y grandes cruces. Y lo barreremos porque *nos dan ese derecho la teología y la filosofía*, porque nos lo piden la patria y el sentido común, porque así conviene á los intereses de la patria, y finalmente, *porqué nos dará la real gana*. (Idem).

Ese, ni más ni menos, es el criterio carlista, opuesto *per diámetro* al criterio alfonsino que nos hizo perder las colonias, y del que decía *Eneas* en *El Correo* á 17 de Marzo 1903:

«Ese era el criterio y el criterio triunfó, aun cuando á costa de la Patria y de la Justicia, y el mismo criterio viene siguiéndose después, ¿Son un peligro, para la tranquilidad de las instituciones los republicanos? Pues aliémonos contra ellos, y mientras tanto veamos la manera de halagarlos, saturando la sociedad de anticlericalismo, de democracia y de socialismo.

«Como se vé, ese criterio es, en definitiva, un positivismo cerril y un horrendo egoísmo. Es la antítesis de la idea católica y de los sentimientos nacionales. Por eso nosotros debemos tener *el criterio opuesto*. Pensar en la Justicia, en la Religión, en el Derecho y en la Patria, y no importárenos un ardite de lo demás. Porque lo demás ya se ha visto lo que es por experiencia. Lo demás es el mal. Y contra el mal hay que ir con todas las fuerzas y con toda la energía del corazón.»

El criterio opuesto, sin embargo, no ata las manos á la aguda diplomacia carlista para unirse con liberales y masones si nos conviene, antes que con los católicos no carlistas, si es que estos son católicos; ó por lo menos para dar ó negar nuestros votos á los republicanos, según convenga para mal de nuestros adversarios. En Madrid se los dimos hace poco, y triunfaron: en Barcelona se los negamos porque los necesitábamos para nuestra candidatura, la cual restaba millares de votos á los catalanistas, y así tendrían mayoría los republicanos, como en efecto sucedió.

Sobre lo de Madrid decía *El Correo Español* á 15 Abril 1903:

«Y dicen privadamente, en conversaci6n amistosa, porque en público no se atreven á decirlo, los católicos incoloros, ó mejor, pintados desde la coronilla hasta el calcañar de alfonsismo; Pero ¿Qué se proponen ustedes los carlistas ayudando á los republicanos? ¿Qué ganan? ¿Qué ventajas van á lograr ni para la Patria ni para su causa?

«Vamos por partes. Lo hemos dicho ya muy claro en cien ocasiones, y conviene, por la cuenta, que lo digamos una vez más: con los elementos republicanos ni tenemos, ni queremos tener nada de común. Somos sus más irreconciliables enemigos. Lo hemos sido antes, lo somos ahora y lo seremos luego.

«Lo que hay es que nosotros no sentimos los monjiles escrúpulos que padecen los reconocemeteros, y no nos asustan las palabras, sino las ideas, y nos atenemos poco á los ruidos y mucho á las nueces.

«Lo que no hacemos, ni haremos nunca nosotros es combatir á los republicanos, no por lo que tienen de anticatólicos, sino por lo que tienen de antidinásticos; los combatimos y combatiremos por los daños y agravios que puedan inferir á la Religión; pero de ninguna manera por los que puedan inferir á la monarquía parlamentaria.

«Y con esto entendemos prestar un buen servicio á la Religión y á la Patria, porque es bien que cuanto antes se vaya lo que perjudica á la primera y daña horriblemente á la segunda; y si lo que le sucede es, en apariencia, peor, aunque en la esencia igualmente malo, tendrá la ventaja de aunar los esfuerzos y unir

las aspiraciones de todos los católicos para la defensa de los grandes intereses, religiosos y sociales, y para la instauración del derecho cristiano en las leyes y en las costumbres.

«Las claridades del día y las tinieblas de la noche, sin esas vagnedades crepusculares que consienten adorar á Cristo en privado y crucificarlo públicamente, y entonces, con la ayuda de Dios, nuestra, del *catolicismo franco*, sin *transacciones cobardes ni egoistas*, será la victoria.

«A eso vamos y por ello repetimos que no nos duelen, ni nos atemorizan, ni encogen los avances del republicanismo; para la ola grande sabremos los católicos oponer dique que la rompa y deshaga; lo que no sabemos y quizás no podemos hacer es contrarrestar la influencia maléfica de esas pequeñas olas y de esas corrientes, apenas perceptibles, que van minando poco á poco, y debilitándolos cada vez más, los fundamentos de la Patria, y es que es muy difícil luchar con la hipocresía.

«*Ahi, con toda claridad, queda expuesto nuestro pensamiento.*»

Sobre lo de Barcelona decía el mismo periódico el día siguiente:

«*En Barcelona.*— La candidatura carlista por esta capital que publicamos en nuestro periódico, ha sido acogida por nuestros amigos con verdadero entusiasmo. Todos, unidos y compactos como un solo hombre, están dispuestos á votarla y á trabajar con tesón y fé inquebrantable para conseguir el triunfo de los candidatos tradicionalistas.

«Apenas ha cundido la noticia, nutridos grupos de electores pertenecientes á todas las clases sociales, obreros y personas de posición acomodada confundiendo la honrada blusa con la aristocrática levita, se han personado ofreciendo su sufragio y su concurso decidido para luchar en frente de la avalancha republicana, *enemiga del orden y contraria á los sacrosantos principios de nuestra Religión.*»

Cierto que ni siquiera á Mella pudimos sacar diputado; pero pregunté á esos católicos pestíferos, amigos del «extraviado» unos y de Sancha otros, quién tiene la culpa de aquella derrota que será vengada.....

Vengada, sí; pero á pesar de todo lo dicho y lo que resta decir, y siempre alternando en los dos consabidos casos según convenga á nuestra política, puede darse el caso de que Carlos VII nos mande ó aconseje apoyar el trono de Alfonso XIII su sobrino, por altísimas razones que á nosotros no nos toca más que obedecer *con sumisión de voluntad y de juicio.* El Sr. Llorens, por ejemplo, ha recibido órdenes terminantes en este sentido, y el Sr. Llorens ha hecho varias manifestaciones, de obra más que de palabra, á consecuencia de las órdenes.

Reciente es, v. gr., la orden que dió á los carlistas de Estella, de que contribuyesen al esplendor del recibimiento que allí se prepara á Alfonso XIII. Esto motivó fuertes protestas, en especial de los carlistas barceloneses; pero no entiendo porqué, pues me parece que en la acepción Llorens, conviene arrimarnos á Don Alfonso algún tanto, para no perderlo todo por la campaña que contra nosotros hacen las curias eclesiásticas. Se acusa á Llorens de que saca motivo de esas cosas..... A mí no me importa: mientras el R... no le desautorice, señal es de que lo aprueba, y por lo tanto debemos apoyarlo todos; y tal lo aprueba, que ya es sabido como en el asunto de Estella obraba Llorens por inspiración directa de D. Carlos.

CAPÍTULO VIII

El Clero debe ser carlista

Pecado gravísimo de los que nos impugnan

¿Para qué se quiere la unión? Para que los carlistas dejemos de serlo. ¡Ah, si D. Carlos fuera poder!... Porque no lo es nos niegan el derecho de pertenecer á un partido y ellos quieren formar otro. Por mí que lo funden; yo les reconozco el derecho de ser partidarios que nos niegan á nosotros, y se lo reconozco porque es gran verdad esto que el ilustrado sacerdote Sr. Valenzuela decía en *La Lucha* en Diciembre de 1901:

«¿Qué importa, que en abstracto, que teóricamente no sea lo mismo político que partidario, si en la práctica lo son, si en realidad no hay hombre que no siga tal ó cual partido?»

«El católico impolítico no tiene razón de ser. Si la religión, alma de la política, desaparece, la política pasa á ser un cadáver. Si pierde su catolicismo el individuo, pierde la regla de gobernar católicamente, pierde la política.

«Y los hombres, todos, siguen una de esas políticas conocidas, buenas y malas, mejores y peores.

«Son lo mismo político que partidario en la práctica. En realidad *no hay hombre que no siga tal ó cual partido*. De donde el político es partidario. — Los hombres siguen uno ú otro bando, y son partidarios. — El hombre es, pues, partidario.

«Político es partidario *et aliquid amplius*: porque la política en general abarca todas las determinadas en particular. Ratificamos que *político*, (en el sentido que lo tomamos) es lo mismo que *partidario* (en el sentido que hemos expresado). ¿qué importa si hay desgraciados y tontos que de esto nada entienden? ¿Qué importa que no seamos de más alta jerarquía para que los fingidos adulares no quieran interpretar en recto sentido nuestras palabras?»

Ahora bien; ¿el Clero debe ser político, esto es, partidario? Leon XIII mandó que fuera político, no partidario; mas ya hemos visto que no puede ser lo uno sin lo otro, pues son la misma cosa; ó más claro, que no pudiendo la religión ser divorciada de la política, por deber de religión debemos de pertenecer á un partido, máxime el Clero.

La Libertad; de Tortosa, demostró en Febrero de 1903 esta tesis: *El Clero debe ser político*, y el artículo era tan lógico y excelente, que lo reprodujeron varios de nuestros periódicos.

«El sacerdote, — decía entre otras cosas — no debe permanecer callado: es ciudadano, y su religión y su moralidad social é individual exigen de él un puesto en el combate, un lugar en la lucha á que se le ha provocado: este puesto, este lugar es *la política*.

«Finalmente: la Iglesia necesita de buenos campeones, de intrépidos adalides para llevar á feliz término la buena causa. Y al sacerdote precisamente es á quien corresponde la defensa de la Iglesia, cuyos derechos indiscutibles juró mantener al formar parte en sus filas.»

«¿Pues qué? La política (entiéndase en su peor sentido) ¿no ha invadido el templo santo y no ha usurpado y desamortizado sus bienes? Si la Iglesia ha sido el blanco de los timadores de oficio y de los sacrílegos usurpadores, ¿ha de llorar el sacerdote en el rincón de la sacristía los males que su Iglesia deplora? Si el Clero es la milicia de la Iglesia ¿no la ha de arrancar de las manos de sus enemigos? ¿Y quienes son sus enemigos? Os diré con un insigne Prelado que los profanadores de la Religión son los políticos invasores de la Iglesia, los diplomáticos que la esclavizan; los periodistas que la combaten y escarnecen, los legisladores que relegan de los códigos toda noción de Dios; en fin, todos los que por pasión y profesión políticas han llevado la Religión al teatro de las discusiones públicas. Esta es la política usurpadora, contra la cual el sacerdote ha de hacer certeros disparos luchando con denuedo.

«¿Qué política ha de seguir? Esto será asunto de otro artículo.»

No conservo el artículo prometido; pero recuerdo que, en sustancia, probaba irrefutablemente que el Clero debe ser tradicionalista, esto es, *carlista*.

Es verdad que D. Carlos, en su entrevista de 14 Febrero de 1895 declaró que

«tiene una idea demasiado alta de la misión espiritual del Clero, para que lo quiera arrastrar al servicio de una causa terrena; pero decíalo en el orden de ideas de que se trataba, que eran los manejos del Alfonsismo en ese sentido, y por eso añadió que «no quería servirse del Clero para turbar las conciencias y emplearlo como *instrumento para fines terrenos, del modo que lo hace el gobierno de Madrid.*»

Por lo demás, ya hemos demostrado, con pasajes del mismo Don Carlos y de los más notables escritores carlistas, que nuestra Causa no es *terrena*, sino que está sobre las cosas de la tierra, como que el carlismo nació al pie de la cruz, está escrito por el dedo de Dios, tiene puestos sus ideales en manos de Dios justiciero, etcétera, etc. De todo lo cual se deduce terminantemente que el Clero debe ser *carlista*.

Pero no lo es, porque el Clero está prostituido y los Obispos son los que veremos luego, empeñados en atizar contra nosotros la ira del mundo entero. No saben lo que se hacen, porque el carlismo es invulnerable; ó como dijo Eneas en *El Correo Español* á 14 Agosto de 1901,

«no se ha podido hincar el diente en nuestro programa, y de buen grado desafiarnos á todos á que lo intenten.»

Sin embargo, hemos probado de cien maneras y está en la conciencia de todos los carlistas que

«combatir al carlismo es restar fuerzas al partido único que puede aplastar la cabeza de la hidra revolucionaria.»

Digámoslo con palabras de Eneas, *Correo Español* 28 Octubre de 1902.

«Otra vez intentóse ayer en el Senado dar el golpe á la cuestión de las Ordenes religiosas y el clericalismo. Y lo que ayer dijo Lopez Dominguez le contestó á Lopez Dominguez el presidente interino del Gobierno y heredero putativo de Sagasta, Sr. Moret, son una nueva demostración del gran bien, del bien inmenso que han hecho y están haciendo los carlistas á la Iglesia española, de la crisis de que por ahora la han salvado y la están salvando, y de la ceguedad

horrible, cuando no la perfidia, de los que en pago de estos servicios tratan á diestro, y siniestro, con empeño loco de matar á los carlistas, de negarles el agua y el fuego, de cerrarles las puertas del Paraíso, de que su sangre, como la sangre dei Redentor, caiga sobre ellos y sobre sus hijos, por el enorme delito de dejarse crucificar para la salvación de la Patria.»

Esos católicos desalmados, á quienes alude *Eneas*, son los peores enemigos, como el mismo ha probado en varias ocasiones y como unos días después de lo copiado, ó sea 13 Noviembre de 1902, decía el Sr. Polo y Peyrolón en el mismo periódico:

«Yo entiendo, decía, que hacen menos daño y son menos peligrosas las infernales; crudezas de estos impíos, que las hipocresías maleantes de los fariseos que ponen una vela á Dios y otra al Diablo, y aparentando una religiosidad á su manera y que no sienten de ninguna, inspiran su conducta en el odio, cuando fingen respetos y amor, y demuestran paladinamente su ignorancia en materias religiosas, cuando se permiten dar lecciones á los católicos prácticos y de verdad.»

Es que esos enemigos taimados tienen ganas de que el catolicismo se suicide. ¿Qué harían sin los carlistas? Los mismos impíos contestan á esta pregunta, porque una de nuestras notas, como en la Iglesia, es el testimonio de los enemigos, según dijimos ya. *Eneas* se lo ha dicho á cada paso. Tengo ahora á la vista estas palabras suyas, de 29 Julio de 1901:

«Les molestan más (á los impíos) los carlistas que los restantes políticos, y por eso llaman *carlistas* á todos; y así los demás motes de que usan y abusan... Es que no sólo les han visto en las luchas político-religiosas ir delante, siempre delante, sino que no han visto en los campos de batalla otra bandera que la suya.»

Uno ó dos días después, decía el mismo escritor.

«Significando el nombre carlista lo que significa, ¿por qué hay entre los católicos unos que odian á los carlistas con odio más feroz que el de los mismos masones, y otros que sin odiarlos, antes bien, respetándolos y queriéndolos en el fondo de sus almas, ponen cuidado exquisito en disipar las sospechas de carlismo, proclamando en estrepitosos gritos ó en estrepitosos artículos que no son carlistas?»

«La pregunta es un problema, un verdadero y grande problema de actualidad, y contestarla es una obra en extremo beneficiosa para los buenos.»

«A nadie, con conocimiento de causa repugna el ser carlista, ya que el programa éste es tan español, tan lógico, tan conforme al sentimiento imparcial de los hombres, que no solamente le alabó Pío IX en aquellas famosas palabras: «Los soberanos no tienen hoy fuerza ni vigor, porque reinan sin gobernar, etcétera, etcétera.» y no solamente se aprobó en el Vaticano haciendo su elogio en el folleto oficioso *La verita intorno alla questione romana*, donde se afirmaba además que el parlamentarismo ha hecho bancarrota y le silban en todas partes, y no solamente le han propuesto católicos no carlistas como el programa que había de pedir el nuevo partido de unión de los católicos, sino que hasta los mismos partidos políticos han tomado para engalanarse jirones de ese incomparable programa.

«No; lo que es por ese lado no hay temor alguno á las ideas carlistas, porque antes de que las boinas triunfen materialmente en los cuerpos, las ideas carlistas han triunfado, pero con triunfo esplendoroso, irrefragable en los espíritus.»

Pero los católicos, es decir, el alto Clero á usanza liberalesca, no

lo creen así, por lo cual les dice el mismo *Eneas*; *Correo Español* 28 Octubre 1902:

«Los carlistas,—dicen— no han triunfado y no pueden triunfar, á lo menos ellos solos.—Triunfarian en todo caso si todos los católicos se les unieran; luego en definitiva, el valor de la amenaza que el catolicismo español representa, no está en los carlistas, sinó en los demás católicos. Luego se puede prescindir de los carlistas. Luego se les puede atacar desde el púlpito y desde el periódico, siguiendo esa política que hace tiempo se sigue en España por ciertos *elementos clericales*; política que consiste en *olvidarlo todo*, menos la persecución á los carlistas; *contemporizar con todo*, menos con la lealtad carlista; tragarlo todo, menos la perseverancia de los carlistas, y en una palabra, señalar como *única misión*, como *único objetivo* de los católicos españoles la destrucción de los carlistas.»

«Ese es el argumento con que tranquilizan su conciencia nuestros enemigos. Y aunque alguna vez hayamos hablado de él, conviene deshacerlo de nuevo para quitar todo pretexto á su conducta incalificable.»

Es verdad que les deshizo tan irrefutablemente en aquel extraordinario artículo *Nueva demostración*, que tué un entusiasmo de todos, *El Combate* llamó entonces á *Eneas* «el Balmes del carlismo,» añadiendo con otros periódicos que el referido artículo «vale por un libro y no hay *nadie* capaz de desatar el nudo de su vigorosa argumentación.»

Por legítima y rigurosa consecuencia de aquel magno artículo, bien podemos respetar estas grandes palabras que un buen carlista estampó en *El Correo Español* á 12 Junio de 1902:

«Ayudar al carlismo es cristiano, es CONFORME Á LA NATURALEZA. Contrariarle es contribuir al afianzamiento del liberalismo en el Poder; es, como se desprende de lo dicho, UN PECADO CONTRA NATURAM.»

Veán, pues, el mal que hacen esos pérfidos y traidores que pretenden *sanear el carlismo*, calumniándonos con el mayor descaro en papeles públicos. Si ven algo que corregir, acudan al R..., vayan á *Venecia por todo*, al *Supremo Pastor*; ó como escribió un carlista á uno de esos traidores, «podía V. sanear el carlismo, sí algo de malo tienen algunos elementos, *desde casa y en familia*.»

Nosotros, siendo los benjamines de Dios y la columna de la Religión, podemos hablar públicamente contra el Clero, los Obispos y aun que sea el Papa: y favorecer á quienes combaten sus abusos colosales; pero no hay derecho alguno que autorice el hacer lo mismo con nosotros. De todo esto alegaremos pruebas en sus lugares correspondientes.

CAPÍTULO IX

Lo decimos á León XIII para que lo entienda Pío X

Podemos hablar aun que sea contra el Papa, he dicho; si ese Papa es Leon XIII, con más razón, Pío X, que empieza á seguir, y seguirá el mismo camino que aquél contra nosotros, nada perdería

de tener en cuenta lo que somos y valemos, para no echarse tierra á los ojos.

Estamos otra vez en los dos consabidos casos. Amigos del Papa en cuestiones meramente religiosas de las que ningún daño nos viene, pero no en otras. Así lo exigen los intangibles intereses del carlismo en bien mismo de la religión.

Primer caso. Sirva de ejemplo lo que dijo *Eneas* en *E! Correo Español* á 20 Febrero de 1903, intitulado su artículo ¡ *Viva el Papa Rey!* , con motivo del Jubileo de Leon XIII.

«Somos los mismos que en 1871 hacían en medio de la Revolución fiera, tan hermosas manifestaciones de amor á la persona de Pío IX, de santa memoria, los que entonces tenían el valor de protestar y desafiar á todos los poderes revolucionarios que se habían entronizado por la fuerza y mandaban sin otros títulos que el título infernal de Hechos consumados ó poderes constituidos. ¡En Roma era entonces poder constituido Víctor Manuel, y en España el duque de Aosta! Somos los mismos, que desde entonces no hemos abdicado nuestra protesta, ni mutilado una sola de nuestras reivindicaciones, ni olvidado uno solo de los principios que entonces nos servían de escudo y de bandera...

«¡Los mismos! Y quisiera en estos días de tibieza y claudicaciones, fuera de la Iglesia, que es inmutable; fuera de su soberano Pastor, que es infalible, pocos podrán alegar esa constancia cristiana y cabalresca que alegan los carlistas, los católico-legitimistas españoles. Será triste reconocerlo, pero es así...

«Al cumplirse los veinticinco años del Pontificado de León XIII, ¿quién, fuera de nosotros, se acuerda ya de que ese venerable anciano, centro de nuestros amores, es á la vez que Papa, un Rey legítimo, desposeído de sus Estados por reyes usurpadores? ¿Quién se acuerda del gran patrocinio de 1870 si ahora, conforme van los tiempos, parece que la usurpación afortunada es hasta una gracia que toman bajo su protección los Cielos y la legitimidad desposeída es una antigualla y hasta un crimen si no triunfa ó si comete la imprudencia de mantener su protesta contra los triunfadores?....

«Y puesto que este día es el aniversario del Papa, la fiesta del Padre de los católicos, y en esta fiesta es justo que elevemos al Trono Pontificio el testimonio de nuestra fé y de nuestro amor de hijos para consuelo inefable del Pontífice atribulado y desposeído, nada más hermoso y más santo que presentarle, como rica ofrenda de la España tradicionalista, estas protestas contra su injusto cautiverio, estos deseos fervorosísimos de que cña la Corona de Rey despues de haber llevado su corona de mártir y este juramento cristiano de que no faltarán de nosotros, con el último aliento de la vida, la firmeza en amarle y defenderle contra todos sus enemigos, teniendo siempre en el corazón y en los labios el grito que entusiasmaba á nuestros padres: ¡Viva el Papa Rey!.

Segundo caso. Empecemos diciendo que es en vano eso de pretender el puro bien del catolicismo oponiéndose á nuestra Comunión, como hacen el Papa, los Obispos y otros, que una de dos; ó se hacen carlistas, ó favorecen solamente lo que pasa por bueno, contra lo mejor, con esos actos que venden por puramente católicos y no alfonsinos. En pocas palabras lo dijo el valiente Sr. Valenzuela en *La Lucha*, Diciembre de 1901:

«Con actos puramente católicos no se favorece tal ó cual política, determinada buena sino á todas por igual.»

Y aún eso se queda en la teoría, pues lo que es en práctica no solo no nos tienen por mejores, sino ni tan siquiera buenos. Prueba

al canto. Nos la da *Eneas* en nuestro repetido órgano en la corte, á 25 Octubre de 1901, refiriéndose á un telegrama de *El Imparcial*.

«En el Vaticano, según dicho periódico, *serán recibidos con displicencia y con desdén todos los manejos carlistas siempre que en España sean respetados los intereses católicos.*»

«Sea así, y de ello nos felicitaremos los carlistas, *católicos ante todo*. Pero conste, como hemos dicho y probado repetidas veces con las palabras mismas de la prensa dinástica y ministerial, y con las declaraciones del Sr. Sagasta, que *los carlistas somos en España EL ÚNICO FRENO que contiene á los anticlericales*, como ellos se llaman, en sus apetitos, en sus propagandas y en sus resoluciones antirreligiosas. Conste así.»

Lo cual es decir la pura verdad; que siendo nosotros tales, León XIII veía *con displicencia al único freno* que contiene á los anticlericales. Pocos días después, 7 Noviembre, el mismo *Eneas* descubrió un poco más esta verdad, diciendo:

«¿Cuándo, si no es en los desdichados tiempos del cisma de Urquijo, pensó el Trono de San Fernando en someter la Tiara? ¿Y en qué época de la Historia ha respetado más la Tiara el *poder civil* que lo respeta en esta? ¿Qué hubieran dicho Paulo IV y San Pío V á Felipe II si aquel rey hubiera elegido *ministros masones y sectarios como se eligen ahora*? ¡Probablemente no les hubiera recomendado á los españoles con tal insistencia la adhesión á los *Poderes constituidos*, ni hubieran hecho elogios tan gordos de éstos.»

Quiere decir, que León XIII nos mandaba «sujetarnos respetuosamente» al poder de un gobierno de *ministros sectarios y masones*. Y todo por la breva, es decir, porque no somos poder como ellos... D. Benigno Bolaños lo confirma en aquel su inimitable artículo *El Anverso del Clericalismo*.

«¿Porqué, pregunta, atacáis á los carlistas, vamos á ver? ¿Es porque os disgusta su doctrina religiosa?—De ninguna manera: su doctrina nos gusta mucho.—Es porque no os agrada su doctrina económica?—Tampoco. Esas doctrinas nos agradan tanto, que nosotros las querríamos para programa.—¿Es por qué preferís la dinastía de D. Alfonso á la contraria?—Tampoco es por eso, pues muchos de nosotros, el 95 por 100, cantaríamos el *Te Deum* en nuestro corazón con más gusto que la rama proscripta.—Pues entonces, ¿por qué la perseguís? Pues por eso, *porque está caída, porque no manda, porque no es Poder constituido*».

«La conducta no es muy caballeresca que digamos; parece un ideal hecho á la medida de Sancho Panza.»

El Sr. Bolaños no aplicaba abiertamente eso á León XIII por entonces; pero lo aplicaron la mar de carlistas, los que no andarían equivocados cuando en *El Fusil*, del mismo Bolaños, se dijo lo siguiente con muchísima intención, en 20 Julio 1903:

«Como el Papa ni tiene ahora poder temporal, ni rentas propias, ni otros ingresos que el dinero de San Pedro y los expedientes de la curia, beatificaciones, indulgencias, etc., y esos cincuenta cardenales no pueden vivir del aire y es justo que alguien les mantenga, resulta que todos ó casi todos se cargan sobre el dinero de San Pedro, y según dicen muchos que han ido á Roma, *hay allí una hambre de tiras feroz*».

«Como el Papa para vivir necesita las limosnas de los fieles, y los fieles pobres no dan dinero, por la sencilla razón de que no lo tienen, forzosamente han de dárselo los ricos, y sobre todo los monarcas, príncipes y emperadores. Y no será esa suposición verdadera porque será una calumnia como una loma; pero

cualquiera podía sospechar maliciosamente que la política del Papado, sobre todo en eso de *dar incienso á los poderes constituidos*, así sean más perros que el galgo de Lucas, se subordinaba á la falta de independencia y á *la necesidad de dinero.*

Hé ahí las razones íntimas de la guerra que se nos hace y se nos hará, aunque siempre en vano. Digámoslo de otro modo con *El Combate* de 17 Enero 1903:

«Hoy está tan pujante el carlismo, *tan decidido* á aquello que ustedes saben y nadie ignora, que ni necesita de cobardes que huyeron, ni de calumniadores vergonzantes, ni de escrupulosos acomodaticios; se basta y se sobra á sí mismo, para salvarlo todo, incluso á sus secretos y públicos perseguidores.

«Ya será hora que les digamos, y *nos consta que se le ha dicho á D. Alfonso XIII*, ya será hora que les digamos la manera sencilla, el medio eficaz para dar sepultura al carlismo.

«El modo es muy sencillo; no hay más que separar su alma de su cuerpo; y si no se quieren separar, robarle el alma y encarnarla en las instituciones que nos rigen. Y como *el alma del carlismo es la causa Española, la tradición, la legislación cristiana, LOS PRINCIPIOS INMUTABLES Y ETERNOS donde se basa el orden, la prosperidad y la civilización*, interin no empleen esa febril actividad con que tratan de matar su cuerpo, en robarle el alma, nada conseguirán: de otro modo, sería segura la muerte del carlismo.

«Ahora bien: ganas de obrar ese trasiego no les falta, medios para conseguirlo tampoco, ¿pues entonces, qué ocurre, que logra impedir acontecimiento de trascendencia tan grande?

«Lo de siempre; que *el carlismo nació al pie de la Cruz y su programa está escrito por el dedo de Dios*, mientras que el programa del liberalismo está escrito por Satanás, y si el carlismo no puede ser liberal, el alfonsinismo no puede dejar de serlo.»

Sin embargo, parece increíble, tuvo que decir *El Correo Español* en 31 Julio 1901:

«Aquí no ha habido, ni hay, como acaba de decir el Rdo. Obispo de Salamanca, otro clericalismo que *el de la influencia de Roma* en favor de las instituciones y en contra de los carlistas.»

Por análoga razón tuvo que decir el mismo periódico á 18 de Octubre de 1901:

«Contrastan con el desdén que hacia nosotros aparenta el Gobierno los trabajos que por lo visto realiza para procurar nuestro aniquilamiento. Las Agencias telegráficas han cursado un telegrama que dice así:

«Telegrafían de Roma que Mons. Rinaldini, Nuncio de España, ha marchado á Madrid con instrucciones del Vaticano para combatir con el mayor rigor la propaganda carlista y apoyar la actual dinastía.»

«No creemos que el Vaticano haya dado semejantes instrucciones á Monseñor Rinaldini; pero bien evidente está el auxilio que desde Madrid se ha pedido á Roma en contra nuestra y en favor de Doña Cristina y de su hijo.

«*No nos parece mal*. Tal vez sea una ventaja que el Sr. Sagasta nos declare semejante guerra, y por de pronto ella nos indica cuánta es la importancia que se nos concede, sin que pueda perjudicarnos, pues lejos de hacernos vacilar en nuestra fé política, *ha de confirmarnos más y más en ella y ha de aumentar nuestros bríos y nuestra decisión, ni desfallecidos aquellos ni vacilante esta*. Adelante y qui vivirá verrá.»

Lo que vemos ya, y muy claramente, es cuán mal hizo León XIII con recomendarnos la sumisión á los poderes constituidos. Dígalo el mismo *Eneas* en aquellas *Observaciones* de primeros de Junio 1903:

«Los hombres somos hombres y no podemos despojarnos de nuestras afecciones más íntimas. Y puesto que se pone como una condición esencial el acatamiento á los Poderes constituidos, que para algunos significa la guerra á cuantos no están conformes con ellos y la traducen por el alfonsoismo á *outrance* y entienden que el tal acatamiento significa la expulsión, excomunión y condenación eterna de carlistas, integristas, catalanistas y fueristas, que no los aceptan ó no los aman; *de temer sería que los amenazados con ese trágala no tuvieran la virtud suficiente para resignarse á trabajar en contra de lo que han trabajado toda su vida, ó por lo menos á trabajar con el entusiasmo con que trabajaban antes.*

«Porque es un hecho que se vé y se palpa entre muchos católicos españoles la repugnancia que les causa el alfonsoismo. Ni los carlistas, ni los integristas, ni los fueristas, ni los catalanistas, ni los bizcaitarras aman á los Poderes actualmente constituidos. No lo pueden remediar. Quizá hagan mal en ello, quizá no tengan razón en achacarles culpas y colgarles sambenitos odiosos; pero ello es así, que se les achacan y se los cuelgan. Y esto tiene difícil compostura. *Los amores son cosa del corazón y al corazón no se le violenta. CUANTO MÁS SE INTENTE, PEOR.* Quizá una de las causas de la aversión y rechifla católica española hácia los que mandan sea el empeño que ha habido en que á la fuerza los habíamos de amar. No hemos podido. *Cuantas más amenazas, cuantos más récios estacazos, peor.* A palos no se engendran amores. Como dice el refrán: «Lo que no viene de natura, tararura.»

Pues bien; á palos quiso reducirnos León XIII, y á palos tratara de reducirnos su Sucesor. Precisamente al llegar aquí, leo en varios periódicos un telegrama concebido en los siguientes términos:

«Acaban de recibirse en San Sebastián importantes noticias de Roma, sobre declaraciones hechas por el Papa respecto á España y Alfonso XIII. Pío X declara que ayudará á la monarquía española tanto como le sea posible para que esta cumpla su misión; añadiendo que, si no tiene, como León XIII, la honra de haber apadrinado al Rey en el bautismo, pero al heredar de aquel la Tiara, heredó también el cariño que profesaba al joven Monarca español, á quien consideran en su patria como la verdadera encarnación de la paz, del orden y de los intereses religiosos.

«Dice también que en los diez años que ha ejercido el patriarcado de Venecia, ni una sola vez le hizo Carlos VII alusión alguna á sus pretensiones de ocupar el trono de España.»

Ese es el telegrama; y según datos recibidos después, no puede ser más exacto, aunque algunos de los nuestros lo nieguen porque no quieren convencerse de que Leones y Píos son los mismos perros con diferentes collares, como he oído decir ya á algunos carlistas indignados por lo que sucede.

A 8 del presente Agosto decía Mella en *El Correo Español*:

«Es inútil hacer calendarios sobre su política (la de Pío X) mientras no se presente una circunstancia en que se revele.... No es Pío X el Papa transigente, dúctil y manso con que soñaba.»

Ya lo ha visto Mella; ahí tiene la circunstancia deseada y la deutilidad de los que han de vivir de los poderes constituidos. Es inútil esperar de ellos cosa buena para nosotros.

Por lo demás, ese telegrama confirma por entero todo cuanto he dicho hasta aquí, especialmente en el capítulo primero. No se hagan ilusiones mis queridos correligionarios. Pío X será León XIII, ó

peor. El conde de Melgar le conoce personalmente, hace de él grandes elogios, y sin embargo, todo lo que se atreve á pedirle es que no nos niegue el derecho común, ó que nos trate siquiera como al último católico. He aquí lo que Melgar decía desde París á *El Correo Catalán*, 10 del presente Agosto:

«Pío X, padre de todos, no será ni carlista ni anticarlista (pero será Alfonso XIII) bendiciendo indistintamente á todos los que se lo pidan; y Carlos VII el primer caballero del mundo por la elevación y nobleza de su carácter más que por su nacimiento, no intentará nunca comprometer la sagrada persona del Papa.»

«Eso por lo que atañe á nuestro Augusto Jefe. Por lo que respecta á nosotros, podemos esperar del alma hermosísima y recta del Sumo Pontífice lo único que pedimos de él, lo único que siempre hemos solicitado; *el derecho común*. Que se nos llame parias, que no se nos excomulgue, que no se nos ponga fuera de la ley.»

Pues todo se andará; ya empieza. ¡Y los carlistas, ciegos que ciegos! ¿Hemos olvidado, correligionarios, lo que fuimos, seremos, y hemos de ser? ¿Por qué hemos de seguir nosotros las variaciones de otros? Digámoslo con *El Correo Español* á 13 del Agosto corriente:

«Carlos VII está donde estaba, con sus derechos, con su bandera y con sus leales, sin desmayar en un ápice, ni apartarse, ni por pensamiento, de su puesto de honor, que es á la vez *el que el deber y la Providencia le marcan*».

Trabajan, pues, inútilmente los Píos, los Leones, los Rampolla, los Sancha, los Merry y demás *reconocementeros*. Somos lo que somos, ó no hemos de ser.

Y aquí tengo que hacer una observación, por si acaso el lector cándido se escandaliza de lo que he dicho y copiado. La observación que se han hecho muchísimos carlistas, es que, en medio de todo, no habrá nada de injusto en lo que decimos, sino que todo, todo, será según razón y derecho, cuando el mismo León XIII parece haberlo reconocido así, puesto que nos bendijo en más de una ocasión. Yo conservo dos telegramas del mismo Sr. Rampolla. El 1.º de 7 de Marzo de 1902, dice así:

«BOLAÑOS, Madrid.—Su Santidad agradece los homenajes de *El Correo Español* y bendice á su Director y Redactores.—CARDENAL RAMPOLLA.»

El 2.º, de 27 de Febrero 1903, dice:

«SR. BOLAÑOS, *Correo Español*, Madrid.—Sus congratulaciones y expresivos augurios han sido vivamente agradecidos por el Padre Santo, que envía su Apostólica Bendición.—M. CARD. RAMPOLLA.»

Esto no obstante, poco caso debemos hacer; ya veréis como Pío X también nos bendicirá... Posteriores á esos telegramas hay artículos de *Eneas* y de otros carlistas que arden en un candil; un trozo acabamos de copiar, en el que D. Benigno Bolaños ha entrevisto el caso posible de que no nos resignemos con tanto mandato de sumisión... No, carlistas, no han desaparecido las razones por las que el famoso folleto *El Cardenal Sancha y otros excesos* estableció estas *reglas prácticas* que en privado casi todos aplaudimos

á rabiarse y que seguimos aplaudiendo, no obstante haber apostatado su autor.

«1.^a Ser buen cristiano y católico práctico; pero retraerse de las fiestas religiosas colectivas, comulgando y rezando individualmente, pero no admitiendo á Comuniones generales, romerías, procesiones, círculos católicos, etc.

«2.^a Auxiliar en todo y por todo al bajo clero secular, pero quedarnos quietos cuando el puñal y la pedrada se dirija á ciertos coches episcopales ó á los conventos de Jesuitas y algunas otras Órdenes que también creen tomarnos el pelo.

«3.^a A cada nueva indicación de los Obispos ó de Roma para que dejemos de ser carlistas, repetir la propaganda en este sentido, celebrar veladas, repartir prospectos y cantar el *trágala* á los simoniacos,

«4.^a Desconfiar de todo el Episcopado. Los unos hablan contra los carlistas. Los otros callan. Tan culpables son, poco más ó menos, unos como otros: Respetarles (ya que no he respetado mucho á Sancha, que digamos), pero mirarlos de reojo.»

«5.^a Estar dispuestos á ir con Don Carlos á todas partes; *hasta al cisma*. Arrojemos el guante á esos provocadores y veremos como, cobardes, se rinden. *Hasta al cisma* si es necesario.»

En la 2.^a regla pone el folleto una nota atenuante, diciendo que decimos eso *por desahogo*, sin ánimo de cumplirlo; pero el autor sabe perfectamente,—él mismo lo ha confesado más de una vez—que... estamos... vamos, muy cargados, pero mucho; bien lo pruebo en este folleto.

Ya que con las reglas del otro nos hemos metido entre los Obispos, curas y frailes, vamos á dedicarles unos párrafos.

CAPÍTULO X

Donde se ajustan cuentas con los Obispos

Nos introducimos á hablar de los Obispos con el folleto antes citado, que dice lo siguiente con el denuedo del carlista:

«En fin, ¿quiere decirnos V. E. y los demás obispos alfonsinos que son senadores, qué han hecho para cambiar las leyes malas de la Constitución? porque, una de dos: ó el régimen es tan esencialmente malo, que se lo impide (y entonces abolirlo y caiga quien caiga), ó VV. EE. son tan soberanamente *ineptos y criminales* que pudiendo, ni han intentado cambiar esas leyes heréticas. Eso último no *quiero* creerlo, aunque quizá *pudiese*. (Y entre paréntesis: recuerda V. E. aquella sesión en el Senado en que V. E. comparaba á la Archiduquesa Cristina con Isabel la Católica?) Por dinero baila el perro, y por pan (ó capelos si se lo dan.»

«Quedamos, pues, en que es una burda inventada eso de reconocer la Constitución para cristianizarla.

«Distingamos entre la *Iglesia* y el *Clero*. Aquella, como institución divina, es y será siempre pura y sin mancha. No así el clero que, constituido por *hombres*, puede caer y ha caído...

«Obispo era Judas, el que vendió á Cristo; diácono (de los siete primeros) Nicolao, el hereje; Obispo, Paulo de Samosata, gran herejearca del siglo III;

cura, Novaciano, cismático; obispo, Melecio, fundador de la herejía de su nombre. Sacerdote fué el elocuentísimo hereje Tertuliano; sacerdote Arrio, cuyas predicaciones arrastraron á naciones enteras; obispo, Nestorio, hereje principal. En una palabra, curas ú obispos fueron Pelagio, Donato, Tomás, Constantino, Berengario, Wicleff, Lutero, Juan Huff, Zuinglio, Jansenio, Crammer y mil más, todos herejes redomados...

«Cúmpleme decir también que el Papa Honorio I fué condenado *como hereje* por su sucesor San León: y que fueron también condenados 130 obispos que asistieron al concilio de Efeso, los del conciliabulo de Pistoya y otros célebres congresos episcopales.

«Y para no salirnos de nuestra patria, *Arzobispo de Toledo* fué Don Opas, el gran traidor; *Arzobispo de Toledo* fué también el que perseguía á los cristianos en tiempo de los moros; obispos los que, á cambio de mitras y riquezas, delataban á los cristianos ante los sarracenos. Español y cura fué Prisciliano, hereje famoso: obispos Félix y Elipando, herejes también. Curas y canónigos fueron los únicos protestantes que se registran en nuestros anales de los siglos XVII y XVIII; Arzobispos fueron el que malgastó las rentas de España en la memoria del Doliente y el que *consagró por tres veces* á un rey ilegítimo. Eran cotidianos los pleitos entre obispos por causa de rentas y prebendas. En fin, al reformar Cisneros las órdenes religiosas, *más de 10.000* frailes emigraron á Marruecos, donde apostataron y dieron grandes escándalos.

«Vinieron las regalías, es decir, la facultad concedida al Rey de nombrar Obispos, y el feudalismo que existía murió, substituyéndole en caciquismo religioso que aún dura. Los reyes no nombraban obispo á quién no hacía antes profesión de fe regalista.

«Mas apesar de esos escándolos de sus ministros, la Iglesia Esposa de Jesucristo, permanece á través de los siglos, firme, santa, una, siendo la admiración y espanto de los sabios incrédulos y el terror de los filósofos herejes.

«Prueba más patente y clara de la divinidad de la Iglesia Católica, no puede darse.

«Continuemos la crónica escandalosa, y llegando al año 33 en que se deslindó la cuestión dinástica y se substituyó la profesión de fé regalista por otra profesión de fé dinástica, mil veces más miserable que aquella. Entre los regalistas pudo haber obispos extraviados y cesaristas, pero algunos sabios; entre los adúladores es absurdo buscar un sabio ni un virtuoso, pues son conceptos en sí contradictorios. De ahí que el Episcopado Español perdiese de día en día su fama universal. Pudo, no obstante, brillar aún en el Concilio Vaticano, gracias á que, no habiendo católicos más que entre los carlistas, las exigencias dinásticas del Trono no eran muchas.

«Pero llegó la restauración alfonsina, odiada del pueblo y que, para sostenerse, tuvo que pactar con la masonería para que contuviese á los republicanos, con el alto clero, para que contuviese á todos. De ahí que formen hoy parte del Episcopado español *soberanas nulidades, que han comprado la mitra á cambio de combatir á los carlistas ó de callar cuando menos*. De aquí que personalidades como Sardá, Cruz, Ochoa, Labayne, O'Callaghan, Mir y cien más no hayan subido, pues no cabe la adulación en hombres sobresalientes. De aquí que Casañas, y Aguilar, y Cámara, y otros, se estén fastidiando en diócesis de tercera clase. *De aquí que suban al cardenalato, y á los arzobispados hombres ignorantes, hazme-reir de los indiferentes y mengua de la Iglesia*.

El insigne Mella dijo poco después todo esto con mas concisión y pulcritud en aquellas famosas *Declaraciones* que hizo en Portugal.

«Sabe V.—pregunta el Sr Mella,—que sería curioso y de una lectura espíri-

tual edificante, un folleto que reprodujese todas las exposiciones y felicitaciones dirigidas por los prelados al terminar los Congresos católicos, á doña Cristina, y seguidas de un apéndice con la petición de Moraita contra el catecismo y la circular contestación de Alix? ¿Qué instructivo sería el folleto, si además llevaba, como prólogo, unos párrafos de los consejos del Cardenal Sancha!»

Vino unos meses después, en Noviembre de 1901, el desdichado debate de los Obispos en el Senado, y todos sabemos lo que hicieron allí los Obispos: azotar al viento. *Eneas* lo dijo con su fina intención y en el periódico que tan magistralmente dirige, á 11 de Noviembre, con párrafos como estos, so pretexto de la victoria que cantaban los liberales:

«Pues nosotros vamos á quitarles al Gobierno y á los periódicos ese sabor de boca que tienen, con una sola observación ¿Cómo es posible que puedan cantar victoria los ministros y sus adláteres si no ha habido lucha? ¿Victoria de qué? ¿De quién? ¿Cómo ha sido esa victoria? ¿Hace el favor de explicárnosla el gobierno?»

«Los venerables Prelados, ya lo anunciaron ellos y ya lo vió todo el mundo, no fueron á combatir, no quisieron dar la batalla, y se limitaron á exponer sus quejas, á fundamentarlas con razones irrefutables y á suplicar al gobierno *quejáronse, razonaron, suplicaron y nada más*. Y ¿es posible obtener victoria de quien no hace más que eso?....»

«El gobierno, envalentonado por haber encontrado en la Iglesia menos resistencia de la que temía, tal vez extreme su dureza contra los religiosos, sobre todo contra los jesuitas, á quienes distingue con ódio especial.»

«Vendrá, pues, la guerra religiosa, vendrá la situación violenta y tirante de los ánimos, vendrán los ultrajes á las conciencias católicas, y cuando venga todo esto y haya que luchar, pero luchar denodadamente y de firme, se les podrá argüir á estos sectarios con piel de oveja ó de borrego, diciéndoles:

«—No podreis decir que la actitud de la Iglesia católica contra vosotros no está justificada; no podreis alegar que los católicos no estamos *cargados de razón*, y que los Prelados no agotaron cerca de vosotros todo su caudal de bondad y de dulzura. Porque vinieron un día al Senado y plantearon un debate político, y cuando os podían haber atacado y hecho polvo, se contentaron con suplicar con dulzura; y cuando podían haber apelado á sus fuerzas, á las fuerzas de los buenos, se dieron por satisfechos con apelar á vuestro corazón, á los recuerdos cristianos que debíais conservar de la niñez y á esos sentimientos de respeto á la Religión á que un español, por muy impío que sea, no puede substraerse.»

«Obraron como Padres que llaman cariñosamente al hijo extraviado brindándole con el perdón y la misericordia; si, pues, de los Padres no habeis hecho caso alguno, no os extrañe que obren luego como guerreros y como jueces severos y airados.»

Lo cual veremos en el día del juicio.

Llegamos al Congreso Católico de Santiago. ¿Qué pasó allí? ¿qué intentaron ó dijeron los Obispos y sus católicos? Vean los carlistas si lo coligen de este párrafo de *El Correo Español* de 24 Julio 1902:

«Dias pasados publicamos un suelto de otro periódico refiriendo la alegría de Sagasta ante el Congreso de Santiago. Después dimos cuenta asimismo de la alegría de *El Imparcial*, Respecto á la alegría de *La Epoca* y de *El Español* órganos de Silvela y de Maura, no hay que decir nada, pues nadie la ignora. Pero hoy nos parece oportuno dar cuenta de la alegría de los republicanos, repro-

duciendo un artículo que acaba de publicar *El Mercantil Valenciano*, antiguo periódico republicano de Valencia, el cual periódico dice así:

Y copia enterito el artículo, que es un montón de desatinos y un desahogo brutalmente herético, de complacencia con el Congreso y el Clero, á quien supone identificado ya con el liberalismo contra la Tradición, y ni una palabra añade *El Correo*; lo cual es decir á sus lectores que él piensa lo mismo que *El Mercantil Valenciano* en ese punto... y en otros quizá, y con razón que le sobra.

No hablamos por hablar; las pruebas que he dado concluyen y aplastan. A mayor abundamiento vaya otra no menos valiosa. Habla *Eneas* en el ya repetido y célebre artículo *El Anverso del clericalismo*, de las pastorales de los Obispos, y aun que hace alguna salvedad por bien parecer, dice lo siguiente. Atención:

«En los últimos años del pasado siglo las Pastorales que se han dado contra los carlistas han sido muchas. No hacemos juicios, consignamos hechos. Y esas Pastorales, que contrarían al carlismo, hechos son, y hechos elocuentes y repetidos.

«En vísperas de ser nombrado Arzobispo de Zaragoza el difunto Alda, dió una pastoral, en la que declaraba la licitud teórica de las ideas carlistas, pero á condición de no permitir las en la práctica. Aplicaba al carlismo la doctrina de los demócratas. Todas las ideas -dicen estos- son lícitas y deben permitirse. Lo que no debe permitirse es llevarlas todas á vía de hecho. De el Excmo. Cardenal Sancha no hay que recordar el gran celo que ha desplegado en sus escritos en favor de la dinastía reinante.

Y este celo lo llevaron algunos preladados hasta el extremo de que el difunto Obispo de Segovia, á raíz de la pérdida de las colonias, cuando parecía que iba á hacer responsable á la dinastía de aquel inmenso quebranto, no lo hizo así, sino que dijo á sus diocesanos en otra Pastoral que la catástrofe era un castigo de Dios, impuesto á España por la pertinacia de los católicos en no reconocer á los Poderes constituidos.

«Todo esto produjo en el ánimo de los católicos carlistas una turbación tal, que apenas se anunciaba algún documento de ciertos Obispos nos echábamos á temblar pensando: —¿Qué nuevo varapalo descargará contra los carlistas?

«Y no se limitaba la acción anticarlista del clericalismo á los consejos de las Pastorales, sino que tomaba cuerpo en los Congresos Católicos y en los periódicos por ellos fundados ó protegidos. Desde el primer Congreso Católico de Madrid, donde se fundó *El Movimiento Católico*, no ha habido una sola Asamblea de esas donde no se haya intentado el mismo fin: destruir la Comunión carlista y fundar con sus despojos un partido dinástico y parlamentario. Para eso fundaron y sostuvieron *El Movimiento Católico*, *La Información* después, y últimamente *El Universo*. Estos periódicos fueron publicados y privadamente recomendados, y aún declarados oficiales, y casi obligatorios en algunas Diócesis, imponiéndolos á los Sacerdotes, con perjuicio de los periódicos católicos antidinásticos.

«Ni estuvieron libres los carlistas de ser perseguidos por una parte del clero regular. La excisión del Sr. Nocedal, con la escuela de odios anticarlistas que produjo en muchos miembros de algunas Órdenes religiosas, dió de sí cosas notabilísimas de persecución. Un sacerdote muy conocido de Barcelona llegó á afirmar que los carlistas estaban excomulgados, porque eran los peores enemigos de la Iglesia. Un Padre Capuchino, en Navarra, llegó á amenazar con las penas del infierno á los carlistas. Un Padre Jesuita en Azpeitia, impuso en el Tribunal de la penitencia á un significado carlista la obligación de renunciar á

sus ideales para absolverlo, y como el penitente no lo creyese necesario, le negó la absolución, causando grave escándalo. Una revista del Sagrado Corazón negó el cambio, es decir, el agua y el fuego, á la prensa carlista.

«Así podríamos ir citando mil hechos, para demostrar que, lejos de ser hostil el clericalismo á la dinastía y al régimen, le ha prestado un favor tal, que *ni los más piadosos Príncipes cristianos antiguos pudieron esperarlo más grande*. Pues si por una parte se llegó, á la conclusión peregrina de que el carlismo era pecado digno del fuego eterno, por otro lado se confeccionó el nuevo dogma de que no se podía ser católico, ó á lo menos nadie podía salvarse, sin ser alfonsino.»

¿Qué les parece á nuestros correligionarios? Volveremos aún al anticarlismo de los religiosos; ahora termino este capítulo afirmando: que si en España están divididos los católicos, los Obispos tienen la culpa. El sabio Polo y Peyrolón nos lo va á demostrar. En primero de Agosto de 1902, decía este gran carlista en *El Correo Español*:

«¿Cómo y cuándo quiere hacerse la concentración de fuerzas católicas? ¿Para lo exclusivamente religioso? Ya estamos unidos, pues entre los *verdaderos* católicos, es decir, entre los católicos *antiliberales*, no hay, ni puede haber disidentes, ni mucho menos herejes. ¿También para lo político? Aquí de las dificultades, que no pueden, aunque quieran, vencer los católicos *por si solos*, y acerca de las que me voy á permitir ciertas observaciones, repetidas hasta la saciedad.

«¿Pueden, deben y quieren los muy Reverendos Sres. Obispos, los Reverendos Curas Párrocos y todos los demás Sacerdotes convertirse, en un momento dado, en políticos antiministeriales, de oposición radical al Gobierno y aún á las instituciones y sus actos no católicos? No me meto en honduras, ni pretendo dar lecciones á nadie, por lo que ignoro si pueden y deben; pero *el hecho es que no lo hacen*, y al consignar el hecho *no fallo á ninguno de los respetos debidos*.

«Cierta candidato, íntimo amigo mío, en las elecciones últimas, fué sacado de su casa por católicos influyentes de todos los partidos políticos, convirtiéndolo de esta manera en candidato de Unión, Liga ó concentración católica. Parecía natural que el Prelado bendijese aquella candidatura, y sin embargo *no quiso*. Y aun parecía más natural que el Clero todo la apoyase, y en efecto, la inmensa mayoría cumplió con su deber; pero Canónigos influyentes prefirieron la candidatura de los *tisicos* á la católica.

«*Si pues los pastores no pueden, no deben, ó no quieren dirigir y proteger al rebaño ¿por qué se culpa á las ovejas de división y de impotencia?*»

¡Están juzgados! Conste, según lo dicho, que entre nosotros *no puede haber herejes*: somos los defensores auténticos de la Iglesia. Entre los demás... ya veis si abundan los herejes, cismáticos y liberales inepetados.

CAPÍTULO XI

Donde se ajustan otras cuentas con los frailes

Ha llegado su turno á los frailes. ¿Vamos á elogiarlos? Primero á Castelar, á Unamuno, á los separatistas, á los yanquis. En efecto; del primero dijo el Sr. Irigaray en el Congreso, por Julio de 1901:

«Señores, no hay para mí tarea más grata que hacer justicia al adversario; y voy á deciros, si tenéis la bondad de escucharme unos momentos, que no sólo he visto en el eminente tribuno Castelar el primero de los oradores de nuestra

época en España, sino el primero de los estadistas y el primero de los hombres de Gobierno desde la revolución de Septiembre acá.»

En cuanto á los demás, he aquí la proclama que publicó *El Correo de Guipúzcoa* en Septiembre de 1901:

«Euskaldunas todos, *unirse*, no haya fronteras: el Bidasoa nada significa, es nuestro hermano como lo son el Nervión, el Zadorra y el Oría y también son nuestros hermanos aquellos constantes y valientes americanos que en grupos de sus corceles se unen como un solo hombre á las primeras notas de nuestro santo himno de libertad.

«Pero, euskaldunas, no déis oídos á falsos consejos, á intrigantes que tratan de extirpar vuestro entusiasmo en nombre de elevados intereses, que puestos en boca de QUIENES LO USAN son blasfemias, pretende destruir lo que se pretende renacer, ya que, según algunos, ha muerto,

«Euskaldunas, no olvidéis que este es momento á propósito para la lucha; bendito, dentro de su maldición Unamuno, el factor de nuestra unión; quién sabe si con sus disparates y su traición no nos ha hecho felices. ¡Cuántos que olvidaron su bandera no han vuelto ahora en su defensa!

«Nuestra raza fuerte, potente y noble entre tanto enemigo, es la libertad y la cruz, el arbol y la religión.»

Los carlistas somos así: francos y libres reconocedores de las verdaderas prendas donde quiera estén; y al que no le guste, que no lo tome, ó que se vaya con los liberales, dejándonos á nosotros con el genuino espíritu de la Religión católica.

Pero los frailes no nos lo quieren dejar, por lo cual, á cada paso tenemos que protestar, como dijo el Sr. Polo y Peyrolón.

«...Contra el clericalismo modernista que quema lo que adoró y adora al menos indirectamente con sus componendas y tolerancias vergonzosas lo que quemó...»

Algunas veces elogiamos y defendemos á los frailes en nuestros periódicos: ¿qué vamos á hacer?... Pero hablemos ahora sinceramente, de la abundancia del corazón; y aunque por lo vidrioso de la materia siempre han temido nuestros periodistas cortarse los dedos, algo, empero, han dicho que puede dar idea de lo que merecen los frailes y jesuitas. De los segundos dijo el Sr. Polo:

«Aterrados los masones que le rodeaban (á Polavieja en Filipinas), pusieron grande empeño en desalentarle, halagándole con la idea de regresar á España á recibir el premio de sus triunfos, y hasta le hicieron entablar negociaciones con Aguinaldo, DE LAS CUALES PUEDE DAR TESTIMONIO EL P. PÍO PI, DE LA COMPAÑIA DE JESUS, QUE FUÉ EL NEGOCIADOR. (Dejamos esto con versalitas, como lo pone Polo). Quien no quiera creernos que se proporcione un periódico casero que para uso de sus colegios y residencias tiraban los jesuitas en Manila, y en uno de sus números encontrará la historia detallada de estas tristísimas negociaciones». (El Correo Español, 26 de Enero 1899).

Jesuitas... ya sabemos que no se pueden sacar uvas de los espinos. En cuanto á los demás regulares, con parte de ellos nos acomodariamos fácilmente; pero ¿con tantos como hay? Bien decía *El Correo Español* á 14 Febrero de 1903:

«Menos conventos y más talleres, decía el Sr. Canalejas. Menos religión y más caridad dentro de la Religión....»

«Esto, dicho por Lerroux en un mitin de menor cuantía, ó por Canalejas en

su excursión del verano, habría estado en su punto; pero no lo está, dicho por el señor Canalejas de la actualidad».

«Podría pasar lo de «menos conventos y más talleres», porque ya hemos convenido en que se puede ser profundamente religioso y enemigo de los conventos, y además la frase, si bien es tonta, resulta bonita y..... democrática».

«Pero lo de «menos religión».... no puede pasar ni entre dos luces.»

Con quien mejor nos acomodamos es con los PP. Escolapios, yo no sé porqué, pues son tan regulares como los otros. Hace algunos años, el Sr. Polo y Peyrolón, en *El Correo Español*, acusó á los Escolapios de Valencia, de haber cedido un local á Blasco Ibañez y su horda, para que celebrasen un *mitin*, en el que se gritaron las mayores blasfemias y herejías. Sin embargo, *El Correo Español* parece manifestar, en Septiembre de 1901, cierta complacencia en que se expulsáran los frailes, menos los Escolapios. He aquí sus palabras:

«Como si le pareciera mal (*al Heraldo*) que se entienda su campaña dirigida contra todas las Ordenes religiosas, hace *excepción de algunas* y las junta con los Párrocos para que en su favor vaya también la presente campaña».

«¡Muy bien! Si eso les parece poco, si entienden que la petición en favor del Clero parroquial es limitada y estrecha, y que se debe pedir también en favor de los Coadjutores y Capellanes y de las Hermanas de la Caridad y de *parte del Clero regular*, como son los Padres Escolapios, ¡perfectamente! No ha de quedar por nosotros abandonada esa defensa tan simpática y tan justa».

Cuando nos dejamos llevar de nuestro justo resentimiento con los religiosos, mayormente si hablamos entre nosotros solos, yo no diré que todos los carlistas les manifiesten odio, pero sí muchos, ó los suficientes para marcar la pauta de nuestra conducta.

Una revista pestilencial publicó una carta privada de un notable escritor carlista barcelonés, creyendo que con ella nos iba á matar, y aún estamos en completa salud. Me consta que la carta, de Agosto de 1899, es verdadera, y en ella decía el autor á un amigo suyo carlista, expresando el sentir de muchos.

«Se aplaude y gusta cuanto tiénda, directa ó indirectamente, á atacar al alto clero y á la Curia Romana; y como que Pey Ordeix á eso tiende.... Serán las opiniones de Pey cismáticas y heréticas; pero apesar de todo eso, Pey tiene entre los carlistas simpatías, precisamente por eso, por sus ideas peligrosas.... Que es el estado ese muy triste no he de negarlo; pero ¡créalo usted! millares de carlistas están pidiendo un cisma, y no han faltado correligionarios, que ¡pásmese usted! hayan jurado pegar fuego, cuando haya ocasión, al colegio de Jesuítas y al Palacio Episcopal. Puedo citar nombres y no pocos.»

Es de notar que esto no lo decía el autor en son de acusación, sino de prueba contra su amigo, al que no gustaban las cosas del Sr. Pey Ordeix ni que el partido le apoyase. En el mismo sentido la he reproducido yo, para que al fin sepan todos nuestros correligionarios cuál es la verdadera mente del carlismo y no se dejen seducir.

Y es que en el fondo de esta grave cuestión hay una nota muy negra que sólo los carlistas hemos descubierto. El repetido Sr. Polo y Peyrolón la puso en claro en *El Correo Español*, á 18 Agosto de 1902, con estas graves palabras:

«Verdad es que se han restablecido y multiplicado las antiguas Ordenes Religiosas y paralelamente se restablecen y multiplican la inmoralidad, la pornografía, la blasfemia, los sacrilegios, la prensa sectaria, la incredulidad, la masonería, el socialismo, el anarquismo, el librepensamiento y no sé cuantas calamidades más, que, en vez de *reacción* católica, son muestra paladina de *inacción* católica é indicios clarísimos de disolución social é irreligiosa. ¿Que las Congregaciones viven? Exacto, y algo prueba esto; pero adviértese que por lo general sus principales protectores son *descendientes de los asesinos del 35 y de los acaparadores de los bienes eclesiásticos* por medio de aquel inmenso latrocinio mal llamado desamortización.

«¿Será que restituyen, y esto prueba, por lo menos, enmienda y reacción católica? Puede ser; pero es lo cierto que *con tanto fraile, con tanta monja más ó menos callejera, con tanta escuela congregacionista y con tantas Universidades y colegios católicos, aumentan por manera alarmante los suicidios, disminuye el cumplimiento parroquial y progresa que es una bendición del diablo la prensa impía y sectaria*. Pudiera probarse esto con números, sólo con tomarse la molestia de consultar la última estadística y compararla con las precedentes.»

¿Qué le parece al lector? ¿Está ó no está justificada la actitud de los carlistas con respecto á los frailes? ¿Qué bien hacen á la Iglesia ni á la patria esos señores, siendo la realidad eso que dice el Sr. Polo?

En resumen: lo que nos importa, lo que importa á la Iglesia y á la patria es que el carlismo viva y triunfe. Por lo demás, que tiren á los frailes, poco nos importa, ya que son tan ingratos como en el capítulo anterior nos ha dicho *Eneas*. Por lo tanto, mientras no se nos toque, la cuestión religiosa de hoy nos importa un bledo; ó por concluir diciéndolo con el mismo Sr. Polo y Peyrolón en *El Correo Español* Septiembre de 1901, «la cuestión religiosa, ni es religiosa, ni cuestión.»

Y basta; pueden agradecernos jesuítas y frailes que no digamos más.

CAPÍTULO XII

Donde se ajustan cuentas al Clero en general

En este capítulo no necesitamos comentar nada ni interrumpir las autoridades. Empecemos por lo que hace pocos días, á 6 de Agosto, publicaba *El Correo Español*, en artículo de fondo:

«Me apenaría ver á un irlandés en España: sufriría un desengaño horrible. piadoso sencillo y de una fé llameante, no se atrevería á creer lo que vieran sus ojos. *Le escandalizarían* sobre todo, *nuestros clérigos...*

«Digo que no comprendería á esos clérigos, afanosos con la recaudación parroquial, *mientras olvidan la satisfacción de las almas*. Mucho menos á los *clérigos indiferentes, regalones ó escandalosos*.

«El Cura católico es allí acaso más pobre que entre nosotros, pero es más respetado é influye más poderosamente en la vida de sus feligreses.

«Vive de limosnas, pero vive más independiente, más influyente y respetado que en España.»

«Dentro de cincuenta años Irlanda será tal vez católica.

«La democracia limó sus cadenas, la Iglesia Católica tuvo libertad, y le basta la libertad para triunfar.

«Con ella solo avanza triunfante en los pueblos sajones. Acaso los Concordatos y los presupuestos del Clero expliquen su retroceso en los pueblos latinos.

«Mi amigo creía que todo eso no es protección, sino cadena para amarrar á la Iglesia, y mejor que la Iglesia rica, pero esclava, quiere la Iglesia pobre, pero independiente y libre.

Así terminaba el artículo. Lo que sigue es del impertérrito Don Manuel Polo Peyrolón:

«Sólo los carlistas somos los causantes de todo, porque... tampoco secundamos la política de nuestros maestros en la fé y en las costumbres. ¿Qué hacen estos señores? Ahí los tenéis; no parece sino que *monjas, frailes y curas se han puesto de acuerdo para no alterar la digestión de Sagasta y consortes* con protestas, ni dificultades de ningún género. *La conspiración del silencio y la pila en torno de las instituciones para que no se caigan á pedazos, es toda su política*; pero á los carlistas... ¡horror de horrores! Pronuncia el insigne jefe delegado de nuestra comunión, D. Matias Barrio y Mier, un discurso verdaderamente monumental en defensa de la Iglesia y de sus derechos incontrovertibles en el Congreso, *la apología más hermosa que ha salido de labios católicos*, y se figuran algunos inocentes que el clero español todo inundó de felicitaciones la casa del elocuente diputado católico. Pues se equivocan: recibió las de sus correligionarios y nada más.

«Adelante pues, carlistas españoles, cumplamos con nuestro deber defendiendo á la Iglesia católica nuestra santa madre, lo mismo en las Cortes, que en las Diputaciones, Ayuntamientos, escuelas, prensa y procesiones, aunque los anticlericales nos insulten y los clericales no nos lo agradezcan». (*La Verdad*, de de Granada 4 Noviembre de 1901).

Sigamos con el ruidoso artículo que el Sr. Gil y Robles publicó en *El Correo de Zamora* á 15 Noviembre 1901. Comienza el artículo por asentar que «después de la intervención parlamentaria de los Prelados en el último debate sobre la cuestión religiosa; solamente los que tengan cerrado el entendimiento, ó se dejen llevar de algún interés ó motivo de ambición pueden seguir hablando de acción católica.» Es decir, que la acción católica en España ha muerto á manos de los Prelados.

Añade que si los Obispos españoles quisieran que los católicos defendiesen á la Iglesia, luchasen en política y fuesen á los comicios y al parlamento, ya habrían formado un partido católico, bien como el belga ó bien como el centro alemán; y que si quedaba á alguno duda de que los Obispos no quieren eso,

«ya lá habrán despejado del todo, dice, la naturaleza y el alcance de la política episcopal, los últimos alegatos forenses que los señores Obispos han dirigido al gobierno, mezclándolos con súplicas y con protestas de ardiente amor y de profundo respeto al Sr. Sagasta y de felicitaciones á Gonzalez por su valeroso alarde de catolicismo, y más que nada la solemne y explícita declaración del Sr. Arzobispo de Sevilla, *ungiendo al liberalismo con el crisma de la ortodoxia*.

«Es necio además de irreverente, añade, que traten los legos en las Cortes de ingerir savia católica á las instituciones por procedimientos y expedientes y en dosis de mayor catolicismo que el que los Obispos entienden que se debe propinar, y que después de las palabras del Prelado hispalense, bien puede trasfundirse por método y sistema, lo mismo conservador que fusionista.

«Así es que los católicos no carlistas, que no se sientan con fuerzas bastan-

tes para secundar parlamentariamente la acción católica en la regla y medida episcopales, es *encerrarse en casa* y devorar las dolorosas confusiones y las acerbas congojas en que de seguro les ha sumido el magisterio metropolitano al bendecir el consorcio entre el catolicismo y el liberalismo».

A lo cual añadía el citado periódico al día siguiente:

«Corto, muy corto era el artículo (de Gil y Robles) para compendiar todo cuanto se puede decir en la importantísima materia que abordó con la *valentía del soldado y la fé del creyente*; pero en sus escasos párrafos vibraba el alma cristiana, dibujábase con vivísimos colores el alma carlista, y el sonido de su argumentación sin réplica encontraba eco en los corazones y en las conciencias de todos los que aún no se avergüenzan de confesar á Cristo.

«Había algo de espasmo, algo de atontamiento en las conciencias de todos los católicos, desde que el Arzobispo de Sevilla apeló en el Senado al catolicismo de los liberales; desde aquella famosa sesión del 8 del actual, el ánimo de los católicos estaba *conturbado por la duda*, peor, mil veces peor que la más triste realidad; pero la *autoridad científica* del Sr. Gil Robles fué el clarín de guerra que nos despertó de la atonía en que nos había sumido aquella tremenda apelación».

Se dirá tal vez que esto no es catolicismo.... Pues lo es. El mismo Correo de Zamora dijo á 17 del mismo mes:

«Varios artículos publicados en los últimos números de nuestro diario han sido objeto de comentarios desfavorables á nuestras ideas católicas y al respeto y sumisión, de que siempre hemos hecho santo alarde, á los Prelados de la Iglesia y á sus enseñanzas.

«Consideramos un deber de conciencia protestar de tales juicios, tomando de ello ocasión para declarar, una vez más, desde estas columnas, que somos sinceramente católicos, y como tales nunca ha podido entrar en nuestras intenciones y propósitos emitir especies que signifiquen censura de la conducta ó de la doctrina de los Prelados».

Mucho antes que todo esto sucediera nos previno el Sr. Polo y Peylorón diciendo:

«Esas componendas nefandas entre el clero moderno español y el liberalismo tenían que dar su resultado tristísimo y ya recogemos el fruto. Desde luego, por más que alguna que otra vez, *muy pocas*, rechazan el liberalismo de patabra, predicán contra el derecho nuevo y los errores modernos, en cambio, viven en compadrazgo continuo con los liberales, los amparan y protegen como si se tratara de católicos fervientes, reciben á cambio de ellos prebendas y mercedes á manos llenas, y el escándalo que esto produce en el pueblo fiel no puede ser mayor ni más desastroso para la religión y para las buenas costumbres.» (El Correo Español 14 de Enero de 1899).

¿Quién tiene, pues, la culpa de que se pierda la fé y se rebaje la moral? El clero, el clero y con él los católicos no carlistas de quienes dice el mismo Polo:

«Yo entiendo que hacen menos daño y son menos peligrosas las infernales crudezas de estos impíos, que las hipocresías maleantes de los fariseos que ponen una vela á Dios y otra al diablo, y aparentando una religiosidad á su manera y que no sienten de ninguna, inspiran su conducta en el odio, cuando fingen respetos y amor, y demuestran paladinamente su ignorancia en materias religiosas, cuando se permiten dar lecciones á los católicos, prácticos y de verdad.» (El Correo Español, 13 de Noviembre 1892).

«El pueblo, dice el mismo raciocina así: Por el régimen se ha arruinado á España vendido las colonias, perdido el honor, tiranizado á la nación. El clero es

tan ministerial que se confunde con el régimen, enemigo mío, ya que es amigo de mis enemigos... Y de ahí que la fé se entibie y que en la nación católica por excelencia sólo cumplan con el precepto pascual el 4 por 100 de católicos, como afirmaba hace pocos días un párroco de Valencia».

¿Y no ha de recibir su castigo ese Clero tan relajado? Si lo recibirá, se lo daremos....

«Hay que esperar, —dice *Eneas*— que aun no haciendo nada por nuestra parte, *á todos les llegará su hora*. La expiación es una de las leyes que menos faltan en la historia de los pueblos....» (*El Correo Español* 30 Enero de 1903.)

Advierto, para que nadie me venga con escrúpulos de beato, que en el carlismo hay virtualidad suficiente para justificar todo lo que decimos contra el clero, desde el Papa abajo; y que aun cuando nos equivocáramos, debería respetarse nuestra opinión. Así lo dice *Eneas*, en virtud de las razones que traerán otros capítulos.

A nosotros nos es permitido, v. g., recoger en la prensa todo cuanto dicen los enemigos de un sacerdote ó religioso, y aun añadir algo y ensañarnos en él y deshonrarle en público, diciendo que es un mónstruo, mal nacido, corazón de hiena, estafador, ladrón, vividor, adúltero, incestuoso, sodomita, albañal de lujuria, enfermo de vicios, sacrílego, hipócrita, traidor, etcétera, etc.. Entre varios casos, me acuerdo ahora que así lo hizo uno de nuestros más valientes periódicos, con un malvado fraile, dando de todo detalles muy *pintorescos*, lo cual no impidió que *El Correo Español*, llamase entonces *queridísimo* á su colega en aquella campaña que tanto nos plugo.

Es más; en prueba de que todo eso viene precisamente de nuestro amor al clero verdadero, el mismo *Correo Español* decía por entonces:

«Tolera el Gobierno que ande en leguas el honor de nuestros sacerdotes, que es el honor de todos. Lo tolera él; pero nosotros, ni debemos, ni queremos tolerarlo.» (8 de Febrero de 1902)

«De los hombres públicos, no nosotros, sino un liberal de muchas campanillas, autoridad *irrecusable*, dijo que *no tienen vida privada*.

«En periódicos que no han tenido la desgracia de ser tachados por el lapiz del fiscal y perseguidos por el Gobierno, ó por los delegados de éste, hasta que se metieron con las instituciones, y aun en otros que usan el guante blanco, se maltrata á diario y se les insulta groseramente, en sus personas, en sus vidas privadas, en lo que se ha llamado la santidad del hogar, calumniándolos horriblemente la mayoría de las veces, á sacerdotes virtuosísimos, á Obispos venerables y á religiosos que no se han apartado un punto del cumplimiento de su deber; y todavía más: porque olvidando lo que ningún bien nacido olvida, el respeto que merece la mujer, pertenezca al mundo religioso ó al profano, vista el hábito de la Hermana de la Caridad ú ostente la corona de la realeza, se la ha injuriado y difamado atrocemente.» (*Ibidem*)

No se olvide, sin embargo, que este es uno de los dos casos conocidos y repetidos, pues en el otro no perdonamos ripio ni debemos, contra una mujer que «ostenta la corona de la realeza.» Y no sólo contra ella, sino que puestos en dicho caso, maltratamos á cual-

quier mujer tanto como los asquerosos republicanos, á quienes dijo un día *La Lucha* devolviéndoles un insulto brutal.

«Con el ánimo de ofender á los que nos ofenden, DIRIGIMOS Á SUS RESPECTIVAS MADRES EL MISMO INSULTO.» (4 de Mayo de 1902).

Y volviendo al clero, pero sin salirnos de los dos casos, repito que en el uno, por nuestro amor al llamado bajo clero, pedimos protección para él, á ver si de ese modo se pone contra el alto: y en el otro, retiramos esa protección para que entre el clero no haya divisiones. De esta finísima diplomacia carlista pondré dos ejemplos tomados de *El Correo Español*.

Sabido es que este gran periódico inició y mantuvo hace dos años, á fines de Agosto ó principios de Septiembre aquella campaña en favor del clero parroquial, que tan grata fué á ciertos diarios liberales y tanto la apoyaron, y por la que se pedía que se aumentase la asignación de dicho clero y se le protegiese. Esta es la idea; no conservo las palabras, pero conozco su espíritu y el de la segunda de las reglas citadas en el capítulo IX, segun la cual, debemos apoyar en todo y por todo *al bajo clero secular* (no al regular), dejando al alto que reviente. Para el otro caso dice *El Correo Español*:

«Venimos á parar al antiguo pleito, esto es, á que el Sr. Canalejas debe proponerse suscitar la cuestión del llamado *alto y bajo* Clero, con el único fin de desnudar á uno para vestir al otro. Mas ese gatuperio no es viable, ni práctico por muchas razones. La primera y principal, porque el llamado *bajo Clero* ó Clero parroquial, preferiría volver á las catacumbas antes que aceptar ventajas materiales con vilipendio de la sagrada constitución de la Iglesia». (*Correo Español* 23 Febrero de 1903).

Con esto basta ya de clerigalla.

CAPÍTULO X

El carlismo es necesario á la Iglesia y á la patria.

Su política es la única buena.

Siendo tan amigos de lo bueno y enemigos de lo malo como he demostrado en los capítulos anteriores, por fuerza, cuando uno de los dos casos es proclamar nuestro catolicismo, hemos de defender á los frailes esos de quienes en privado y en el otro caso decimos merecidas pestes. Por lo primero, *Eneas* los ha defendido con gran valentía. A 21 Marzo de 1902, por ejemplo, decía en *El Correo Español*:

«No se cumplirá (el decreto de Gonzalez). Y si se cumple, haráse de la manera más suave y menos violenta que pueda hallar el Gobierno. No se cumplirá... Pues entonces, ¿á quién temen los liberales españoles? ¿Porqué no cumplen su decreto? ¿Cuál es el obstáculo en que tropiezan? ¿Cuál, Dios mío, cuál?

«La Comunion carlista! ¡La bandera carlista! ¡La muchedumbre de católicos que en España están organizados, armados para la guerra, católicos que

saben orar é ir al templo como los franceses, y los portugueses, y los italianos, y que además de esto saben hacer y anhelan hacer lo que no han hecho ni pueden hacer aquellos: empuñar las armas, formar batallones y tirar tiros, sacrificar su comodidad, su hacienda, su porvenir, é ir al campo á defender la Religión, á amenazar á los revolucionarios, á imponerles respeto, á luchar con el esfuerzo de los héroes y con la lealtad de los caballeros ó á morir con la muerte de los mártires.

«Eso tiene España y otras naciones no lo tienen... Y esa es la madre del cordero. Y ese el secreto del temor que los liberales tienen. Ese es el obstáculo, por eso no se atreven con las Órdenes religiosas españolas. Por eso no se ha cumplido el decreto... ni se cumplirá.»

Porque «sobre los hombres está Dios» ¡Y Dios está enterado, pero muy enterado de nuestras cosas!

En el mismo sentido de defensa de los frailes escribió varios artículos *Eneas*, por supuesto, para hacer ver que sólo el carlismo es amenaza en favor de ellos y contra la revolución. Entre los que yo tengo anotados están los de 24 y 25 Marzo, y los de 1, 3, 7, 10, 12 y 14 Abril. No se quejarán, pues, de nosotros los frailes: somos su único sostén en España, apesar de nuestros terribles agravios.

Y es que, — como decía nuestro *Supremo Pastor* Don Carlos á *La Atalaya* en 11 Diciembre de 1901, — «la existencia del Carlismo es en España *una necesidad* para los intereses de la Religión, » por lo cual preguntó un día *Eneas* á los liberales:

«Si apesar del muro de contención de los carlistas, del temor que os hemos inspirado, de nuestra continuada y perenne protesta, habéis hecho tales avances en los caminos de la ruina y de la desolación, ¿qué hubiera sido y qué habríais hecho sin nosotros? Habriase ya borrado hasta el nombre de España, que á esto conducen derechamente vuestros fatídicos progresos.» (24 Marzo 1902),

Por eso, — no desmayen nunca los carlistas — por eso Don Carlos *volverá*; porque es necesario á la Religión y á la patria y sin él no pueden salvarse. Sí; porque es necesario, *volverá* como prometió. Así lo dice y repite el mismo Don Carlos, con estas sus frecuentes palabras que trae el Sr. Polo:

«Indudablemente volveré con *mi Bandera, mis principios* y procedimientos tradicionales, pues de lo contrario habría llegado el *FINIS HISPANIÆ*, y esto es imposible.» (*D. Carlos. su pasado, su presente y su porvenir.*)

Eneas expresó enérgicamente esta imposibilidad, ó sea la necesidad del carlismo, diciendo en *El Correo Español* á 17 Abril de 1901:

«Este Parlamento irá á donde *o leven* los judíos internacionales que dirigen el cotozar y tiran del ronزال. Eso pasará, y no es necesario ser profeta para adivinarlo.

«Pero en España no pasará más; nosotros lo fiamos.»

«En el extranjero irán tan lejos como se quiera; aquí no es posible. No pondrán sus manos sacrílegas en lo que ponen su intención y su lengua. No acabarán la obra, por lo mismo que no la acabaron el año 72, por lo que ellos han dicho, con rabia de su impotencia; por los carlistas.

«No hacen daño á la Iglesia española los rencores de las sectas, ó si le hacen, no pueden acabar jamás su maldito empeño; los que la perjudican, los que colaboran en la obra masónica, son esos católicos rebeldes, ó esos católicos

tontos que han pretendido destrozarse esta comunión honradísima, que apartando sus ojos del premio terrenal y del interés mundano, ha estado y está sirviendo de antemural al desenfreno de los revolucionarios.

—«Se pusieron en medio de ella, como una cuña, para desgarrarla en pedazos y dejar á España sin esperanzas, á la tradición sin adoradores y sin defensa el templo, el convento, el hogar y los altares.»

El Sr. Muñiz Blanco, recién venido de Venecia, decía en *El Correo Español*, 22 Noviembre de 1902:

«Sólo en España hay una gran familia que es capaz de hacer el bien, y, sin embargo, los elementos que debieran ayudarla parece que tienen empeño en destruirla... Esa gran familia, genuinamente española, por que es tradicionalista, es la que siempre y en todos los tiempos calamitosos ha dado pruebas de españolismo, es la que está dispuesta á derramar nuevamente su sangre por la Religión de Cristo amenazada, y por la Patria en peligro; esa familia está llamada á ser la vanguardia del gran acontecimiento que León XIII ha profetizado pocos días ha á los peregrinos franceses para el año 1904.»

El Combate exclamaba en 18 de Julio último:

«¡Pero vive Dios! Que no han de realizar sus impíos planes; para impedirlo por todos los medios estamos los carlistas.

«¡Ay de los intereses religioso-nacionales si en España no existiera el carlismo!»

Repetamos con *El Correo Español* de 29 Marzo 1902:

«En estos momedtos en que las corrientes revolucionarias van á saltar la valla que las contenía para invadir la religión de nuestros padres, cuando los restauradores deparan á los altares la misma suerte que llevan las colonias, la fidelidad y la constancia de los carlistas han de ser seguramemente, á la vez que ejemplo admirable para los buenos y aliento á los desmayados, luz que alumbré las inteligencias y estímulo que mueva las voluntades para grupar⁷e en torno de la bandera y del Derecho.»

De pruebas como las aducidas podría formarse un gran volumen. Las omito para dar lugar á estos incomparables párrafos de *Eneas*:

«En eso se distingue la Comunion *carlista ó tradicionalista* de todos los partidos: en que si los demás partidos necesitan *prescindir de sus ideales para defender las causas justas*, ella no; ella al contrario, porque *con todas las causas justas está identificada*, porque en eso consiste su vitalidad y su fuerza, porque cuando un carlista defiende en la prensa ó en el Parlamento ó en cualquier parte la Religión, la moralidad, el derecho, la cuestión social, *todos los grandes problemas* que constituyen en el mundo moderno la batalla grande, no las defiende olvidándose de que es carlista, ó dejando á la parte de fuera su carlismo, sino que las defiende por lo mismo que es carlista, *porque el carlismo le manda*, le impulsa le exige defenderlas...

«Y así verá *El Universo* si mira la historia de los hombres carlistas, si reflexiona sobre sus actos, sobre sus luchas, sobre sus discursos, que no hay en pro del bien *ni una sola campaña* que no la hayan hecho como ésta, siendo carlistas, sin dejar de serlo y *precisamente por serlo*. Desafiamosle á él y á todos á que miren en la colección de discursos que nuestros amigos han pronunciado, alguno que no sea á la vez batalla grande, social, moral, religiosa ó política, y á la vez *batalla carlista, tradicionalista, nuestra...*

«Debemos ser políticos; ¿pero de qué política? De una política que no nos estorbe para ningún acto bueno, que no se oponga ni á nuestro fin temporal ni á nuestro fin supremo. De una política que, lejos de oponerse á esas cosas, sirva

de medio y de auxiliar para ellas; de una política que no tengamos que abandonar ni en vida ni en muerte, ni como hombres privados ni como hombres públicos, ni en el hogar ni en la calle, ni en la Iglesia ni en el Parlamento, ni en parte alguna.

«Y esto es lo que hemos visto y vemos, gracias á Dios, *todos los carlistas* en nuestra política, así la entendemos, así la servimos; *si la entendiéramos de otro modo, no la serviríamos*. Y por eso somos carlistas. Y lo somos siempre, *lo mismo cuando vamos al templo á recibir los Sacramentos*, que cuando vamos á las urnas á votar á nuestros amigos ó á los campos de batalla á defender nuestra bandera. Y en la hora de morir, no solamente no nos estorba nada el ser carlistas, no solamente no tenemos que arrepentirnos de haberlo sido, sino que en nuestro corazón *figura seguramente como el activo de buenas obras que alegar ante la misericordia Divina el haber sido y haber vivido como carlistas...*

«Pero eso, con ser tanto y tan hermoso, no es todo para la buena política, para la mejor política. Tiempos son éstos de lucha contra la revolución, y concebimos que puede haber católicos que á combatir la revolución se consagren, como hay críticos que se dedican á censurar los vicios de las obras literarias ajenas. Y eso estará bien, será honrado y provechoso; pero á los políticos luchadores se les puede y debe preguntar:—Supongamos que derribáis al enemigo; pero ¿y después? ¿Qué tenéis para después? Si destruis la organización revolucionaria de las sociedades, ¿qué vais á levantar en su puesto? Si no proveéis á eso diremos que vuestra labor es negativa, y por consiguiente infecunda.

«Diréis que teniais la doctrina de la Iglesia, y esta es la base de todo, *el alma* de todas las organizaciones sociales honradas; pero la base necesita edificio el alma necesita cuerpo y la doctrina de la Iglesia solamente no lo dá. ¿Qué dice la Iglesia acerca de las formas de Gobierno? ¿Que no son de su incumbencia! ¿Qué dice acerca de la manera de administrar justicia, de organizar los Consejos, las regiones y los Estados? ¿Qué dice acerca de la recaudación de contribuciones, de las colonias, de la Marina, del Ejército? Pues que lo deja á las disputas de los hombres!

«Pues la política mejor no es la negativa, sino la positiva; la que además de procurar abatir la bandera contraria, tiene otra bandera propia, la que no se contenta con atacar las soluciones de la revolución, sino que ofrece otras soluciones. Esta es la política mejor, porque es fecunda, porque además de destruir crea, y además de negar afirma.

«Y bien: por esto último somos con más fuerza y más entusiasmo carlistas. Por eso último no nos contentamos con ser incoloros ni neutros, porque sería quedarnos á la mitad del camino.

«¡Por eso! Y por eso protestamos con toda nuestra alma contra los que dicen que *es alguna vez necesario olvidarnos de ser carlistas*. ¡JAMÁS! Porque nuestro interés político es á la vez interés religioso y social y los sirve siempre, y nunca los perjudica ni se aparta de ellos. Porque *todas nuestras batallas son batallas grandes*. Porque *al servir á nuestra política, todos entendemos que á Dios y á la Patria servimos*.

«La distinción reizará con los liberales, con los conservadores, con los mestizos. Seguramente esos sienten estorbos y embarazos para dar batallas grandes, y no solamente necesitan olvidarse de sus partidos y dejarlos á la puerta, sino que les es preciso condenarlos y maldecirlos. Con nosotros no reza. *Jugamos limpio*, y es una necesidad ó una argucia venirnos con la distinción. El que juega limpio tiene el desembarazo amplísimo, el campo extensísimo para ser *paladín de todo lo honrado*.

«Ante los carlistas hay que callar. Ante la política carlista hay que quitarse el sombrero. Porque decirle á uno:—Deja de ser carlista para defender la Religión, sería lo

mismo que decirle:—Para defender la Religión debes dejar de ser leal y ser caballero. Pero ¿es que estorba para algo el ser leal y el ser caballero?

«Política católica, política española, política heredada de nuestros padres, política hija de la tradición que es la experiencia de los siglos y el sufragio universal de las generaciones: política de reconstrucción y de batalla, de negación y de afirmaciones, *esa es nuestra política*. ¿Hay alguna mejor? ¡Que lo digan! (Correo Español 11 Febrero de 1902).

En aquel artículo archifamoso que vale por muchos libros, *Nueva demostración*, añadía el sublime *Eneas*:

«...Nueva demostración del gran bien, del bien inmenso que han hecho y están haciendo los carlistas á la Iglesia española, de la crisis de que por ahora la han salvado y la están salvando....

«Con esa sola condición de *núcleo* y de *base* para la resistencia de los católicos españoles, tenemos bastante los carlistas para justificar nuestra vida y nuestra condición de *amenaza para los enemigos de Dios* y de *salvaguardia de los intereses católicos*....

«Se ha respetado á la Iglesia, ante el temor de que, si se hería á los católicos, pudieran estos arrojarse otra vez todos en nuestros brazos....

«Esta es nuestra política, permanecer firmes siempre al lado de la bandera, y trabajando sin cesar; ser como las vestales del fuego sagrado, que no debe apagarse jamás en nuestra Nación para que nunca se apague la esperanza. Esta es nuestra política, tener siempre, como las vírgenes prudentes del Evangelio, la lámpara encendida para cuando el Esposo venga.»

«¡Y hay quienes no tienen más afán, ni más ideal, ni más empeño que el de apagar ese fuego, enfriar ese hogar y matar esa esperanza, dejándonos á la ventura y tentando á Dios para que sólo su Providencia y no los medios humanos nos salven!»

Empieza á indicarse aquí que los carlistas no debemos ser providencialistas, punto al que consagraremos unos párrafos más abajo con la claridad que hasta aquí.

CAPÍTULO XIV

Doctrina carlista sobre la Jerarquía y corrupción de la Iglesia, con relación al carlismo

Pues si somos los únicos salvadores del Catolicismo español y de la España católica, si somos necesarios, sino hay más política buena que la nuestra, ¿porqué el clero secular y regular, alto y bajo, y los católicos conveniencieros, nos combaten con tanta saña? ¿Y aún se pretende que nosotros seamos mudos, que no nos defendamos, que combatamos con ardor á los que sacan al arroyo la ropa sucia de ese clero?

Así, por ejemplo, se pretendía durante la campaña de Pey Ordeix contra el Papa y los Obispos, con lo cual podía, ciertamente, hacer un grave perjuicio á la Iglesia; pero era un beneficio para nuestra política, por lo cual todos nos pusimos á su lado y *El Correo Español* no tuvo una palabra de censura hasta que el negocio se ensució demasiado y no tuvo más remedio que decir alguna cosilla á la ligera. Hoy mismo, si saliera otro Pey Ordeix, le aplaudi-

ríamos como al primero. Esto he oído de boca de muchos carlistas que bien saben lo que se dicen.

Es que, hoy como ayer, está en la mente de todo buen carlista que no debemos meternos nosotros en cuestiones católicas ajenas á nuestra política, pues ningún mandato nos obliga á esto; pero si las cuestiones son contra el «alto clero», debemos, ó meternos como este folleto demuestra, ó dejar ancho camino á quien quiera destrozar á ese clero, ya que es nuestro enemigo.

Para que se vea que en esto no hablo por mi cuenta, sepan mis correligionarios que es doctrina emanada de la Secretaría de nuestro R... y Señor D. Carlos de Borbón. A 13 de Febrero de 1900 escribió el Sr. Conde de Melgar á un gran traidor que pretendió impugnar á Pey Ordeix so pretexto de carlismo, una carta luminosa en que se lee lo siguiente:

«Lo que no me pareció bien es el hecho de romper el fuego contra un hombre (Pey Ordeix) que... está moviendo grandísima guerra á los *enemigos nuestros más encarnizados, más terribles y que más daño pueden hacernos*. Tanto daño, que al lado suyo, el (religioso) que pueda causarnos *El Urbión*, y su director, resultan *cantidades completamente despreciables*.

«Leo con atención todos los números de dicha revista, y no se me oculta que va *fechada al cisma*, ó mejor dicho, que *ya está en el hasta la coronilla*; pero á nosotros *¿qué nos va ni nos viene? Ni aún siquiera por caridad debemos intervenir*. Dejando pues, á un lado la caridad fraterna, el hecho es que *El Urbión* se lanza á banderas desplegadas, y su bandera no es la nuestra, contra los *nocedalinos* de una parte, y de otra contra esa *porción de la jerarquía eclesiástica* que los liberales llaman el *alto clero*.

«Y se lanza con tal furor, que *El Urbión* quedará estrellado y se hará mil añicos; pero los cascotes de su rotura herirán mortalmente á muchos de *nuestros enemigos más rabiosos*. NO VEO QUE EN ELLO PERDAMOS NOSOTROS LO MÁS MÍNIMO.»

Ahí tenéis, hermanos y correligionarios, quiénes son *nuestros enemigos más rabiosos* y cómo debemos conducirnos con ellos. No digáis que esa doctrina no es auténticamente carlista; emana de la Secretaría de D. Carlos, y me consta que era fiel expresión de la mente de nuestro amado R... y Supremo Pastor. Lo propio decimos del siguiente párrafo de otra carta del mismo al mismo:

«Me dá miedo ver á V. haciendo equilibrios en esa terrible cuerda floja de las cuestiones candentes político-religiosas, á la que no concibo que se resuelva á subir ningún carlista en los días que corremos, sin un deber ineludible, y ese deber no existe...»

«Si V., apesar de ello, se complace en desafiar el vértigo, yo no tengo misión para detenerle ni voluntad de aplaudirle, y prefiero cerrar los ojos para no ver á un amigo querido á punto de estrellarse en un tremendo batacazo.»

Y ¡vaya si pegó batacazo aquel traidor, por haber impugnado á Pey Ordeix!

Ahora bien, carlistas, ¿sabéis lo que entoece defendía Pey Ordeix? He aquí unas frases literales suyas que tengo en mi libreta de apuntes:

«Nosotros escribimos sabiendo que cien obispos y la misma Santa Sede tienen abierto nuestro proceso... para condenarnos... *Esterminio*: ¿Queréis la guerra? ¡Guerra! —Nuestro lema será este: ¡A la cabeza, y no á la mano!

¡Espantosa degradación de la justicia eclesiástica! *Muy ilustrada fé se necesita para no maldecir á la Iglesia que autoriza tales iniquidades.*—«El título de hereje, de apóstata, de blasfemo y de cismático, *no quitan al sujeto la nota de su honradez moral; pues todos esos crímenes religiosos son compatibles con la probidad moral.*»

Eso decía por entonces, y añadía pestes del Papa y de los Obispos; pero la verdad es que luego fué un paso muy adelante, y al fin tuvo que retractarse de todo. Desgraciadamente los «casos de la rotura del Urbión» no hirieron á *nuestros enemigos más rabiosos*, sino al mismo Sr. Pey. En cambio nos queda uno que vale casi tanto como este, y es el Sr. Gascó que con su *España Cristiana*, — á quien nuestro órgano mayor ha llamado muchas veces «valiente y queridísimo colega», — está haciendo una guerra.... como suya.

Arriba nos ha dicho, capítulo V, que *el Papa es cabeza visible de Cristo; porque pareciendo todo lo de la Iglesia* (menos el hecho de hablar el Papa *ex chátredra*) *dominado por LUCIFER*, y estando *todo sucio, podrido y asqueroso*, sin duda Gascó no halla Iglesia antigua con cabeza digna; y por eso la decapita y se la envía á Cristo que nos la dió en S. Pedro. ¿Qué dicen á eso los carlistas meticolosos? Pues oigan más.

Si «fuera de la Cabeza visible de Cristo y de los labios del mismo Representante *cuando habla ex chátredra*», todo está como el impávido Gascó dice, yo razono así con toda la lógica:

La Cabeza visible no es la Iglesia; y el Papa sin más oficio que hablar *ex chátredra* no es Papa, porque el Papa está puesto para definir doctrinas y *para gobernar la Iglesia*. Luego si todo, menos lo dicho, está sucio, podrido y asqueroso, dado á Lucifer, *síguese que las puertas del infierno han prevalecido ya*, que y ya no hay Iglesia de Cristo, sino la gran ramera apocalíptica en lugar de ella. Por lo tanto, mil veces hace bien el Sr. Gascó declarando á la faz del mundo que él no se corromperá nunca como la Iglesia, y que primero se iría á morir en un desierto.

Hé ahí un acabado modelo de carlistas. ¿Por qué no hemos de ser todos tan denodados y francos? De otra manera irían nuestras cosas... y triunfaríamos.

Pey Ordeix y Gascó, muy amigos, convenían casi en todo. Por eso cuando el primero hizo su primera retractación ó sumisión, que por parecer á todos dudosa fué copiada por muchos periódicos sin comentario alguno, decía el Sr. Gascó en su *España Cristiana*:

«Los periódicos *hipócritas* que suelen tronar contra la conspiración del silencio, se han apresurado á difundir entre sus lectores la condenación definitiva del semanario que fundó el Sr. Pey Ordeix, pero no dicen una palabra de la *herbóica* sumisión de dicho sacerdote al *acatar el fallo superior*, acto de *humildad* que tanto le *dignifica*. Se ve aquí la *negrura del corazón* de ciertos católicos y el *alma ruin* de los que á si mismos se titulan los mejores y no son más que se-

pulcros blanqueados que ocultan en su fondo los sentimientos más repugnantes, anticristianos, é indignos de la criatura racional. ¡Fariseos!

Todo esto, según publicó el mismo, le valió *innumerables y entusiastas felicitaciones de sacerdotes, religiosos, etc.* Lo cual consigno para descubrir más y más el verdadero espíritu del carlismo y que cuando los sacerdotes y religiosos son carlistas, hasta ellos mismos aplauden esas campañas del verdadero carlismo.

CAPÍTULO XV

Virtualidad carlista para convertir los insultos en palabras santas

Sin duda algún mojigato se escandalizará del lenguaje del señor Gascó... de poco se espanta. Este folleto demuestra qué lenguaje debemos emplear los carlistas con nuestros enemigos. Para mayor claridad diré que abrimos los brazos á los que vienen á nosotros; pero á los que nos combaten, ó los despreciamos por gorrinos, ó les decimos todas las perrerías que merecen; queno es una bagatela nuestra causa para que no le sacrifiquemos la honra del prójimo si es menester. Viene al caso el Sr. Polo y Peyrolón, en *El Correo Español*, Septiembre de 1901:

«Los brazos abiertos para los desengañados y arrepentidos, que por los presentes amargos frutos conocen la malicia del árbol del liberalismo, del régimen y de las instituciones y gobiernos, y hácia nosotros vuelven los ojos en busca de un rayo de esperanza, y la conspiración del silencio para los obcecados é impenitentes.»

«¿Que la invención es tan *apasionada como ciega*, tan *brutal como inverosímil* tan *ridícula como injusta*? Entonces falta á su propio decoro quién, contestando, se ha puesto al nivel del *procaz* que *escupe al cielo* para recoger la *propia expectoración en la boca*.

«Hay que desengañarse; la conspiración del silencio es el arma única que puede dar resultados provechosos y eficaces, lo mismo contra las *desvergüenzas* de esos *escritores sin educación y sin conciencia que mojan su pluma en fango de letrina*, que contra las polémicas, mejor ó peor llamadas *religiosas*, provocadas casi siempre por esos pontifices laicos que ven la paja en el ojo ajeno, sin percatarse de la viga en el propio.»

En el capítulo XV hemos visto otras palabras suyas análogas.

Por la misma fecha decía el Sr. Gascó en *España Cristiana*:

«Una parte de la prensa que se *titula católica* parece *salida de ciertos lugares, y redactada con hiel y veneno*, si es verdad lo que nos dicen de palabra y por escrito los que tienen paciencia y humor para leerla, pues nosotros cumplimos al pié de la letra nuestro firme propósito de no mirarla ni tocarla, y así es como se puede vivir con relativa tranquilidad y no caer en la tentación de discutir con periódicos que se llaman *antiliberales*. ¡Sólo Dios conoce y nosotros sabemos la violencia que ha de hacer uno al callarse *teniendo la razón de parte suya*, y todo *en aras de la paz y de la unión* y para que no se rían de nosotros Lucifer y sus satélites!»

«Pena y asco nos da el oír y leer esas conversaciones y cartas de tales *mandaderos* cuando nos participan los comentarios maliciosos de dicha prensa *católica*, su proceder agresivo, las *malas artes* de que usa y abusa, sus *reticencias insolentes*, su incansable tiroteo y su *manera de ofender y modo estudiado de calumniar* fuera del alcance de los tribunales de justicia».

«¿Cómo han de combatir esos periodistas al liberalismo, si parece que *llevan en las entrañas el virus y la soberbia liberal*, y cuando según malas lenguas, acaso se han introducido en nuestros lares cristianos *para sembrar la discordia y traernos la división y la muerte*? ¿Y son tales los que piden la Liga de los católicos?»

Es que, amigos míos, al ver el carlista la innata bondad de su causa salvadora, y al ver que esos «grandes católicos» y gente de Iglesia la impugnan tan impiamente, por un celo irremediable y santo no se puede contener, y exclama como varios carlistas (entre los que se cuentan *Eneas* y un sacerdote) que escribieron á otro sacerdote, es decir, uno de tantos carlistas traidores, estos levantados y ya publicados párrafos:

«Llega V. con su envenenada pluma hasta decir si es verdad, que el Señor *Eneas* defiende los fueros católicos y otros buenos carlistas demuestran su idea personal, no la idea oficial del partido, Y hasta llega V. á decir que si siguen así los carlistas, habrá que decir que el carlismo es pecado. ¡Maldición á quién tal diga!

«Lo que si le digo á V. es que debía rogar al Señor Dios Nuestro en el secreto de su corazón, no á tanto repique de campanas, que mate Dios á todos los traidores de la santa causa carlista, á los conocidos y á los desconocidos, si conviene, y á todos los discolos y torcidos de entendimiento que tanto daño nos están haciendo, han hecho y harán. Crea V. que hace tiempo lo vengo pidiendo y he conseguido hasta el presente bastante fruto.

«Beso la mano del ministro del Señor y deseo no herir con este mi escrito en lo más mínimo su carácter sacerdotal; pero a la persona que ha traicionado á la Bandera tres veces santa, y al que, á imitación de Cain infame á su Padre y escandaliza á sus hermanos, ¡maldición y anatema sobre él y cuatro tiros por la espalda le deseo!

«Tenga V. entendido que está V. haciendo padecer mucho y sufrir á personas muy amigas de Dios, y Dios saldrá por su causa. Y por cada lágrima que ha V. derramar, yo le aseguro que ha de sufrir V. mucho en este mundo ó en el otro. Deje V. en paz á tan buenas personas, de lo contrario V. desaparecerá pronto de la Escena. Esto se lo anunció de parte de Dios.

«Puede V. tentar á Dios cuando le dé la gana, pues nosotros que somos los buenos católicos, no le tentaremos nunca. Yo no sabía qué era ser canalla hasta que me lo ha enseñado V.; gracias. Doy por sentado que no se ofenderá V. de que le llame majadero, embaucador, canalla y criminal, todas veces que V. mismo se proclama como un pecador abominable, y en efecto lo es como todos saben en el partido. Dígame á su señor maestro el del rabo que se vuelva pronto á los infiernos y deje en paz á los carlistas».

«No éramos pocos los que creíamos que V. obraba con sinceridad y buena fé, impulsado por móviles honrados y patrióticos, pero con harto dolor de nuestro corazón tenemos que confesar que estábamos equivocados, porque él *Averno* y sólo el *Averno* puede inspirar las tendencias que resplandecen en sus últimos escritos, los cuales han llegado á convencernos plenamente de que su papel se reduce á calumniar, desacreditar y dividir, y aunque V. proteste de esto y cla-

me por la rectitud de su intención, los hechos hechos son.

«Viene V. deshaciendo á todos con los juicios de Dios, como si Dios no dispusiera de nuestras vidas y de nuestros corazones; como si desde Carlos VII al último carlista no le tuviésemos consagrada la existencia para defender sus derechos, los dogmas sacrosantos de nuestra Religión, la independencia de la Iglesia de Jesucristo. La luz que V. da es una luz muy nefasta, semejante á la que produce la tea, que no sirve para alumbrar, luz siniestra destinada á quemar y destruir.

«Sí de buena fé persigue V. la unión de los católicos, no trataría de dividir á los carlistas en dos grupos, porque demasiado sabe V. que no hay más que un carlismo, y todo el que no esté con D. Carlos *en cuerpo y alma á él sometido y con él identificado*, está contra D. Carlos ó fuera del carlismo.

«No se consigue la unión arrojando cieno del arroyo entre uno de los más importantes nucleos que podrían constituirla, el más sano, docil y disciplinado sin disputa, porque los que se han apartado de la Comunión carlista, que es *el único, posible, legítimo y verdadero tradicionalismo español*, no podrán demostrar jamás que lo hicieron por mantenerse puros é incontaminados, sino *por excesiva soberbia y amor propio ó por pescar algo en el río revuelto del catolicismo liberal*.

«Las verdades que encierra esta carta son muy amargas para V. y no tienen más respuesta que la del arrepentimiento, necesario para obtener el perdón, y no sé si Dios tendrá misericordia de V. para inspirárselo *ahora que consiente que Satanás ejerza supoder sobre V.*»

¿Cabe en lo posible mayor demostración de la justicia de nuestra indignación contra los vilísimos cobardes que tan impiamente nos combaten? Yo no lo creo; pero si algún miope de talento ó ruín de alma osa reprobar este lenguaje carlista, es porque no comprende la grandeza de nuestra causa y la justicia de nuestra lucha, en virtud de las cuales es ya cosa sentada lo que con motivo de una reñida cuestión expresó el Sr. Bolaños con estas palabras:

«Los periódicos carlistas que han combatido con más ardor estos dias, lo hacían *con un fin noble*, y en su intención y en su buen deseo estaba el sano pensamiento de dar fuerza á la *comunión carlista*, porque la consideran como el *dique* y la amenaza para los liberales y la *esperanza* para los buenos ... Si, ese pensamiento cristiano llevan los periódicos carlistas, y ese fin explica sus entusiasmos, sus fervores, y hasta tendría *virtualidad suficiente para disculpar algún exceso de lenguaje que cometieren.*» (El Correo Español, 20 Junio de 1901)

En otra ocasión dijo:

«Queda muchísimo por decir, y á todo estoy dispuesto sin dolerme prendas. *Sin cultivar la insolencia, eso no; de eso, Dios me libre.* Las angustias del tiempo, que ni lo hay para corregir las pruebas, los apremios de la ocupación, *darán disculpa de las vehemencias que pusiera la pluma*; mas aún así, visto que se trata de adversarios tan quisquillosos, no quiero en manera alguna traspasar los límites de la *pulcritud* y el *comedimiento.*» (El Correo Español 15 Noviembre 1902.)

«A los hombres de religión se les ha juzgado, ó con los extremos del aborrecimiento, que les denigra cual si fueran los más perversos criminales, ó con los extremos de la adulación, que les santifica todas sus obras y todos sus procedimientos. No quiero ser yo ni de los unos ni de los otros, y en prueba de ello trazo estas líneas y pido la palabra en la cuestión del clericalismo en nombre de los carlistas.» (El Correo Español, primeros de Julio de 1903.)

«No se comprenden bien á primera vista esos ejemplos de *ingratitud horrenda*.

da con un partido que por la Iglesia ha dado la hacienda, la sangre, la vida, todo lo que pueden dar los hombres... *Aun cuando se hubieran equivocado los carlistas al obrar así, LA EQUIVOCACIÓN DE UN MARTIR ES SIEMPRE RESPECTABLE para cuantos se precian de caballeros.* Hay que pensar, pues, en que ciertas persecuciones y ciertos escritos sañudos se hacen sin meditarlos bien, pues de otra manera, lo que se dijo de que la política no tenía entrañas se podía aplicar al clericalismo diciendo: *El clericalismo no tiene entrañas.* (*El Correo Español*, ibidem).

En virtud de todo esto, podemos tener hasta por perjuro á cualquier enemigo nuestro cuyos ataques no sepamos ó queramos explicarnos. Uno de ellos, sacerdote, juró en un periódico, del modo más solemne y pidiendo á Dios que lo matase enseguida si no decía verdad en absoluto, que nadie subvencionaba su publicación anticarlista. Apesar del aparato, le tuvimos por un perjuro, y *El Correo de Guipúzcoa* le dijo en Septiembre de 1901:

«Las manifestaciones son de todo punto incompatibles con la realidad, no obstante el solemne juramento prestado. Conste que hasta ahora no existe ningún Moisés capaz de explicarnos el génesis, de esa revista; que todas las afirmaciones y todos los juramentos del tal no lograrán desvanecer las espesas nebulosidades que envuelven el origen de dicha publicación anticarlista.»

Si esto no nos basta, *debidamente autorizados* declaramos loco, extraviado, maldito, farsante, asqueroso... *etcetera*, al primero que se nos ponga delante, y fallamos que no es católico, y hasta definimos que es *perverso*, como definió *El Correo Español* sobre *El Cañón* que se las echaba de carlista puro.

Así somos, así debemos ser, y al que le pique, que se rasque.

CAPÍTULO XVI

¿Y Qué?

Si no fuera que lo he visto y palpado, no lo creería. Hay carlistas tan atrasados, que todavía se figuran que la relajación de costumbres y falta de fé que se observa en nuestros hombres dirigentes, puede influir en la bondad de la causa, es decir, puede ésta perder algo por los crímenes ó los escándalos de dichos jefes.

¿Y qué lógica es esa? ¿Qué tiene que ver la causa de D. Carlos con los vicios de los carlistas? Supongamos verdad todo lo que se dice y mucho más: ¿y qué?

Un notable carlista barcelonés escribe con su propio nombre artículos en *El Urbión*, aun después de condenado éste, como pudieran escribirlos Blasco Ibáñez. Otro es administrador del mismo *Urbión*. Otro y otros, y mil y un millón, mantenemos contra el clericalismo las doctrinas del presente folleto y nos congratulamos con apoyar á los enemigos del alto clero. ¿Y qué?

Vallecerrato ayer, Casasola hoy, ó apadrinan un desafío y caen

en excomunión de que no todos piden ser absueltos; ó bien votamos á los enemigos de la Iglesia, ó nos entendemos con liberales y masones, ó maquinamos contra toda acción católica que no sea la nuestra. ¿Y qué?

Don Antonio Cánovas, director que fué de *El Correo de Guipúzcoa*, era al mismo tiempo corresponsal de *El Liberal* de Madrid y de las cuatro sucursales que *El Liberal* madrileño tiene con el mismo nombre en Barcelona, Bilbao, Sevilla y Murcia. Otros varios escriben casi tanto en nuestros periódicos como en los liberales: otros incontables leen periódicos excomulgados, sin reparo alguno, y otros los venden en sus establecimientos ó por la calle. ¿Y qué?

El Correo Español da bombo á una cabalgata republicana de Valencia, apoteosis de la pornografía y el racionalismo, y luego sin retractarse, echa la culpa á los católicos. O en varios de nuestros periódicos se da cuenta de las funciones teatrales, y á veces se elogian las naturalistas. O se da cuenta de concursos ú otros actos de impíos, no para censurarlos. O se llega á donde queráis por esos caminos. ¿Y qué?

El prócer tal comete tantos y más cuantos escándalos con su lujuria y su juego; el otro linajudo con su lujuria, su juego y sus estafas; el otro con su lujuria, su juego, sus estafas y sus impiedades; y el quinto, y el que hace ciento, y el que hace mil, los comete con esos y todas las demás suertes de vicios. ¿Y qué?

Del Conde de casa tal se publica que hace once años que no vá á misa, que es un ladrón, un vendido, un incrédulo, un blasfemo, y tanto como él lo son otros y otros; y de este se añade que reniega de la Iglesia si no se hace carlista; y de aquel que quisiera fusilar al Papa; y del otro que todo eso de rezar á los santos son niñerías; y del otro de más allá todo eso junto, tal como yo le he oído gritar más de una vez. ¿Y qué?

Que *Eneas* diga que el título *De re-cathólica* es un tema extranjero y propio para llenar un vacío en las vacaciones de verano; que diga *El Correo de Guipúzcoa*: «Duerman tranquilos esos católicos que creen que todo se arregla con rezar el rosario en sus casas. Ya se vé ¡es tan cómodo y tan agradable ese procedimiento!. Sobre todo *si responde á su diabólica pasión* contra el *único* partido católico y tradicional de España». Que se diga al público eso y más. ¿Y qué?

Autorice Don Carlos privadamente un movimiento como el de Badalona y luego llame oficialmente *traidores* á los levantados, y después diga que no son *traidores*, sino *indisciplinados*, y más tarde vuelva á lo de *traidores*, y haga y deshaga, y diga y contradiga, y mande y contramande, y prometa mucho para no cumplirlo, y ahora nos haga subir y ahora bajar, y menosprecie á los que le representan nuestros males, y desaire á respetables comisiones, y sostenga á Moore con todos sus vicios y contra Cataluña entera. ¿Y qué? ¿No es rey, no es su conciencia «juez único,» para hacer lo que bien le parezca sin dar cuenta á nadie?

Rodéese Don Carlos de aduladores, de corrompidos, de cismá-

ticos, herejes tal vez, y fomenté el espíritu anti-católico. Cometá todos los vicios que se le atribuyen, que son muchos y enormes; será un mal padre como se dice, y un marido que vivió muchos años en divorcio legal con Doña Margarita. Haga eso, haga más, haga cuanto quiera. ¿Y qué? ¿por ventura sus actos son su causa?.

Es doctrina carlista, sentada en sus buenos días por el autor de *El Cardenal Sancha y otros excesos*, que

«Si se dijera que D. Carlos es el hombre más vicioso del mundo, no nos alteraríamos ante tan grosera calumnia; porque la vida privada del rey nada importa á su legitimidad.»

O como dijo un reverendo Sr. Cura al sacerdotal director de una publicación anticarlista.

«Podrá V. demostrarnos que todo esto va muy mal y que el partido carlista está oficialmente destrozado; podría V., si hay pruebas, aducirlas de que Don Carlos es un vendido, un traidor, un disoluto, un vicioso, un hereje, un enemigo de la Iglesia y de la Patria. Con todo esto, nosotros seguiríamos fieles á Don Carlos hasta la muerte, combatiendo á quién hace con sus utopías y locuras tanto daño como V.»

Sí, señor, porque, aún suponiendo de barato que nos equivocamos, siempre podremos decir, como arriba nos ha dicho *Eneas*, que *la opinión de los mártires es muy respetable*. Por lo tanto, razón sobrada tenía *La Libertad* de Tortosa para decir en Agosto de 1901 á un infame traidor con sotana:

«Es indigno, es infame que, cuando solamente la minoría carlista se levanta en el Congreso para defender con tesón y energía á las Órdenes religiosas, salga un imprudente á contarnos si Fulanito de tal que se llama carlista va ó deja de ir á misa; es indigno, es infame que ante la conducta nobilísima del partido tradicionalista en los actuales momentos de persecución á la Iglesia, nos venga un cualquiera á insultar á hombres que militan en nuestro campo.»

Sí, señor, ni más ni menos; y si alguien tiene algo que decir, siga el consejo del Sr. Polo: acuda al Supremo Pastor de nuestra *comunión espiritual*, vaya á *Venecia por todo*, y el R... resolverá lo que precediere; y si no le escucha, siga este otro consejo público de un carlista de Orduña: «Si el R... no le escucha, paciencia, ¡ mucha paciencia!» O por decirlo con el mismo D. Carlos en conclusión:

«Para que haya autoridad en nuestros trabajos, se necesita un juez que esté por fuera y por encima de toda discusión: el Rey, depositario del principio de autoridad.»

«Importa que volvamos á ser españoles... Esa es la fórmula de nuestro deber de hoy. Deber que no podemos cumplir más que mandando libremente y en conciencia quién tiene misión para ello, y sabiendo obedecer los de abajo con sumisión de voluntad y de juicio.»

Eso, eso, eso es ser carlistas; lo demás es ser apóstatas, traidores, soberbios, todo menos tradicionalistas y católicos. ¿Por ventura no ha establecido el mismo D. Carlos, escribiendo á Moore, que *representamos la verdad histórica y la justicia tradicional*?

Pues siendo así, poned en nuestros carlistas y en el mismo Don Carlos todos los pecados que se os antoje, yo preguntaré por toda réplica; ¿Y qué? ¿Y QUÉ? ¿Y QUÉ?

CAPÍTULO XVII

A pesar de nuestras amenazas, queremos paz y votos
porque no estamos para guerras

Voy á llevar mi franqueza y sinceridad carlistas al último límite. Supongo en este momento que no soy carlista, y convengo con los enemigos de Don Carlos en que:

1.^o Don Carlos tenía intención y deseo de vender Cuba á los Yanquis, tan pronto como llegase á ser poder, porque Cuba, decía el R... nos servia de maldita la cosa, pues más bien era un constante perjuicio moral y económico para España.

2.^o Mas así que Don Carlos vió que el gobierno español quería hacer la misma venta proyectada por él, montó en cólera y publicó su tremenda carta á Mella, en que con la majestuosa ira de un Rey amenazaba al gobierno con una inmediata guerra civil, si no lanzaba de repente el guante á los yanquis para salvar á Cuba. Y como entonces España entera hubiera seguido á Don Carlos, el gobierno no tuvo más remedio que declarar la guerra á los Estados-Unidos.

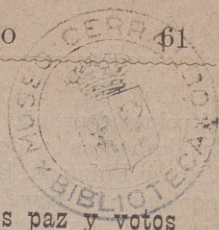
3.^o Que en aquella carta D. Carlos amenazaba también con la guerra civil si el gobierno perdía á Cuba, y el gobierno no sólo perdió Cuba, sino que nos hundió en el cieno de las más grandes deshonras é ignominias; y Don Carlos no sólo no cumplió su amenaza, cuando hasta los republicanos y todo el ejército le hubieran aclamado, sino que abandonó los grandes preparativos que había y escribió á D. Manuel Polo y Peylorón diciendo:

«Un rey de veras y un hombre de honor, lo que ofrece lo cumple.—Lo que he sufrido en estos dos sombríos años, no es para dicho... por ver la indiferencia con que se han tolerado tan horribles crímenes de lesa Patria y de lesa honor en el país clásico de la altivez y de la hidalguía.—En esas condiciones, todo lo que yo debía hacer lo he hecho y lo seguiré haciendo, *no habiendo llegado el caso de una protesta desesperada que excluya toda posibilidad de regeneración patria.*—**IMPORTA QUE VOLVAMOS Á SER ESPAÑOLES.** Esa es la fórmula de nuestro deber de hoy.»

Y luego el propio D. Carlos dijo á Bonafoux que su actitud sería *de mera protesta* durante el reinado de D. Alfonso XIII.

¿ Puedo conceder más contra D. Carlos? Creo que no. Pues con todo eso y cien veces más, digo y repito que todo, todo, todo lo doy por bueno, por indiscutible, por santo, porque soy carlista y obedezco á D. Carlos, y D. Carlos en la misma carta á Polo dice á continuación de lo citado:

«Deber que no podemos cumplir más que *mandando libremente* los que tengan *misión* para ello, y sabiendo *obedecer* los de *abajo* con *sumisión de voluntad Y DE JUICIO.*»



Tenemos, pues, que el buen carlista no debe tener juicio propio ni voluntad propia en esas cosas, aunque se trate de la mayor de las deshonras y de la pérdida de un vasto imperio colonial como Cuba y Filipinas. El juicio y la voluntad de D. Carlos y de los que por su orden *mandan libremente* deben ser nuestra voluntad y nuestro juicio. Esto sentado, vamos ya á cuentas. ¿Quién engañó á la opinión en lo de Cuba? ¿D. Carlos con su carta á Mella? No; fueron otros, y lo demuestro con la siguiente autoridad de *El Correo Español*, 28 Abril de 1902.

«Dice *La Época* que en no haberse opuesto los Gobiernos de la restauración á la corriente de opinión pública totalmente engañada, sobre nuestros recursos y nuestra fuerza para ir á la guerra con los Estados-Unidos, es donde está la mayor de las responsabilidades históricas de aquella triste página de nuestra academia,

«Y ¿quién engañó á la opinión pública, haciéndola creer que España estaba en condiciones de vérselas cara á cara con la gran república americana, porque tenía una escuadra potente, un Ejército cien veces superior al del yanqui y recursos sobrados para hacer frente á todas las contingencias de la guerra?

«No fueron los Gobiernos de la regencia y la prensa dinástica y ministerial de esos Gobiernos?

Pues déjese *La Época* de palabras y de argucias, porque ni las unas ni las otras han de destruir el efecto ni amengüar la gran responsabilidad que por tan inmenso desastre han contraído ante la Patria y ante la historia los consejeros de la regencia y la regencia misma.

«Responsabilidad que algún día se les habrá de exigir cumplidamente.

Hubo también otros culpables, como lo demostró el Sr. Muñiz Blanco diciendo:

«En medio de tanto desastre es de lamentar que el pueblo español, las clases sociales, Clero, Ejército y la grandeza, verdaderas potencias de acción, hayan visto pasar, como en sombras, los grandísimos é incalificables acontecimientos, *sin que de ninguna parte haya salido una voz de protesta*, siquiera fuera para dar prueba de que no se había perdido el honor nacional.

«No sólo ha pasado sin protesta lo que todos sabemos, sino que actualmente, estamos amenazados á que nuevos sucesos ocurran en el orden de lo religioso y aminoramiento de territorio, y no se ve que las fuerzas vivas del país traten de poner remedio á los males pasados, ni siquiera prevenir los que se avencinan.» (*El Correo Español*, 22 Noviembre 1902).

Peró se nos objeta á cada paso que la ocasión de triunfar con el desastre de las colonias, pasó para no volver. ¡Qué tontería! ¿Ha dejado ya D. Carlos de ser *necesario* para nuestra salvación? ¡Los mismos liberales le llamarán! El Rey lo sabe, en eso confía, y por eso no quiere guerra. Las ocasiones abundan más que las moscas; ya vendrá una gorda, y entonces nos veremos las caras. Eso es lo que viene á decir D. Carlos en su citada carta á D. Manuel Polo y Peyrolón, cuya mente interpretó *El Correo Español* de esta manera:

«Hubo una, ó más bien varias ocasiones, en que la fruta llegó á madurar; para cogerla no se necesitaba ni aun audacia, era suficiente la voluntad; pero es que entonces se discutía hasta la existencia de nuestra Nación, es que el extranjero rondaba nuestras islas, es que se hablaba de la cosa más llana del

mundo del repartimiento del territorio nacional; y en semejantes circunstancias, el más patriota de los españoles no podía ni quería imitar aquellos excelsos patriotas de la dinastía saguntina, que cuando la guerra ardía en Cuba, y en el Norte, y en el Sur de España no vacilaron en sembrar la rebeldía en el Ejército. Y no se nos traiga de nuevo á la colación lo de San Carlos de la Rápita, que mil veces hemos explicado: el mal llamado Sagunto carlista fué posterior á la firma del Tratado de Wad-Rás.

«El triunfo no es para nosotros la satisfacción de un apetito; es la realización de un ideal, y mientras esto no se realice seguiremos á la sombra de nuestra bandera, á la sombra de nuestra cruz. Esa es nuestra fuerza, nuestra disciplina, nuestra cohesión; por eso somos el estado sólido entre todas las colectividades y partidos políticos españoles; es decir lo que éramos, según *El Imparcial*, hace cuatro años (El Correo Español 26 Marzo de 1902).

«Adelantémonos á consignar que si hay álguien que piense que el tradicionalismo guerrea algo así como por *sport*, piensa un disparate, ó una majadería; la protesta armada no ha sido nunca para nosotros ni el primero ni el único expediente, ha sido el último, el extremo, el que significa que están ya agotados todos los procedimientos de la ley. Somos, pues, tan enemigos de la guerra como el que más; lo que hay es que estimamos y estimaremos siempre, con el Evangelista, que son preferibles á las «malas paces» las «buenas guerras» y que es de espíritus egoístas, pusilánimes y frios el permanecer indiferentes ante los gravísimos daños que se infieren á la patria y los peligrosos derroteros por donde se la quiere encaminar.»

«Por lo demás, y mientras desgobiernan los liberales, las ocasiones se ofrecen con bastante frecuencia.»

«.....¿Se vé la poca consistencia que tiene el argumento de la ocasión? Se presentó, se ha presentado y se presentará, y nosotros la aprovecharemos cuando á ello nos llame la voz angusta de quien puede llamarnos, cuando con venga, no á los liberales, sino á la patria, porque para servir á esta vivimos y por ella, si es preciso, hemos de morir.» (El Correo Español, 31 Marzo 1902)

Dedúcese claramente lo que ya hemos dicho, es decir, que los carlistas, cumpliendo *nuestro deber de hoy*, no queremos armas; no, nada de guerra, sino de urnas y vatos, que es el mejor camino para triunfar. Porque como dijo *Llorens* á los periodistas en Barcelona, á su vuelta de Venecia,

«Nosotros, españoles antes que carlistas, *seremos hasta diputados ministeriales en cualquier obra nacional provechosa emprendida por cualquier Gobierno.*»

Pocos días ha, en *Algemesi*, pronunciando el Sr. Polo y Peyrolón un gran discurso, dijo á los carlistas:

«Fuera clases, emulaciones y distingos. Trabajemos todos porque sea verdad aquello de que *únicamente nos separa una tilde de los liberales*. Salvo honrosas excepciones, ¿estos van á una? Hagamos, pues, los carlistas á una.

«Uno solo ó vários granos de arena, sueltos, son juguete de la brisa que los mueve ó del viento que los lleva. Por el contrario, bancos de arena, formando playa componen el freno más blando y mejor que impaso el Autor de la Naturaleza á las rugientes olas. Nada tan flexible y débil como una caña; pero contra los diques de cañas resultan impotentes temerosas inundaciones de grandes rios.

«Recomendando la unión á los católicos el inmortal pontífice Pío IX, de feliz memoria, les decia que *imitasen á los toreros españoles*, todos los cuales, espadas, picadores, banderilleros, y hasta monos sabios, se ponen á las órdenes del jefe de la cuadrilla; rodean y acosan al toro, quebrantan sus fuerzas, lo

llevan y lo traen, lo pican y lo banderillean, lo capean y lo recogen, lo cuadran y amurallan ante el matador para que este pueda despacharle de una buena por todo lo alto.

«Por medios pacíficos y legales, conquistamos primero la opinión pública, desprestigiando á la vez á los liberales de todas las camadas que padecemos, y con la fuerza de la razón obtendremos la victoria moral que convertirá despues en material la razón de la fuerza: (El Correo Español 5 Agosto 1903)

Es más; ni siquiera el triunfo nos importa. Luchamos por deber, y la victoria es lo de menos. Así nos lo confirma la gran autoridad de Polo y Peylorón, diciendo en *El Correo Español* en Agosto de 1902:

«Hemos trabajado y continuaremos trabajando siempre, sin importarnos un ardite la victoria, por Dios, por la Patria y por el Rey».

«¿Que se aleja el día de la batalla y por lo tanto del triunfo? No importa: la verdad es de todos los lugares y de todos los tiempos».

«Cuando más nos persigan, dentro y fuera de cosa, los enemigos jurados de nuestra fé política, más puro y refulgente surgirá de entre las persecuciones y calumnias este partido, destinado indudablemente por Dios para alguna grande obra, cuando aún no han podido dar con él en tierra sus enemigos interiores y exteriores.»

La verdad es que España, lo mismo que el Clero, nos ha pagado á coces lo que hemos hecho por ella. Pues que rabie ahora; pague-mos como nos pagan. Don Carlos vendrá; pero queremos que antes se pague lo que se debe, es decir, que España se convierta en un montón de ruínas. Levantando su trono sobre los escombros y cadáveres, cuando aquí no quede nada en pie, grande será su gloria de renovar todo y hacer manar ríos de leche y miel. Mejor que yo lo expresó un gran carlista, abogado y catedrático por oposición, felicitando á D. Carlos en *La Lucha*, á 4 de Noviembre de 1902. He aquí la felicitación, modelo en verdad:

«Señor. El más indigno de vuestros vasallos, el último de los soldados de la bandera de la tradición, el más inexperto de cuantos esgrimen la péñola en pro de la causa tres veces santa, se atreve á dedicaros desde las columnas de la prensa genuinamente carlista y tradicional, el más afectuoso y sentimental recuerdo. El saludo más sincero y cariñoso que V. M. augusta no dudo acogerá con ese paternal abrazo, con que siempre recibís los homenajes de vuestros leales, aún de los más humildes é ignorados».

«En el día de vuestra fiesta onomástica, en este día tan señalado y principal, para los amantes del altar y del trono, en este día grabado en mi corazón y mi memoria, con caracteres y cifras indelebles, como fecha bendita, en este día, en fin, de recuerdos y esperanzas, de alegrías y tristezas, de duelo y de gala para los carlistas, quierc yo tambien dejar oír el débil eco de mi voz, y los hondos latidos de mi corazón, para unirlos al nutrido coro de la comunión tradicional que desde vuestra querida é infeliz España os manda en elocuentes discursos, brillantes artículos y sentidas estrofas, la más heroica satisfacción de sus juramentos, de fidelidad á la bandera de Dios, de la Patria y del Rey».

«En estos días de luto y desolación, en que nuestra patria se agita en las convulsiones de la muerte; en estos momentos en que el oprobio y el baldón nos cubren de vergüenza y nos sonroja; en este período nefasto y necrológico de nuestras glorias, en que se nos llama cadáveres, visionarios clericales, oscurantistas,

enemigos del progreso y de la libertad, y otros mil tildes *esputados* por la boca inmunda de la impia revolución, en estos momentos; Señor, levantamos nuestros abatidos espíritus, y *resucitando* de nuestras propias cenizas, volvemos nuestros *desesperados* ojos á la Venecia de nuestros encantos, al Loredán de nuestros ensueños, á vuestra augusta y *providencial persona*, á la ECLIPSADA ESTRELLA DE NUESTRAS ESPERANZAS.

«¡Cuándo, Señor, *se cansará el cielo* de contemplar tanta desdicha y tanta desolación! Si la ola revolucionaria crece y avanza asoladora, al despuntar el alba del nuevo siglo; si la ilegitimidad y la injusticia se entronizan en nuestra desdichada España, no temáis, Señor, no desalentéis, que *vuestra misión es altísima*, y no ha sonado aún la hora en el reloj de la Providencia. ESPAÑA DEBE MUCHO Y HA DE PURGAR MUCHO. Permaneced, incólume, asido á la bandera de Dios y del Derecho; esperad con lágrimas en los ojos el derrumbamiento por su propio peso, del movedizo alcázar revolucionario, y *cuando aquí no quede piedra sobre piedra, venid á levantar sobre ruinas el nuevo edificio de la regeneración española*. A vuestro lado estamos, y por la causa de Dios, de la patria y del Rey moriremos. Señor; A los R. P. de V. M. La Redacción.»

¿Se necesita abnegación para defender impertérritamente en esas condiciones la causa de D. Carlos? Pues así la defendemos, esa es la abnegación carlista. A este propósito, conviniendo con lo dicho por el Sr. Polo, decía un anciano Sr. Cura de Astorga á un rabioso enemigo nuestro:

«El carlismo es la *trinchera inexpugnable* para la masonería y el liberalismo; *único que puede contenerlos* en su marcha, y por lo mismo no conviene prestarle, sino sumarle muchas fuerzas, *aunque supiéramos á ciencia cierta que no había de triunfar.*»

CAPÍTULO XVIII

Dios en su Cielo y nosotros en la tierra

Volvamos al tema de *De re-catholica*, siquiera para rellenar algún vacío, como diría el ocurrente Bolaños. ¿Dónde ponemos los carlistas la Divina Providencia que tanto invocan los beatuchos, para prometérnoslas tan felices? ¿Dónde? Pues en su cielo, que lo que es acá, balas ó votos son triunfos y no la Providencia. Muy bien dijo *El Combate* en Abril de 1901:

«Agitase una cuestión de altísima importancia: en estos momentos asistimos al prólogo de una revolución contra el *Altar*, y ante perspectiva tan siniestra, *el espíritu* por cierta ley misteriosa busca el remedio, *el corazón* un consuelo y *el pensamiento* errante un centro de reposo.

«Sinceros creyentes como el que más, providencialistas que somos de Dios en la historia, sin desconfiar de lo Alto *creemos encontrar aquí en lo bajo, en la esfera de lo natural*, ese remedio y ese consuelo: los hechos históricos responden de nuestro aserto.»

«¿Quién tiene,—preguntó un día *Eneas* en sus manos las llaves de lo porvenir, para profetizar lo que ocurrirá mañana?» (*Correo Español*, Octubre 1901).

No es inoportuna la pregunta, porque si los providencialistas fían mucho en los profetas por razones de Providencia, nosotros sabemos

que la Providencia es meramente un «factor indispensable llamado á intervenir en los destinos de los pueblos y naciones» como dijo el admirable Tulio en *El Correo Español*, 3 de Abril de 1902.

De lo cual, deduciendo *Eneas* consecuencias legítimas, decía en el tantas veces celebrado artículo *Nueva demostración*:

«Desde el momento en que los católicos, que hoy tenemos razón y fuerza en España, perdamos la fuerza y nos quedemos con la razón sola, estamos perdidos, y podemos, como en Francia, invocar á la Providencia, para que nos salve...

«Pues lo que consiguieron ellos (los liberales) siendo muchos menos, ¿porqué nosotros no podíamos igualmente conseguirlo, sin más condición que la de pedir que los que no nos ayuden no nos aten las manos ni nos pongan brozas en el camino, de manera que nos sea preciso, como lo es desgraciadamente, emplear mayor esfuerzo en vencer resistencias que se llaman católicas, que en arrollar las fuerzas del liberalismo?»

«La amenaza no tanto la constituye el número como la organización y el plan.

«Y hay quienes no tienen más afán, ni más ideal, ni más empeño que el de apagar ese fuego, enfriar ese hogar y matar esa esperanza, dejándonos á la ventura y tentando á Dios para que sólo su Providencia y no los medios humanos nos salven!».

La organización, el plan, la razón, he ahí nuestra fuerza y no la Providencia: no queremos que nos pase lo que á los franceses. Tulio, en el número citado, viene á decir lo mismo que *Eneas*, con estas palabras que descubren en qué consiste nuestra invencible fuerza.

«Y ¿cuál es la fuerza, cuál es el poder del Carlismo para realizar esa empresa colosal que ante propios y extraños se ostenta con los signos y los caracteres de una dificultad casi incommensurable? La fuerza de la razón, el poder, la lógica, y ¿porqué no decirlo también? la fuerza del sentido común... Estas son nuestras fuerzas verdaderas, nuestros poderes, nuestros nervios y nuestros estímulos para reñir los buenos combates.

«Los batallones armados, las baterías de cañones, los sables, las lanzas, las bayonetas son resortes que pueden adquirirse más fácilmente que la razón de la empresa y el derecho á la lucha. Las primeras se derivan de la conciencia, de la dignidad y hasta del instinto de conservación, que aspira á hacer á los pueblos sociables. Las segundas están al alcance de un trust de banqueros que no saben en qué invertir sus riquezas improvisadas. Y cuando se tienen las primeras hay, de ciento, noventa probababilidades de tener las segundas.» (Correo Español, 3 Abril de 1902)

Y siendo nuestra fuerza la de la razón, la de la lógica, la del sentido común, ¿aún hay blasfemo que asegure que, si no retrocedemos, seremos condenados por la Iglesia?

¿Nosotros condenados? Admitiendo que la Iglesia variase, y nosotros también, podríamos serlo; pero nosotros no variaremos jamás. A este propósito dice el Sr. Bolaños, citemos por última vez su grandioso artículo *El Anverso del Clericalismo*:

«Partiendo de este principio absurdo se puede llegar á la consecuencia de que, habiendo variado la doctrina católica, pueden estar condenados ahora los que antes estaban aprobados y bendecidos, y al contrario, pueden estar bendecidos los que antes estaban condenados. Pero partiendo, como no pueden

menos de partir los aludidos clericales, de que la doctrina de la Iglesia es hoy la misma que el siglo pasado y en el anterior, si los carlistas á la vez somos los mismos, no puede la lógica consentir en que estén condenados ahora y no lo estuvieran antes; no es racional que antaño mirasen los católicos con horror á los que juraban la Constitución, y ogaño se tenga por réprobo al que no la jure; y una de dos, ó hay que admitir que siempre han estado anatematizados por la Iglesia los carlistas, ó hay que convenir en que no lo están ahora tampoco. Porque si no estuvieron antes y ahora lo están, habría que decir que la Iglesia, ó se equivocó al protegerlos, ó se equivoca ahora al perseguirlos»...

«Aun cuando se hubieran equivocado los carlistas al obrar así, LA EQUIVOCACIÓN DE UN MARTIR ES SIEMPRE RESPETABLE para cuantos se precian de caballeros.»

«Pero los carlistas no pueden remediarlo, Son católicos, y en la masa de la sangre llevan el defender, del modo que saben ellos, á la Iglesia; podrán ser perseguidos, injuriados, anatematizados; podrán dolerse de las ingratitudes de los hombres; pero ellos no olvidarán nunca lo que son y lo que sus padres fueron.»

«Las personas, dijo el mismo Bolaños en otra parte, tienen el valor de las ideas que sustentan y de la inteligencia y la voluntad con que saben hacerlo.» (El Correo Español 11 Febrero 1903)

«Soy el mismo de siempre, podemos cada uno decir con nuestro R... Mi actitud, mis ideas, mis propósitos no varían.» (Manifiesto de 3 Mayo de 1902).

«Los carlistas, católicos de verdad, como los viejos españoles, somos católicos de la Iglesia, católicos de Cristo, católicos del Papa en cuanto éste representa á Cristo Dios. Los liberales son católicos doctrinarios, católicos de los obispos, católicos del clero, católicos del papa, en cuanto éste y aquellos, con su autoridad, revienten á los carlistas. La difencia esta á la vista.»

«Nosotros, con la gracia de Dios, seremos católicos siempre y en todas partes, hasta la muerte, aunque los obispos simoniacos nos persigan, aunque cardenales indignos nos insulten, aunque, METIÉNDOSE EN DONDE NO LES IMPORTA, nos excomulguen.»

«Si nos hemos de salvar, queremos salvarnos con nuestra bandera íntegra é inmaculada; y si no podemos salvarnos así, preferimos morir con ella. Para la verdad no pasan años, ni valen revoluciones, apostasias ni catástrofes. El cielo y la tierra pasarán sin que ella pase. Las generaciones morirán sin que ella muera.»

«Y porque desde ninguna parte podríamos proclamar como desde este campo tradicionalista nuestros principios, y porque en otros lados la falsa prudencia de la carne nos vedaría, sin duda alguna, estas valentías de palabra y aún de pensamiento, y porque no podríamos hablar con el desenfado y la entereza con que hablamos y la radical firmeza y decisión con que pensamos y queremos, por eso somos carlistas. El alma española es así; con la verdad y la justicia por delante, nunca ceja, nunca se desmaya, nunca se acobarda.» (El Correo Español 20 Febrero de 1903.)

EPÍLOGO

He concluído, queridos correligionarios; pero debo añadir algo antes de poner la última línea.

He aludido alguna vez en este folleto á un «extraviado señor», como le llamó *El Correo Español* excomulgándole. ¿Quién no ha oído hablar del renegado y endemoniado Padre Corbató, que se separó de nosotros porque no le dejaron impugnar á Pey Ordeix según él dice?.

Ahora bien, correligionarios: ese insolente excarlista publicaba una revista que ya bajó á su ignominiosa tumba, y en ella apenas dejó sin impugnar ferozmente alguna proposición de las sentadas en este folleto.

Es verdaderamente colosal su saña en no dejar pasar nada, nada de lo que hacían los carlistas ó decían sus periódicos en el sentido de este folleto, siempre defendiendo, el miserable, á los Obispos, á los jesuitas, á los frailes, á todo lo «podrido y asqueroso» de la Iglesia...

Lo que ganó con su furibunda campaña, él se lo sabe, que por dinero baila el perro. En cambio, ganó también el odio de los carlistas, que justísimamente echaron todos sus pecados y vicios al arroyo desde los periódicos, poniéndole más suciedad y deshonor en su persona de lo que pueda soportar el que tenga un resto de vergüenza, y todo con pruebas.

Corbató es el mayor enemigo que ha tenido el carlismo en estos tiempos; Corbató merece el odio eterno de todos los carlistas; con Corbató hasta *La Bandera Española* de Córdoba se las tuvo que haber diciéndole acerca de su revista:

«Es la inconsecuencia en grado superlativo, la ingratitud más cruel, la negación más rotunda de la historia política del que la dirige, el auxiliar más decidido, aunque indirectamente, del canalejismo y de las doctrinas incendiarias de Blasco Ibáñez; en una palabra, parece un papel subvencionado por los enemigos de la patria.»

De semejante hombre abomina el alma carlista con toda su fuerza. Mayores embustes y escándalos que él contra D. Carlos, su R... Familia y los principales carlistas, con pretexto de *convertirnos al buen camino y defender la Iglesia y el Episcopado español*, no los ha publicado nadie; y lo que no perdonarán nunca Dios ni los hombres, es que sorprendió muchas cartas y documentos privados de altos carlistas, y hasta los publicó fotograbados. ¡Odio eterno á tal infame! Pero... no; sabido es que está loco y anda buscando dentro de sí mismo un Gran Monarca... ¡despreciémosle! Sin duda arremeterá con toda su proverbial rabia contra este folleto. Sepa ahora que le desprecio como á un vilísimo hombrezuelo.

Y si por ventura algún carlista inocente ó tonto se espanta de mi

folleto y duda la verdad de los textos y citas, desde ahora le respondo que se vaya á cocinar, ya que desconoce *El Espíritu del Carlismo*. Todo cuanto he citado está fielmente aducido, así como fielmente deducido lo que he dicho por mi cuenta; lo afirmo todo bajo palabra de honor, y el que lo dude consulte las citas, y perdone mi descuido de no tener apuntado de algunas más que el mes y el año, porque entonces no pensaba yo que un día tendría que publicar este folleto; pero todas son fieles, lo repito á fuer de cristiano y caballero.

He ido escogiendo entre las que tenía más á la mano, pues de poner todas las que conservo, y más si pudiera añadir las muchas que se me han extraviado, no publicaría un folleto, sino varios volúmenes. Es menester decirlo bien alto, para que al fin acaben de comprender todos los carlistas cuál es el espíritu de nuestra comunión, y no se fien de vanas apariencias de la corte romana ni de los Obispos.

Esas cosas se han ido publicando por pequeñas dosis, como si dijéramos, y atenuándolas con saltar del uno al otro de los dos repetidos casos; pero en el ánimo de muchos lectores se han ido aglomerando como yo las he aglomerado en este folleto, que línea por línea expresa la verdadera mente del carlismo, y por eso el carlismo, gracias á Dios, ha perdido ya aquel espíritu de sacristía y ha tomado el espíritu de una política sana y salvadora.

Otra explicación deseo dar antes de poner fin á mi desaliñado folleto. Parecía regular que, siendo de catalán y publicado en Barcelona, se ocupase un poco más del espíritu carlista en nuestra hermosa capital, y citase más textos que los citados de *El Correo Catalán*. Sin embargo, algunas razones importantes me han obligado á dejarlo así.

El Correo Catalán, gracias á la guerra vil que nos hacen los traidores y los enemigos, y no obstante las energías y sacrificios de su nueva empresa, la propaganda del gran Mella y la desaparición de *El Diario Catalán*, apenas si goza una tirada de cuatro á cinco mil números, cuando en Barcelona el diario que menos tira hoy no baja de diez mil números.

Además, por esta y otras razones que todos saben, tiene *El Correo Catalán* muchos y graves enemigos dentro mismo del carlismo catalán. No me parece, pues, prudente excitar más las antipatías de dichos enemigos, para que por culpa mía, ó por citarle mucho, se valgan de eso para hacerle una guerra que ciertamente no merece. Yo escribo para todos los carlistas, tirios y troyanos. Hondas divisiones hay, pero á unos y otros se dirige este folleto; todos deben leerle, pues está por encima de las divisiones de todos.

Por lo demás, unos y otros convenimos en el *espíritu carlista*, tal como este folleto lo presenta, como se ve particularmente en Cataluña y más particularmente Barcelona. Acudid á cualquier parte donde se reúnan cuatro carlistas, y oiréis en qué concepto tienen todos al Papa, á los Obispos, frailes, jesuitas, clero todo.

Decíame un enemigo nuestro hace pocos días, que aquí los carlistas ponemos á D. Carlos sobre todo, hasta sobre el Papa; de

modo que si este define una cosa y D. Carlos la contraria, seguiremos á D. Carlos y no al Papa. Yo me reí respondiéndole que así es; pero que si de allí sacaba él un argumento contra nosotros, se equivocaba miserablemente, pues en esa subordinación á D. Carlos, ó sea en obedecerle con absoluta sumisión *de voluntad y de juicio*, es-triba nuestra fuerza. Por eso, lo repito, el Sr. Polo y Peyrolón nos habló del «Supremo Pastor» de nuestra gloriosa comunión, mandándonos acudir á *Venecia por todo*.

Exteriormente conviene disimular; pero entre nosotros, sabemos y decimos lo que nos conviene, sin necesidad de catones importunos y traidores sin conciencia. Al mismo Cardenal Casañas, «ilustrisí-*tránsfuga de nuestro partido*», como le llamó un carlista, exteriormente le respetamos con toda sumisión; pero no por eso dejaremos de censurarle ni le perdonaremos nunca, por ejemplo, eso de que, cuando va á Madrid, le espere en la estación algún coche de las instituciones, que él acepta con notable agrado, y en ese coche vaya y venga de aquí para allá, y al coche sigan otros agasajos que descubran á las claras el alfonsinismo del Cardenal, agradecido á quienes le dieron el capelo y le llevan en palmas....

En fin, dejémoslo ya, que peor es meneallo. Yo apuesto doble contra uno á que ese Sr. Cardenal haría buenas migas con el «extra-*viado señor*» y otros extraviados, si una vez les diera por comunicarse y entenderse.

No importa; aunque el mundo entero se conjure contra nosotros, permanezcamos firmes, siempre firmes, adheridos á D. Carlos más que la hiedra á las paredes, y si así lo hacemos, no lo duden mis queridos correligionarios; el porvenir es nuestro.

¡ Carlistas ! ¡ Firmes siempre ! ¡ Siempre adelante ! ¡ Carlistas !
¡ Viva el Rey !, ¡ Viva la Patria !, ¡ Viva la Religión !

O. L. H. P.

Septiembre de 1903.

ÍNDICE

CAP.		Págs.
	I. —No hay que fiarse de Pios más que de Leones.	3
»	II. —Justicia de nuestro absolutismo.	6
»	III. —Nuestro excelso catolicismo hace al Carlismo igual á la Iglesia.	10
»	IV. —El alma del Carlismo.	14
»	V. —Que la Iglesia puede variar, pero el Car- lismo no.	18
»	VI. —Ni fueristas ni sacristanes.	21
»	VII. —De unión y elecciones.	23
»	VIII. —El Clero debe ser carlista. Pecado gravísimo de los que nos impugnan.	28
»	IX. —Lo decimos á León XIII para que lo entien- da Pio X.	31
»	X. —Donde se ajustan cuentas con los Obispos.	37
»	XI. —Donde se ajustan cuentas con los frailes.	41
»	XII. —Donde se ajustan cuentas al Clero en general.	44
»	XIII. —El Carlismo es necesario á la Iglesia y á la Patria. Su política es la única buena.	48
»	XIV. —Doctrina carlista sobre la Jerarquía y corrup- ción de la Iglesia con relación al Carlismo.	52
»	XV. —Virtualidad carlista para convertir los insultos en palabras santas.	55
»	XVI. —¿ Y qué ?.	58
»	XVII. —A pesar de nuestras amenazas, queremos paz y votos porque no estamos para guerras.	61
»	XVIII. —Dios en el cielo y nosotros en la tierra.	65
	EPILOGO.	68

INDEX



